

Alan Watts

***EL GRAN
MANDALA***



Estos ensayos sobre la materialidad discurren sobre el tema de la confusión en que ha caído el hombre civilizado, atrapado entre símbolo y realidad. Así, suele producirse la absurda situación de preferir el dinero a la riqueza, o de preferir el «menú» a la comida. Entretenido con números y conceptos, el hombre civilizado termina olvidando su dependencia del aire, el agua, las plantas, los animales, y hasta las bacterias. El pensamiento del famoso filósofo y orientalista Alan Watts fue una pieza clave en el movimiento contracultural, y sus libros sobre budismo zen, taoísmo o psicología de la religión son todavía hoy las mejores introducciones a las filosofías orientales destinadas al gran público occidental.



Alan Watts

El gran mandala

Ensayos sobre la materialidad

ePub r1.1

Titivillus 04.01.22

Título original: *Does it Matter?*
Alan Watts, 1968
Traducción: Mauricio Rovira
Diseño de portada: Ana Pániker

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Bryan9
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

El gran mandala

PRÓLOGO

RIQUEZA CONTRA DINERO

ASESINATO EN LA COCINA

SOBRE LAS ROPAS

EL ESPÍRITU DE VIOLENCIA Y EL PROBLEMA DE LA PAZ

DROGAS PSICODÉLICAS Y EXPERIENCIA RELIGIOSA

SIETE ENSAYOS CORTOS

EL MITO BÁSICO

EL GRAN MANDALA

SELECCIONANDO VIBRACIONES

PLANTANDO SIMIENTE Y RECOGIENDO EL FRUTO

ARTE CON A MAYÚSCULA

EL BUDISMO DE ALDOUS HUXLEY

D. T. SUZUKI: EL ERUDITO DE LA «NO-MENTE»

Sobre el autor

Notas

Para Robert B. Shapiro

PRÓLOGO

Este libro se compone de una serie de ensayos sobre la relación del hombre con el mundo material, naturaleza, medio físico, cuerpo, materia sustancial o como quiera llamarse. Al usar palabras tales me doy perfecta cuenta de que se trata de conceptos abstractos y filosóficos. También es abstracto decir que la «realidad» es algo mental o espiritual. Intentaré hablar de algo que no sólo se reduce a palabras, sino de algo que las palabras u otros símbolos representan. Alfred Korzybski lo denominó lo no-verbal o (con un delicioso *double-entendre*) el mundo de lo «inhabitable».

Naturalmente, la realidad no es ni materia ni espíritu. Es un *perceptum*, no un *conceptum*, y todo el mundo sabe lo que es, en el sentido de que uno sabe cómo respirar sin que para ello sea preciso el menor conocimiento de fisiología. San Agustín, al ser interrogado acerca de la naturaleza del tiempo replicó: «Sé lo que es, pero cuando me preguntáis no lo sé.» Digamos (ya que cuando se escribe un libro hay que decir *algo*) que la realidad o la existencia es un sistema interconexo y multidimensional de distintos espectros de vibraciones, y que los cinco sentidos del hombre sólo pueden captar bandas muy reducidas de dichos espectros. Esto suena muy profundo y, sin embargo, puede no significar nada en absoluto; ahora bien, al leerlo se debería prestar tanta o más atención al sentido de las palabras que a su significado. Sería un modo de comprender lo que quiero decir.

Lo que quiero decir es que debemos aperebirnos de que lo que sucede es siempre distinto de las formas de descripción: palabras, números u otros símbolos. La enfermedad que aqueja a la civilización, Oriental u Occidental, es que nos hemos excedido en algo que en sí es bueno: confundimos la maravillosa facilidad de la descripción con la realidad descrita, el mundo etiquetado y clasificado con el mundo tal cual es. He aquí por qué si me paso el tiempo hablando, no puedo estar abierto a lo que otro tenga que decir. E igualmente, si no hago más que pensar (o sea hablar conmigo mismo) durante todo el tiempo, el único objeto de mi pensamiento serán los pensamientos. Cada vez tendré menos conciencia del sistema de vibraciones que las palabras y pensamientos tan sólo representan.

No soy ningún anti-intelectual. A fin de cuentas me gano la vida gracias a muy diversas verbalizaciones. Pero me pregunto con qué alimentaremos el fuego intelectual, si llegamos a una situación en que los pensamientos constituyen el único objeto del pensamiento y los libros no tratan más que de otros libros.

Ésta es la razón por la que gran parte de las disertaciones políticas, filosóficas o incluso científicas me parecen un absurdo cada día mayor. Pretenden traducir un sistema no lineal y multidimensional de vibraciones a un sistema lineal (alfabético o matemático) de símbolos; y es esto precisamente lo que no puede hacerse. Sería

como intentar trasvasar el océano Atlántico al Pacífico con la ayuda de una jarra de cerveza: por más automatizado y cibernetizado que fuera el proceso, todo sería inútil.

No hace tiempo, un profesor de la Universidad de Harvard declaró — con relación al escándalo provocado por Timothy Leary y las drogas psicodélicas — que el único conocimiento intelectual y académicamente respetable es aquel que puede ser expresado con palabras. ¡Ay de los departamentos de música, arte, danza y educación física! El problema consiste en que la gente civilizada no comprende que sus cerebros son mucho más eficaces que sus mentes, considerando «mente» como el sistema total de reglas verbales, matemáticas y notacionales mediante las que nos comunicamos y conservamos la información. Los neurólogos son los primeros en admitir que su ciencia no pretende comprender todo el sistema nervioso, lo que equivale a decir que el cerebro está organizado de forma mucho más compleja que nuestra lineal y codificada información sobre el mismo. Por ejemplo, un virtuoso organista puede interpretar cuatro ritmos y melodías distintas — una con cada mano y otra con cada pie —, pero incluso los individuos inteligentes difícilmente pueden entendérselas con cinco, seis o siete variables al mismo tiempo. En cambio, el sistema nervioso, al organizar las funciones del organismo, maneja miles de variables a la vez, toda vez que el cerebro opera inteligentemente sin tener que pararse a pensar.

Pongamos por caso: un hombre genial, sea en pintura, danza o deporte, que no puede explicar cómo pinta, baila o lanza la pelota, no está usando su mente, sino su cerebro. Consideremos, por ejemplo, las diferencias entre la música hindú y la música clásica occidental. En ésta, empezamos por aprender a leer un sistema de notación, que ya nos limita a una escala de doce tonos y a medidas rítmicas tales como largas, redondas, negras, corcheas, semicorcheas, fusas y semifusas. Nuestra tradición musical, a causa de haberse transmitido mediante notaciones, es esencialmente *literaria* y toda ella — aun las más tiernas canciones de amor — suena a los oídos orientales como una marcha militar. Los hindúes hacen uso de la notación, simplemente, como de un *aide-memoire* para ciertos temas. La música la aprenden siguiendo las ejecuciones de un maestro, imitando la sutileza de su juego nervioso y muscular al pulsar las cuerdas o golpear el tambor, con lo que en la música hindú se llega a unos momentos de éxtasis en los que se comulga con la propia divinidad.

Lo que trato de señalar en todos estos ensayos es que la gente civilizada, sean occidentales u orientales, necesitan ser liberados y «deshipnotizados» de su sistema simbólico para que puedan volver a ser conscientes de las vibraciones reales del mundo viviente. En ausencia de esta Conciencia somos capaces de no reaccionar ante atrocidades tales como abrasar niños con napalm, bombardear hasta la saturación terrenos fértiles acabando con todo vestigio de vida animal o vegetal (aparte de los hombres que lo habitan, claro) o fabricar armas químicas o nucleares que plantean el problema no sólo de cómo evitar su utilización, sino más bien de cómo conseguir borrarlas de la faz de la tierra.

Necesitamos ser plenamente conscientes de nuestra ecología, de nuestra interdependencia y virtual identidad con otras formas de vida que los egocéntricos métodos de nuestro habitual sistema de pensar nos impiden experimentar como un hecho real. El llamado mundo físico y el cuerpo humano no son más que un mismo y único proceso, tan sólo diferenciados, por ejemplo, como puedan estarlo los pulmones del corazón o la cabeza de las extremidades. En los obtusos círculos académicos hago referencia a este tipo de comprensión llamándola «conciencia ecológica». En cualquier otra parte la llamaría «conciencia cósmica» o «experiencia mística». Nuestro «establishment» intelectual y científico está todavía en general hipnotizado por el mito de que la inteligencia y los sentimientos humanos no son más que azares inmersos en un universo estúpido y mecánico. Como si los higos pudieran crecer en forma de cardos o las uvas en la de espinas. ¿No sería más razonable contemplar el esquema perfecto de las cosas, en continuidad con nuestra propia conciencia y con la maravillosa organización nerviosa que, digamos, la ampara?

Por metafísicas que puedan parecer estas consideraciones, creo que tienen consecuencias bien prácticas. Por cuanto nuestra mal llamada civilización «materialista» debería ante todo cultivar el amor por las cosas materiales, por la tierra, el aire, el agua, por los bosques, y las montañas, debería cultivar la buena comida y el buen gusto en el vestir y en decorar las casas y, por fin, la búsqueda de contactos corporales eróticos. Todas estas «cosas», ciertamente, son tan fugaces como las olas del mar, pero ¿qué clase de amor, vida o energía puede encontrarse en una abstracción o en una roca perfectamente sólida e indestructible?

A propósito. La verdadera palabra «roca» (rock) nace con «rock-a-bye baby» y «rock-and-roll». Unir es separar y tomar juntas las partes. Iniciar es empezar a preparar cuidadosamente el curso de la acción y dar, sorprendentemente, un paso al frente. «Evil» (el mal) se lee al revés «live» (la vida). *Demon est deus inversas*.

*Sobre el cielo, bajo el cielo;
Sobre las estrellas, bajo las estrellas
Está por encima, se mostrará por debajo.*

Feliz quien lo adivine.

Los textos que se encontrarán a continuación fueron escritos independientemente, por lo que confío en que el lector me perdonará algunas reiteraciones, si bien he tratado de que siempre fueran expresadas de modo distinto. «Riqueza contra dinero» y «Asesinato en la cocina», fueron escritos para *Playboy*, esta excepcional publicación que ha dado cabida a parte del pensamiento filosófico más sugerente de América. «El espíritu de violencia y el problema de la paz» fue escrito para *Alternatives to Violence*, un simposio editado por el Dr. Larry Ng, neurólogo, y que fue publicado por Time-Life Books. «Drogas psicodélicas y Experiencia Religiosa» fue escrito a petición de la *California Law Review* para un número dedicado a los

problemas legales planteados por el uso y abuso de las drogas. Fue asimismo leído como conferencia en la *Illinois State Medical Society*.

Todos menos uno de los «Siete ensayos cortos» fueron publicados por primera vez en *The Bulletin of the Society for Comparative Philosophy*. «El Mito Básico» y «El Gran Mandala» aparecieron en el *San Francisco Oracle*, el esfuerzo más notable realizado hasta el momento por la *Underground Press*. «D. T. Suzuki: el erudito de la *no-mente*» apareció también en el simposio publicado en su honor por la *Eastern Buddhist Society* de Kyoto. «Arte con A mayúscula», fue escrito como prólogo al catálogo de una exhibición de arte electrónico organizada por Oliver Andrews, profesor de escultura de la Universidad de California, Los Ángeles. Agradezco el permiso concedido por las distintas publicaciones para reunir todos estos ensayos en el presente volumen.

Sausalito, California

Mayo, 1969

ALAN WATTS

RIQUEZA CONTRA DINERO

En el año 2000 de la presente era, los Estados Unidos de América ya no existirán. No se trata de una profecía basada en poderes sobrenaturales sino una suposición completamente razonable. «Estados Unidos de América» puede significar dos cosas totalmente distintas. La primera puede significar un cierto territorio físico, gran parte del continente norteamericano, y que incluye lagos, montañas, ríos, plantas, animales y gente. La segunda puede referirse a un Estado político soberano, en competición con otros Estados soberanos existentes sobre la superficie del planeta. El primer significado es concreto y material; el segundo abstracto y conceptual.

Si los Estados Unidos siguen existiendo durante mucho tiempo en este segundo sentido, inevitablemente van a dejar de hacerlo en el primero. Por cuanto la tierra y la vida que encierran pueden ser destruidos actualmente con toda facilidad; ello será posible gracias a los repentinos y catastróficos efectos de una guerra nuclear o biológica, o a cualquier combinación de algunos tristes factores como los siguientes, exceso de población, polución atmosférica, contaminación de las aguas, y erosión de los recursos naturales a causa de una mala aplicación de la tecnología. A los que, además, pueden añadirse la posibilidad de una guerra civil o racial, la autocongestión de las grandes ciudades o el colapso de las principales redes de transporte y comunicación. Éste sería el fin de los Estados Unidos en ambos de los sentidos mencionados.

Existe, quizá, la remota posibilidad de que podamos continuar en el cielo nuestra abstracta y política existencia, de que podamos disfrutar directamente del estar «antes muertos que en poder de los rojos», y de que, con el permiso del Todopoderoso, podamos decir a nuestros enemigos que estarán chamuscándose en el infierno: «Ya os lo advertimos». Basándose en semejantes esperanzas, es muy probable que alguien pueda pulsar el Gran Botón Rojo a fin de demostrar que la creencia en la inmortalidad del espíritu está por encima de cualquier supervivencia física. Afortunadamente para nosotros, nuestros enemigos marxistas no creen en ningún más allá.

Cuando hago predicciones tan realistas parece ser que tiendo a mostrar el lado sombrío de las cosas. Mis candidatos no han ganado todavía ninguna de las elecciones en las que he votado. Estoy, pues, inclinado a creer que los políticos prácticos dan por sentado que la mayoría de la gente o es malintencionada o es estúpida; siento que normalmente sus decisiones serán miopes y autodestructivas, y que, con toda probabilidad, la raza humana fracasará como experimento biológico dejándose llevar por el fácil declive de la muerte, como los cerdos suicidas del Evangelio. Si pudiera apostar, invertiría mi dinero en este sentido. Pero no hay lugar alguno para apostar sobre cuál va a ser el fin de la humanidad. Del mismo modo, no

se puede mirar la situación como si se estuviera por encima de ella, como si uno fuera un observador frío e imparcial. Me hallo implicado en la situación y, por tanto, me concierne, y porque me concierne, seré arrastrado a la perdición si dejo que las cosas sucedan tal como sería de esperar en el caso de que tan sólo se tratara de una apuesta.

No obstante, existe otra posibilidad para el año 2000. Una posibilidad que exige la concentración de nuestras mentes sobre los hechos físicos y que nos importen un bledo los Estados Unidos de América como entidad política y abstracta. Al pasar por alto la idea de nación, podemos prestar nuestra total atención al territorio, a la tierra real, con sus aguas, flores, bosques y cosechas, con todos sus animales y seres humanos. Y así crearemos, con costos y sufrimientos menores de los que estamos soportando en 1968, un experimento biológico totalmente viable y placentero.

Las posibilidades son más bien escasas. No hace mucho el Congreso votó, en medio de una gran retórica patriótica, la imposición de severas penas a los culpables de quemar la bandera de los Estados Unidos. No obstante, los mismos congresistas que aprobaron esta ley son responsables, por acción u omisión, de quemar, envenenar y saquear el mismo territorio que la bandera representa. Con lo que al votar la mencionada ley dieron testimonio de la peculiar y quizá fatal falacia de nuestra civilización: la confusión entre símbolos y realidades. La civilización, que incluye los logros del arte, la tecnología, la ciencia y la industria, es el resultado de la invención y manipulación de símbolos por parte del hombre — letras, palabras, números, fórmulas y conceptos — y de convencionalidades universalmente aceptadas como son las normas, las medidas, los horarios y las leyes. Mediante éstas podemos medir, controlar y prever el comportamiento del mundo humano y de la naturaleza. El éxito parece ser tal, que se nos ha subido a la cabeza y fácilmente confundimos el mundo real con los símbolos con que lo representamos. Tal como el semántico Alfred Korzybski solía afirmar, tenemos la urgente necesidad de aprender a distinguir entre el mapa y el territorio que representa; podía haber añadido, la necesidad de distinguir entre la bandera y el país. Dejádme ilustrar este punto y explicar al mismo tiempo cuál es el mayor obstáculo para un progreso tecnológico sano, centrándome sobre todo en la confusión fundamental existente entre dinero y riqueza. Recordemos la Gran Depresión de los años treinta. Existía una economía floreciente basada en el consumo y de repente, al día siguiente, surge la pobreza, el desempleo y las colas frente a las panaderías. ¿Qué había ocurrido? Los recursos físicos del país — cerebros, músculos, materias primas — seguían siendo los mismos, pero súbitamente se produjo una situación de escasez de dinero, un llamado hundimiento financiero. Los expertos en banca y finanzas a quienes muchas veces los árboles no dejan ver el bosque, han podido elaborar complejas teorías acerca de las razones de este desastre, pero en realidad todo ocurrió como si el día de la depresión se hubiera presentado un albañil a su trabajo y el capataz le hubiera dicho: «Lo siento, muchacho, pero hoy no podemos trabajar. No hay centímetros». «¿Qué significa que no hay centímetros? — replicará el albañil —. Tenemos madera y metal y todo lo

que hace falta.» «Sí, claro, pero tú no entiendes de eso. Hemos gastado demasiados centímetros y ahora se nos han terminado.»

Pocos años más tarde la gente decía que Alemania no podía equipar un gran ejército y costear una guerra porque no tenía oro suficiente.

Lo que no se comprendía entonces, ni todavía ahora se acaba de comprender, es que la realidad del dinero es de la misma naturaleza que la de los centímetros, gramos, horas. El dinero es una medida de la riqueza, pero no es riqueza en sí. ¿De qué le sirve a un náufrago en una balsa un buen puñado de monedas de oro o una cartera repleta de billetes de banco? Lo que necesita es riqueza real en forma de aparejos de pesca, un compás, un motor fuera borda, suficiente gasolina y la compañía de una mujer.

Esta arcaica pero arraigada confusión entre dinero y riqueza constituye la causa principal de que, con el desarrollo tecnológico que poseemos, no produzcamos una mayor cantidad de comida, ropa, viviendas y toda clase de enseres útiles con los que satisfacer a todas las personas de la tierra. La electrónica, los computadores y las técnicas de automatización nos han trasladado a una era de abundancia en la que las ideologías del pasado, sean de derecha, izquierda o centro están sencillamente desfasadas. El viejo esquema socialista o comunista de quitar al rico para repartir entre los pobres es irrelevante, como lo es la vieja cuestión de conseguir un mejor reparto de la riqueza mediante la comedia de unos impuestos progresivos. Si enfocamos sensatamente el problema del dinero, mi predicción es que para el año 2000, o antes, nadie pagará impuestos, ni llevará dinero encima, los servicios serán gratuitos y todo el mundo poseerá un carnet de crédito general. Este crédito equivaldrá a la cantidad que corresponderá a cada individuo del dividendo nacional, al que todo el mundo tendrá libre acceso. Si así lo desea, podrá lograr unos ingresos extra mediante el ejercicio de algún arte u oficio manual que haya sido desplazado por la automatización. (Para informes más detallados del funcionamiento de este tipo de economía, el lector debería consultar el libro de Robert Theobald *Challenge of Abundance and Free Men and Free Markets*, así como también una serie de ensayos que ha editado bajo el título *The Guaranteed Income*. Theobald es un economista de vanguardia de la *Columbia University*.)

Naturalmente, estas proposiciones harán surgir las viejas exclamaciones «Pero, ¿de dónde saldrá el *dinero*?» o «¿Quién pagará las facturas?» El caso es que el dinero *no viene* ni nunca vino de parte alguna. Debo insistir de nuevo: el dinero no es más que una medida de la riqueza e inventamos el dinero del mismo modo que inventamos la escala térmica Fahrenheit, los gramos o los kilos. Si descubrimos una mina de mineral de hierro no vamos a ir preocupándonos de que alguien nos preste «un millar de toneladas» antes de ponernos a explotarla. La verdadera riqueza consiste en la suma de energía, inteligencia, técnica y materias primas. El mismo oro constituye riqueza tan sólo cuando se usa para fines prácticos, como, por ejemplo, en la medicina dental, pero en cuanto es usado como dinero y se conserva cerrado en

cajas y fortalezas, se vuelve inservible para cualquier otra cosa y queda fuera de circulación en tanto que materia prima, o sea verdadera riqueza. Si el dinero debe ser oro, plata o níquel, la expansión y distribución de grandes cantidades de riqueza en forma de trigo, aves, algodón, verduras, mantequilla, vino, pescado o café deberá esperar a que se descubran nuevas minas de oro antes de que pueda llevarse a término. Esta absurda situación ha podido evitarse hasta el presente, incrementando la llamada deuda nacional — expresión del obscurantismo semántico — mediante la cual un país se concede a sí mismo crédito o poder de compra, basada no en la posesión de metales preciosos sino en la de la auténtica riqueza en forma de productos, materias primas y energía mecánica. Debido a que normalmente la deuda nacional excede las reservas de oro o plata, se supone que un país con una fuerte deuda nacional camina directo a su ruina, sin tener en cuenta la importancia de sus recursos materiales. Aquí tenemos de nuevo el clásico ejemplo de la confusión entre símbolos y realidades, relacionada en este caso con la nefasta magia que implica la palabra «deuda». Ahora bien, la expresión «deuda nacional» debería cambiarse por la de *crédito nacional*. Al concederse crédito general (o nacional), una población determinada se concede a sí misma poder de compra, lo que en sí no constituye más que una forma de distribución de sus bienes y servicios reales mucho más valiosos que cualquier cantidad de metal precioso.

Hay que tener presente que he escrito estos ensayos desde el punto de vista de un simple filósofo, y no como economista o financiero. El papel del filósofo consiste en considerar estos asuntos con la mirada del niño del cuento de Andersen «El traje nuevo del Emperador». El filósofo trata de basarse en los principios y verdades más simples, y generalmente se da cuenta de cómo la gente deja de utilizar la verdadera riqueza por falta de unidades de medición puramente abstractas llamadas dólares, libras o francos. Partiendo de este punto de vista totalmente básico, o si se quiere infantil, me doy cuenta que hemos creado una maravillosa tecnología que nos permite obtener gran número de objetos o servicios sin apenas esfuerzo humano. ¿No resulta obvio que el empleo de máquinas tiene como objeto liberarnos del trabajo? Cuando se elimina la dependencia que crea la necesidad de producir los objetos necesarios automáticamente se dispone de tiempo libre para la diversión o para otras actividades creativas. Pero con la ceguera característica de aquellos que no saben distinguir entre símbolos y realidades, permitimos que nuestras máquinas dejen a la gente sin trabajo, pero no en el sentido de que tengan tiempo libre, sino en el de que carezcan de dinero y tengan que aceptar la vergonzosa ayuda que el Estado tiene establecida para socorrer a los parados. Así pues, conforme avanza la racionalización y automatización de la industria, estamos aboliendo la esclavitud humana; pero, al mismo tiempo, al penalizar a los nuevos esclavos desplazados privándoles de poder adquisitivo, los fabricantes se privan a su vez de mercados para sus productos. Las máquinas producen más y más, los seres humanos cada vez menos, pero la producción se amontona sin distribuirse ni consumirse, porque es demasiado exiguo

el número de los que pueden ganar suficiente dinero y porque, inversamente, ni el más codicioso, hambriento y despiadado de los capitalistas es capaz de consumir diez libras de mantequilla diarias.

Cualquier niño está capacitado para comprender que el dinero no es más que una conveniencia para eliminar las molestias de una economía de permuta, de modo que no se tenga que ir al mercado con cestas de huevos o barriles de cerveza para cambiarlos por carne y verduras. Pero si todo lo que se tuviera para intercambiar fuera la energía física o mental frente a un trabajo que actualmente realizan las máquinas, el problema entonces debería plantearse así: ¿Qué tiene uno que hacer para ganarse la vida, y cómo hallará el fabricante clientes para sus toneladas de mantequilla o salchichas?

La única solución para la totalidad de la comunidad sería concederse a sí misma crédito — dinero — por el trabajo que las máquinas efectúan. Esto permitiría que sus productos fueran adecuadamente pagados para que pudieran invertir en mayores y mejores máquinas. La riqueza creciente sería entonces producto de la energía de las máquinas y no de la manipulación ritual del oro.

En cierto modo ya estamos haciendo algo parecido, pero mediante el destructivo expediente de concedernos crédito sólo para la fabricación de artefactos bélicos. Lo que las naciones han gastado en guerras desde 1914 podría servir, con la tecnología actual, para dotar a cada ser humano viviente de una renta confortable. Pero como confundimos la riqueza con el dinero, confundimos el concedernos crédito con el endeudarnos. Y como nadie puede endeudarse excepto en casos de emergencia, nuestra prosperidad depende de mantener la perpetua emergencia de la guerra. Nos hallamos, pues, obligados a utilizar el expediente suicida de crear guerras, cuando podríamos simplemente haber creado dinero, siempre, claro está, que la cantidad creada fuera proporcional a las riquezas reales que se estuvieran produciendo. Deberíamos así reemplazar el patrón oro por el patrón riqueza.

La dificultad estriba en que, con nuestras actuales supersticiones acerca del dinero, la concesión de unos ingresos garantizados por persona y año de unos, digamos, 10 000 dólares, produciría una inflación galopante. Los precios se dispararían rápidamente para poder apoderarse de esa cantidad de dinero circulante y antes de que nos diésemos cuenta, con unos ingresos de 10 000 dólares anuales, estaríamos en la pobreza. Los desventurados vendedores, hipnotizados por los dólares, no se dan cuenta de que siempre que suben los precios, el dinero así obtenido tiene cada vez menos y menos poder adquisitivo, que es la razón por la cual, conforme crece la riqueza material, la unidad monetaria vale cada vez menos; de donde se sigue que para mantenernos en la misma posición en que estamos debemos correr más y más aprisa y no permitir que sean las máquinas las que corran por nosotros.

Si pasáramos del patrón oro al patrón riqueza, los precios se quedarían más o menos donde estuvieran cuando se produjera el cambio y — milagrosamente —

todos descubriríamos que tendríamos dinero más que suficiente para comer, beber, vestir y sobrevivir con abundancia y felicidad.

No va a resultar nada fácil explicar todas estas cosas a la gente, porque la humanidad ha existido quizá durante un millón de años en medio de una relativa escasez y tan sólo han transcurrido cien años desde el comienzo de la revolución industrial. Del mismo modo que en otro tiempo fue muy difícil hacer comprender a las gentes que la tierra era redonda y que giraba en órbita alrededor del sol, puede ahora resultar sumamente arduo hacer ver al hombre de «sentido común» que las virtudes de ganar y ahorrar dinero ya están caducas.

Quizá podría hacerse mediante ingeniosos programas de TV presentados con sencillez por caballeros de gafas y batas blancas con aspecto de científicos y mediante millones de publicaciones de historietas ilustradas, diseñadas con sumo cuidado.

Naturalmente, siempre será posible, para el que tenga esta inclinación, el ganar más dinero además del ingreso básico garantizado; pero a medida que resulte cada vez más claro que el dinero no es riqueza, la gente se dará cuenta de que existen límites a la riqueza real que cada individuo es capaz de consumir. Quizá debemos adoptar alguna fórmula basada en las sugerencias del economista alemán Silvio Gessell, como la de que el dinero que no esté en circulación vaya perdiendo valor a partir de su fecha de emisión. De todas formas, la tentación de acumular dinero o riqueza disminuirá conforme vaya resultando obvio que la tecnología seguirá produciendo bienes y que una persona no puede conducir cuatro coches a la vez, ni vivir en seis casas, ni dar tres vueltas al mundo al mismo tiempo.

Todo esto implica una curiosa inversión de la ética protestante, que, en los EE. UU. por lo menos, constituye uno de los mayores obstáculos para la obtención de un futuro de riquezas y ocio para todo el mundo. Afirma aquélla que el diablo da quehacer a las manos que permanecen ociosas y que no se puede confiar en la energía humana a menos que buena parte de la misma sea absorbida mediante el trabajo, de forma que, al regresar a casa, estemos demasiado cansados para caer en la tentación. Existe el temor de que la abundancia sumada al ocio conduzca a todo tipo de perversidades con la consiguiente debilitación y decadencia de la raza humana, tal como se describe en la obra de Hogarth *A Rake's Progress*.

Existen ciertamente motivos para abrigar semejantes temores y quizá será necesario mantener en nuestras conciencias un sentimiento crónico de culpabilidad, mediante una nueva forma de sermonear que pueda servir para inculcar un sentido del pecado adecuado a la nueva época.

Los predicadores de los últimos años del siglo deberán insistir en que el disfrute del lujo es un deber solemne y sagrado. Los penitentes deberán confesarse de pecados tales como no ser capaces de satisfacer a su tercera concubina o de falta de atención al servir un banquete a los amigos. Naturalmente estoy hablando en broma, pero intento hacer ver el asunto terriblemente serio de que, si bien hoy todavía no resulta

demasiado conveniente el pensar acerca de una utopía económica, en cierto modo constituye la única alternativa frente a la autodestrucción.

El reto moral que debemos afrontar radica en que una vida de abundancia y placer requiere una disciplina exacta y una gran imaginación. Del mismo modo que los metales llegan a experimentar «fatiga», toda estimulación constante de la conciencia, por placentera que sea, llega a ser enojosa y por lo tanto tiende a ser ignorada. Cuando el *confort* físico se transforma en algo permanente, dejamos de ser conscientes del mismo. Si durante mucho tiempo los problemas económicos han acaparado nuestra atención y de la noche a la mañana nos encontramos con que podemos disponer de una fortuna, el nuevo sentimiento de liberación y tranquilidad que ello supondría sería de corta duración, por cuanto en seguida empezaríamos a preocuparnos tanto como antes, si no del dinero, sí acerca del cáncer o de los ataques cardíacos. Y es que la naturaleza aborrece el vacío.

Ésta es la razón por la que una vida de placer no puede ser mantenida sin cierto ascetismo, como cuando una mujer pone el mayor esfuerzo en mantenerse en buenas condiciones físicas. Los franceses distinguen el «Gourmet» del «Gourmand»; el primero es un sofisticado devoto de las artes culinarias mientras que el otro no es más que un vulgar glotón.

En los EE. UU. los ricos han mostrado muy raramente un mínimo de imaginación en el cultivo de las artes del placer. El ejecutivo, con su traje de hombre de negocios, tiene un aire más de ministro o de empresario de pompas fúnebres que de hombre rico, con el agravante que usa una de las prendas de vestir más incómodas jamás inventadas, en comparación, por ejemplo, con el kimono o el kaftán. ¿Habéis intentado alguna vez comer en un restaurante privado destinado a los altos funcionarios de alguna gran corporación? ¡Estrictamente institucional! Hasta el más caro de los night-clubs no ofrece más que menús que le dejan a uno indiferente; y en las cenas de beneficencia, a 100 \$ cubierto, es obligado el pollo sintético, criado en jaulas y que no sabe absolutamente a nada.

Si la conducta de un número cada vez mayor de jóvenes puede ser indicativa de lo que sucederá en el año 2000, creo que van a cambiar muchas cosas. Aparte de la caballeresca costumbre de llevar el pelo largo, los hombres están empezando a usar joyas y ropas de colores vivos, imitando los estilos de vida de los nobles medievales y de los magnates orientales, estilos que empezaron a desaparecer cuando el poder pasó de los nobles a los miserables mercaderes de las ciudades, los burgueses. Bajo estas apariencias externas, se está operando un claro cambio de valores: las vivencias ricas en contenido son mucho más codiciadas que la propiedad o las cuentas bancarias, y los planes para el futuro tan sólo son de utilidad para aquellos que son capaces de vivir plenamente el presente.

Todo esto parece mera indisciplina, como si los jóvenes (especialmente los *hippies*) se hubieran vuelto incapaces de posponer toda gratificación. Pero en realidad la rebelión de los estudiantes no es más que un signo de que los adolescentes ya no

quieren atravesar el período de preparación necesario para llegar a ser adulto. «Los viejos» no comprenden que los estudiantes de hoy no quieren llegar a ser *la clase de adultos* que ellos son, que en definitiva es a lo único que conduce el aprendizaje que la sociedad imparte.

Los artistas siempre han sido buenos profetas en lo que concierne al cambio social, y el creciente estilo «psicodélico» puede tildarse de cualquier cosa menos de indisciplinado.

Los exponentes de este estilo, al usar una coloración intensa y dar gran importancia a los detalles de líneas y formas, están devolviendo al arte occidental la gloria que conoció en los tiempos de los manuscritos iluminados celtas y franceses, del vaso estañado de Chartres y de los trabajos esmaltados de Limoges. Este nuevo arte recuerda los dorados jardines de las miniaturas persas, las intrincaciones de los arabescos morunos y las filigranas de oro de las telas hindúes. Conozco a *hippies* dedicados a la fabricación de instrumentos musicales — laudes y guitarras — que por lo fino de sus texturas y por la delicadeza de sus incrustaciones de marfil pueden compararse perfectamente a cualquier producto del Renacimiento italiano. Por otra parte los músicos están empezando a ser conscientes de que los Beatles (por tomar un ejemplo obvio) hacen gala de un genio musical que les hermana con los grandes maestros de la música occidental, desde Bach a Stravinsky.

Una economía de ocio permitiría la posibilidad de que se desarrollara el artesano, escultor, pintor, poeta, compositor, navegante o ceramista frustrado que se esconde en todos nosotros. Naturalmente, se produciría una verdadera plétora de productos malos o indiferentes, pero el efecto a largo plazo sería un tremendo enriquecimiento de las bellas artes, la cocina, la jardinería, y la decoración. La producción masiva y automatizada proporcionaría las materias primas y los bienes imprescindibles, las herramientas y cierto tipo de artículos alimenticios. Por otra parte, no nos veríamos obligados a comprar muchos de los objetos que, hoy por hoy, debido a la escasez de tiempo, no podemos fabricar nosotros mismos: ropas, vajillas y otros artículos de uso diario que hoy son adorno de los museos y que los llamados «primitivos» elaboraban mucho más primorosamente.

Históricamente, los lujos de este tipo sólo han podido ser disfrutados por desvergonzados aristócratas y gracias a la explotación de los esclavos que trabajaban para ellos. Los burgueses, si bien seguían siendo explotadores, eran unos advenedizos tímidos que tenían, además, una moral protestante con el consiguiente sentido de culpabilidad, por lo que preferían esconder el dinero en los bancos y hacían cuanto estaba a su alcance para autoconvencerse de que el éxito en los negocios era símbolo inequívoco de una vida ascética y sacrificada. Pero en el año 2000 los esclavos no serán necesarios, ya que contaremos con las máquinas; nuestro urgente deber de ciudadanos será entonces llevar una vida de lujo y esplendor, basada en la devoción a todo tipo de arte, oficio y ciencia. (En verdad, hemos olvidado hace ya mucho tiempo que *schola*, o escuela, significa un lugar de esparcimiento en la que aquellos que no

deben afanarse por ganar el sustento cotidiano pueden dedicarse a la búsqueda desinteresada del conocimiento y al arte.) Bajo semejantes circunstancias, ¿qué estilos de vida no podrían cultivarse? Imaginemos por un momento a los negros enriquecidos y sin tener que soportar las presiones de una burguesía blanca.

El estilo de vida será exuberante y lleno de colorido, pero no presentará, creo, la avidez ni la mera glotonería de algunas aristocracias que existieron en el pasado. Hablando un poco en broma, pero no totalmente, hacia el año 2000 la mayor parte de Asia habrá seguido los pasos del Japón y las ciudades estarán unidas por magníficas autopistas, sembradas de paradores en los que se expendrán «perros calientes», habrá luces de neón por todas partes, fábricas de todo tipo, enormes aeropuertos y enjambres de «Toyotas» conducidos por *coolies* vestidos con trajes occidentales. En cambio, en América todo el mundo estará ya harto de esto y abundarán las lamaserías y los ashrams (coeducacionales, claro), los expertos tañedores de sitar y de koto, los maestros de la ceremonia del té, las escuelas de caligrafía china y de jardinería estilo Zen, mientras la gente se paseará en quimonos, dhotis, saris, sarongs y otras confortables y alegres formas de vestir. Del mismo modo que actualmente los franceses compran pan traído en jet desde San Francisco, los tibetanos y japoneses hambrientos de espiritualidad estudiarán budismo en Chicago.

Que lo que estoy diciendo no es un total absurdo, puede inferirse del hecho de que cada vez exista mayor interés entre los estudiantes americanos por el misticismo oriental y otros estudios «no-occidentales» (tal es el nombre que actualmente reciben los cursos sobre cultura afro-asiática). Naturalmente, este interés no está desconectado del uso creciente de las drogas psicodélicas. A menudo se ha afirmado que estas últimas constituyen un sustituto del alcohol; en realidad no es exacto, ya que las drogas psicodélicas pueden ayudar a una exploración de nuevas dimensiones de la experiencia, tanto más atractivas en cuanto esotéricas y socialmente marginadas. Repito, los estudiantes se sienten mucho más interesados por las experiencias vitales que por posesiones materiales, viendo, como ven, que la forma que sus padres tienen de experimentar a sí mismos y al mundo es en cierto modo enfermiza, pobre e incluso ilusoria, precisamente porque sus padres han confundido durante generaciones los símbolos con la realidad, el dinero con la riqueza y la personalidad (o ego) con el organismo humano real. Y aquí está el meollo del problema. No podemos seguir adelante con una tecnología que pretende ser plenamente productiva a condición de «americanizar» toda la tierra, envenenar los elementos, destruir la vida salvaje y debilitar la corriente sanguínea por el uso promiscuo de antibióticos e insecticidas. Sin embargo, éste será sin duda el resultado lógico de la empresa tecnológica llevada a cabo con el hostil espíritu de conquistar la naturaleza sólo para hacer dinero. A pesar de la creciente alarma que produce el envenenamiento del medio ambiente o el deterioro de las cosechas debido a ciertos métodos de cultivo industrial, se está haciendo muy poco para el desarrollo de una tecnología ecológica, esto es, una tecnología en la cual el hombre respete tanto como a sí mismo al medio que le rodea.

Muchas grandes corporaciones —y sobre todo sus accionistas — muestran una despreocupación increíble respecto a sus propios intereses materiales; porque los desastrosos efectos de esta tecnología irresponsable se están extendiendo tan rápidamente que ya no podemos pensar en cargar el mochuelo a nuestros hijos. Investigaciones recientes, tanto aquí como en Inglaterra, prueban que los operadores de las granjas industriales evitan consumir lo que producen. ¿Hay alguien que se preocupe de lo sucedido con el sabor de la fruta y de la verdura, o que le importe el hecho de que las manzanas y tomates son a menudo pulverizados con cera para que mejoren de aspecto? (He podido comprobarlo raspando cuidadosamente una manzana con las uñas.) ¿Constituye acaso un buen negocio comprarse una casa de 80 000 dólares en Beverly Hills para habitar en medio de una miasma de gases? (El pasado mayo en París no nos preocupó demasiado el gas lacrimógeno, habituados como estábamos a respirar el aire de Los Ángeles.) ¿Es siquiera cuerdo tener un Ferrari y jugarse la vida dos veces diarias para ir de Norwalk, Connecticut, a Madison Avenue, Nueva York? ¿Y qué me decís de la vista aérea que se disfruta entre San Francisco y Seattle? Acres y acres de colinas sin otra decoración que la de los tocones de los árboles talados.

El decir que esto es la consecuencia de valorar la ganancia por encima del producto, ya que nadie haría nada sin el incentivo de la ganancia, es simplificar demasiado la cuestión. El verdadero problema consiste en que se identifica la ganancia con el dinero, cosa totalmente distinta de la auténtica ganancia que es vivir con dignidad y elegancia en un entorno bello o por lo menos acogedor. Pero los inversores no tienen responsabilidades a largo plazo por el uso que se haga de su capital; tan sólo les importa cortar los cupones y observar las estadísticas del mercado de valores, preocupados únicamente por el aspecto monetario de los resultados. Muy poco o nada verán de los procesos físicos que han financiado. Incluso pueden ignorar que sus fondos están invertidos en las patatas que cenan a diario. Su verdadera experiencia de los negocios se reduce a una traducción abstracta y aritmética de un hecho concreto y material, traducción, que por definición, ignora texturas, gustos, vistas, sonidos y olores.

Intentar corregir legalmente esta irresponsabilidad no conduciría a gran cosa, ya que la mayoría de las leyes tienen tan poca relación con la vida como el dinero con la riqueza. Problemas de este tipo se agravan, antes que solucionarse, con la intervención de los políticos. Lo que se necesita es más sencillo pero más difícil a la vez: simplemente que los banqueros, financieros y accionistas se transformen en seres reales y se pregunten exactamente qué es lo que esperan de la vida, dándose cuenta que esta pregunta totalmente práctica puede conducirles a estilos de vida mucho más agradables que los que actualmente persiguen. Para expresarlo simple y literalmente, deben recobrar el sentido, sus cinco sentidos, para su propio provecho y placer.

La dificultad estriba en que la mayor parte de los altos financieros y ejecutivos viven en un mundo cerrado. Van de sus clubs a sus oficinas, lujosas pero tristes, donde están protegidos por todo un estamento burocrático. Sólo leen lo que les llega a las manos después de haber sido cuidadosamente filtrado y mantienen exclusivamente consultas con gente caída en la misma trampa. Comunicarse con ellos resulta casi totalmente imposible para personas que no pertenecen a su casta; son víctimas de un sistema (o un ritual) tan cotidiano, complejo y engranado en todas sus funciones, que la idea de cambiarlo les parece totalmente absurda. En realidad este tipo de vida no es más que el desempeño de un papel que se recompensa con un status; de todas formas, las recompensas de tipo material que se obtienen son más bien mezquinas y ello por la simple razón de que el desempeño del papel llega a ser aburrido y consume además mucho tiempo. Pero la mera sugerencia de que debería cambiar el papel establecido le parecerá al actor la petición de que se transforme en alguien distinto, lo que tomará por una especie de afrenta a su ego imaginario y, consecuentemente, se aferrará aún más desesperadamente a su papel aunque con ello tenga que reprimir sus más profundas inclinaciones naturales y sentirse frustrado. Quizás esto fuera aceptable en el caso de que el papel desempeñado fuera de primordial importancia para la sociedad, que es lo que cree respecto a su trabajo la mayoría de hombres de negocios. Pero su forma de vida auto-encerrada les impide darse cuenta de que, en definitiva, son unos irresponsables no sólo frente a sus propios hijos, sino también frente a sí mismos. Ésta es precisamente la causa de que tantos de sus hijos se escurran hacia las dudosas aventuras de Haight-Ashbury o del East Village: la vida en Scarsdale, Atherton, Lake Forest o Beverly Hills se ha vuelto inconcebiblemente monótona. Sin embargo, existe la señal esperanzadora de que algunos de estos mismos chicos están logrando comunicarse con sus padres, puesto que no es natural que siempre se interponga una secretaria entre el padre y el hijo. ¿Existe algún precedente histórico del actual enfrentamiento de las dos generaciones en una tan vasta escala — política, moral, religión, indumentaria, arte y música? No creo que, en última instancia, los mayores rechacen a sus hijos; ello iría contra la Naturaleza. Pero para hacer las paces, los viejos deberán recorrer un muy largo camino desde sus posiciones actuales.

Menos esperanzadoras resultan las posibilidades de un cambio de actitud entre los obreros, quienes, al estar organizados en sindicatos — organismos que en cierta época fueron muy necesarios pero que actualmente son muy reaccionarios — constituyen el potencial real — y peligroso — del fascismo americano. Porque los sindicatos actúan bajo la misma confusión entre símbolos y realidades con que actúan los capitalistas inversores: la paga es más importante que el trabajo y, como todos deben aceptar las horas y las condiciones (mediocres) impuestas por el sindicato, cualquier auténtico entusiasmo que se sienta respecto a algún oficio nunca debe ser estimulado. Ahora bien, una fuerza de trabajo «robotizada» hasta tal punto parece invitar a su sustitución por maquinaria. El presupuesto básico de los sindicatos

respecto al trabajo nunca fue su dignidad sino su dificultad, el esfuerzo que requería; su estrategia fue siempre hacer lo menos posible con el máximo salario. Pero, si la automatización elimina el esfuerzo, elimina también la necesidad de que existan sindicatos, verdad que se está haciendo patente incluso en sindicatos de «élite» como el de los músicos. El trompeta reacio a tocar es sustituido por una cinta magnetofónica que nunca protesta. Ahora bien, si los sindicatos han de tener una nueva utilidad, deben usar su presión política no para conseguir una mayor participación en las ganancias (basada en un aumento de precios que compense el aumento de salarios) sino para lograr una total revisión del concepto y función del dinero. El temor de que la abundancia nacida de una producción adecuada eliminará los actuales controles de natalidad constituye una suposición en contra de los hechos, ya que hasta el presente los problemas de superpoblación son propios de los países subdesarrollados. Japón, la única nación asiática plenamente industrializada, es el único país asiático con un programa efectivo de control de natalidad. El índice de nacimientos también está decreciendo en Suecia, Alemania Occidental, Suiza y EE. UU., mientras que las naciones más pobres de Asia y África se resisten a aceptar consejos tendentes a frenar su tasa de natalidad creyendo que se trata de otro truco de los blancos para desposeerles de su poder político. Entretanto, el único método humano y absolutamente urgente de lograr un control de la población es hacer todo lo posible para incrementar la producción de alimentos en todo el mundo y consagrar a este objetivo la riqueza y energía que actualmente se despilfarran en tecnología militar.

Ahora bien, a causa de la postura más interesada, endurecida y egocéntrica, los EE. UU. han puesto sus fuerzas armadas bajo el control de unos estrategas totalmente incompetentes; una cuadrilla de idiotas que no aprecian la diferencia existente entre destreza militar y mero poder de fuego, que matan mosquitos con ametralladoras pesadas y liberan países arrasándolos previamente, que tienen como arma principal un artefacto que no es en absoluto un arma sino un instrumento de suicidio mutuo y cuyas motivaciones políticas, basadas en la pueril división del mundo entre «buenos» y «malos», no dejan lugar a consideraciones como la de que sus enemigos son también seres humanos y no engendros que profesan una ideología satánica. Si al menos estuviéramos luchando en Vietnam con el honorable y materialista propósito de apoderarnos de la riqueza y de las mujeres del país, tendríamos el mayor cuidado en dejarlo intacto. Pero al luchar en aras de unos principios abstractos, en tanto que distintos de los beneficios materiales, nos convertimos en los instrumentos implacables de la ilusión de que todas las cosas pueden ser blancas sin el contraste que supone la existencia de lo negro.

Timothy Leary no andaba muy equivocado cuando afirmaba que debemos salir de nuestras mentes (o valores abstractos) para participar más de nuestros sentidos (o valores concretos). El desplazarnos hacia los sentidos debe ser ante todo una experiencia de nuestra propia existencia entendida como organismo viviente antes

que como «personalidad». El hombre, en tanto que organismo, es al mundo exterior lo que un remolino es al río: el hombre y el mundo no son más que un único y natural proceso, pero nosotros nos comportamos como si fuéramos los conquistadores de un territorio extranjero. Ahora bien, cuando el individuo se identifica con el ego y se siente como una personalidad separada, nunca llega a darse cuenta de que su cuerpo no es más que una forma particular de la energía y que no es independiente de las restantes formas de la misma llamadas plantas, animales, insectos, bacterias, minerales, líquidos y gases. La definición de persona y el sentimiento del «Yo» no incluyen en realidad la relación a que acabamos de referirnos. Decimos: «Vine a este mundo». No es exacto; hemos salido *de* este mundo, lo mismo que las ramas de un árbol nacen de su tronco.

Mientras no sintamos efectivamente la existencia en este sentido, no habrá lugar para la creación de formas políticas que reconozcan la interdependencia de todos los pueblos, ni para formas tecnológicas que tengan presente el nexo de unión entre el hombre y el resto de la obra de la Naturaleza. Ahora bien, ¿cuál puede ser la clave de nuestro cambio vivencial? ¿La educación científica? Quizá sería una solución para el intelecto, no para las emociones. ¿La religión? La experiencia hasta el presente no es muy esperanzadora. ¿La psicoterapia? Demasiado lenta. Si algo puede hacerse en este asunto, y hacerse a tiempo, estoy de acuerdo con Aldous Huxley (y con el sobrio y erudito Arthur Koestler en su *Ghost in the Machine*) en afirmar que nuestra única salida puede ser la psicofarmacología, un producto químico, una píldora que nos libere de la tiranía conceptual de la mente.

Si bien yo he experimentado estos métodos (LSD, etcétera), me mostraría tan reacio a intentar cambiar el mundo por medio de sustancias psicodélicas, como a administrar a todo el mundo antibióticos sin la más pequeña discriminación. Todavía ignoramos los desequilibrios ecológicos que estos últimos pueden haber causado, no sabemos cuán profundamente pueden haber alterado ciertos equilibrios de la Naturaleza. Debo hacer, por tanto, otra sugerencia que quizá sea igualmente inaceptable.

Se trata simplemente de *no hacer* nada al respecto... Poco antes de morir, Robert Oppenheimer hizo observar que el mundo estaba camino del infierno, añadiendo que la única posibilidad de que *no* se cumpliera su previsión era que no hiciésemos absolutamente nada para evitarlo. Porque la mayor de las ilusiones en la que cae el ego abstracto es la creencia de que puede hacer algo que produzca una mejora radical de sí mismo o del mundo.

Y, físicamente, esto es tan descabellado como tratar de elevarnos en el aire tirando de los cordones del zapato. Además, el ego, como el dinero, no es más que un concepto, un símbolo, incluso una ilusión, no es un proceso biológico o una realidad física.

Esto significa que hemos de abstenernos de predicar *cruzadas*, que hemos de abstenernos de actuar por causas abstractas como el bien, la paz, el amor universal, la

libertad, o la justicia social. También significa dejar de luchar contra duendes como el comunismo, fascismo, racismo y los poderes imaginarios de las tinieblas y el mal. Porque en su mayor parte, el infierno por el que actualmente atraviesa el mundo se debe a las buenas intenciones de la gente. Justificamos nuestras guerras y revoluciones afirmando que son medios más o menos afortunados para la consecución de buenos fines, como un general que hace poco decía que había destruido un pueblo en Vietnam para su propia seguridad. Ésta es también la causa de que no podamos llegar a ningún acuerdo genuino en las mesas de conferencias — sólo compromisos transitorios e incompletos — puesto que cada bando cree que actúa por los mejores motivos y en beneficio de toda la Humanidad. Para ser humano, uno debería reconocer y aceptar cierto irreducible elemento canalla tanto en sí mismo como en el enemigo. Constituye un enorme alivio el darse cuenta de que estas ambiciones abstractas no son más que tonterías y que hemos estado malgastando incontable energía física y mental en empresas fatuas. Porque cuando se comprende que tratar de conseguir el bien sin mezcla de mal alguno es tan absurdo como tratar de imponer el color blanco sobre el negro, toda esta energía se orienta hacia cosas que sí *pueden* ser realizadas, cosas materiales y específicas como cultivar la tierra, cocinar, extraer minerales, confeccionar ropas y construir edificios, viajar, aprender, bailar, hacer el amor. Cosas, todas éstas, excelentes para ser hechas por sí mismas, pero, por favor, no para mejorarse uno mismo o al prójimo.

ASESINATO EN LA COCINA

Un cuerpo viviente no es un *objeto* estático sino más bien un *acontecimiento* en curso, como una llama o un remolino: tan sólo la forma es estable, ya que la sustancia está constituida por la corriente de energía que penetra por un lado y sale por el otro. Somos como ondas, identificables temporalmente, en medio de la corriente de energía que nos penetra en forma de luz, calor, aire, agua, leche, pan, fruta, cerveza, beef Stroganof, caviar o paté de foie gras, y sale en forma de excrementos y gases, y también en forma de semen, bebés, conversación, política, comercio, guerra, poesía o música. Y filosofía.

Un filósofo, que es lo que se supone que soy, es una especie de patán intelectual que se queda boquiabierto ante lo que la gente más sensible considera normal; no puede evitar el sentimiento de que las cosas más sencillas de la vida cotidiana son increíblemente fantásticas. Tal como afirmaba Aristóteles, el maravillarse constituye el principio de la filosofía. A mí me maravilla saber que estoy viviendo sobre una inmensa esfera rocosa que da vueltas alrededor de una gigantesca bola de fuego. Y más me asombra el hecho de que yo mismo soy una especie de laberinto, un complicado arabesco de tubos, filamentos, células y fibras que constituyen distintas clases de pulsaciones dentro de esta corriente de energía líquida. Sin embargo, lo que realmente me fascina es que casi la totalidad de las sustancias que compone este laberinto, aparte del agua, perteneció en otro tiempo a *otros* cuerpos vivientes — animales y plantas — y que yo tuve que apropiármelas mediante el asesinato. Somos una especie de recomposición de otras criaturas, puesto que la existencia biológica tan sólo se perpetúa mediante el mutuo sacrificio e ingestión de las distintas especies. La existencia me es dada en virtud de mi pertenencia a este grupo de seres que prosperan devorándose mutuamente.

Naturalmente, ser devorado es algo muy doloroso y yo no deseo serlo. Su sola idea me estremece. Suponiendo que antes no caiga en manos de los empresarios de pompas fúnebres, el ser comido por gusanos y otros gérmenes, ¿será compensación suficiente por el sinnúmero de vacas, corderos, aves y peces que he consumido a lo largo de toda mi vida? Me pregunto, ¿no constituirá este arreglo biológico una invención diabólica que conduce cada vez con mayor rapidez hacia un callejón sin salida? He visto plantas atacadas por la mosca verde, cargadas de succulento fruto, que al día siguiente no eran sino un poco de polvo gris y unos tallos secos. Parece ser que la vida es un sistema que se devora a sí mismo hasta la muerte y en el que victoria significa derrota.

El hombre puede fácilmente imitar a la mosca verde; cuando llega a ser experto en tecnología es más dañino que una plaga de langosta y más voraz que las pirañas. Devora, destruye y contamina toda la superficie del planeta: convierte minerales,

bosques, pájaros, peces e insectos, en suburbios, aguas de alcantarillado, herrumbre y humo. Mientras tanto, el triunfo sobre sus enemigos naturales, desde el tigre a la bacteria, le permite proliferar hasta el punto de que ya empieza a carecer de espacio vital. Su misma rapacidad le hace gastar enormes cantidades de riqueza en la fabricación de armas, tanto más mortíferas y caducas cuanto mayor es su capacidad tecnológica. No pocos animales prehistóricos se extinguieron a causa del excesivo desarrollo alcanzado por sus defensas naturales: el «tigre de colmillos de sable», ante la dificultad que entrañaba el manejo de sus inmensos dientes y el *titanoceros*, abrumado seguramente por el peso del enorme cuerno que lucía sobre su frente.

Quizá se deba aceptar la idea de la muerte de la especie, tal como se acepta la del individuo. La energía del Universo, entonces, se revestirá de formas distintas y danzará otros ritmos. El espectáculo proseguirá, pero, ¿por qué esta prosecución tiene que consistir en una tan intensa agonía? La continuación de la vida, ¿debe necesariamente implicar el desgarrar de la carne entre unos afilados dientes? Si es así, el único problema filosófico serio, como afirma Camus, es la cuestión del suicidio.

De nuevo el filósofo se pregunta: Aparte del suicidio, ¿existe alguna otra forma de escapar de este círculo vicioso de la mutua matanza que, en cualquier caso, supone un suicidio a largo plazo? ¿Existe alguna forma de evitar, mitigar o ablandar este sistema de conservación de la vida basado en el asesinato y la agonía?

El vegetarianismo no constituye una solución. Hace ya tiempo que el botánico indio Sir Jagadis Bose pudo analizar las reacciones de dolor de las plantas al ser arrancadas o cortadas. Decir que las plantas no pueden *saber* que sufren equivale a afirmar que no pueden expresar su dolor mediante palabras. Cuando le señalé esto a un budista estrictamente vegetariano, el famoso Reginald H. Blyth, autor de *Zen in English Literature*, me contestó: «Sí, lo sé. Pero cuando matamos vegetales por lo menos no oímos sus gritos de dolor». En otras palabras, Blyth se mostraba condescendiente con sus *propios* sentimientos. Los monjes hindúes y budistas mantienen la actitud de «ahimsa» o no-violencia, hasta el extremo de que cuando andan no levantan la vista del suelo, no para eludir las tentaciones que podrían suponer la visión de mujeres hermosas, sino para evitar pisar los escarabajos, caracoles o gusanos que pudieran interponerse en su camino. Sin embargo, esta actitud no es más que una evasión, un gesto ritual de reverencia ante la vida, que no altera en absoluto el hecho de que vivimos gracias a la matanza.

Si buceo en mi propia conciencia para poder responder a esta situación, hallo tres respuestas.

La primera consiste en admitir que la decisión de vivir supone la decisión de matar, no hay que darle vueltas. Si me decido realmente a matar, podré, al menos, hacerlo eficientemente. Considerad la agonía que supondría ser decapitados a medias por un verdugo que se mostrase vacilante. La muerte debe ser tan rápida como sea posible y la mano que sostiene el rifle o blande el cuchillo debe mantenerse firme (incidentalmente, supongo que no os gustaría que vuestro cirujano se mostrase tan

afectado y preocupado por vosotros que su mano temblara en el momento de la operación).

La segunda sería que cada forma de vida, muerta para ser comida, debe ser tratada según el principio «Te quiero tanto que te voy a comer» del que se sigue «Te he comido tanto que te quiero». Este principio no ha sido tenido en cuenta ni por los cazadores de antaño ni por los actuales granjeros industriales y pescadores. Para citar tan sólo dos ejemplos, las modernas técnicas de pesca están a punto de acabar con las ballenas, y la cría industrial de aves está inundando el mercado de «no-pollos» y «pseudo-huevos». Los infelices animales son criados en jaulas metálicas, alimentados químicamente y nunca pueden escarbar tranquilamente la tierra mientras toman el sol; no es de extrañar, pues, que no sepan a nada. Todo lo que una vez en el plato no despierta amor es que tampoco ha sido amado ni en la granja ni en la cocina.

La tercera ha sido muy bien expresada por Lin Yutang de la forma siguiente: «Si se mata un pollo y luego no es debidamente cocinado, el pollo ha muerto en vano». Lo menos que puedo hacer por una criatura que ha muerto por mí, es honrarla como se merece, no con un ritual vacío de contenido sino cocinándola a la perfección y saboreándola plenamente.

El amor que se debe a las plantas y a los animales que hacen posible nuestra vida, ha de manifestarse en la cocina. Sin embargo, un ligero vistazo a una cocina inglesa o americana media nos basta para darnos cuenta de que no nos encontramos ante ningún templo de amor. Relegada a un área secundaria de la casa, tiene un aspecto de cuarto de baño o de dispensario: blanca, fría, a veces brillante y agresivamente limpia. Tales cocinas son, como los retretes, meras conveniencias donde la comida es transformada en algo masticable y asimilable porque así es conveniente que sea. Y todo lo que proviene de semejantes cocinas sabe a lo único que puede saber lo que es conveniente. Una regla de exactitud casi matemática: cocina descolorida = comida insípida.

Estas repugnantes cocinas no son producto de la pobreza. Reflejan simplemente el hecho de que la civilización más poderosa de la tierra está tan ocupada ganando dinero que ha perdido el gusto por la vida y la capacidad de placer. La noción comúnmente aceptada de que los americanos son materialistas es un craso error. Un materialista es una persona que ama las cosas materiales, alguien que se dedica al disfrute del presente físico e inmediato. Basándonos en esta definición, la mayoría de los americanos son abstraccionistas. *Odiar* la materia y la convierten con la mayor rapidez posible en montañas de desperdicios y gases venenosos. Como pueblo, nuestro ideal es conquistar el futuro y mientras mantengamos este ideal jamás disfrutaremos del presente. Porque sólo los que saben tener un presente y mantener con él relaciones materiales, son capaces de hacer planes efectivos para el futuro, ya que cuando sus planes maduran están capacitados para gozar de los resultados. Los otros, con los ojos fijos en un mañana que nunca llega, verán como el presente se les escapa — para siempre —, juntamente con una especie de plástico enriquecido con

vitaminas llamado «pan». Se puede aprender mucho acerca de una civilización partiendo del estudio del producto básico de su alimentación, en nuestro caso el pan. El verdadero pan, podríamos decir, es una sustancia sólida de un aroma que evoca visiones de cocinas campestres, molinos de harina, sacos de trigo y campos de cereales dorados bajo el sol de una tarde de estío. Pero pocos son los americanos que pueden evocar tales asociaciones; nuestro pan es una masa porosa de miga, protegida y enriquecida con sustancias químicas supuestamente nutritivas. Más que blanco es en realidad incoloro y se aproxima — ¡oh, milagro! — al sabor de la nada absoluta. Es una especie de cuerpo compacto con burbujas de aire, cada una de las cuales está revestida de una película de plástico comestible, previamente sintetizado del trigo o del centeno por un procedimiento similar al que obtiene caseína de la leche. En contacto con los líquidos, sean salsas o saliva, esta película de plástico se desintegra «ipso facto» convirtiéndose en una pasta carente de textura exactamente tan revulsiva como el légamo blanco con que se alimenta a los bebés y que muchos de ellos, naturalmente, escupen o vomitan.

Para empezar, el trigo crece sin amor sobre inmensas y anónimas extensiones de terreno, como Kansas y Nebraska, y se le espolvorea desde aeroplanos con herbicidas e insecticidas. Luego se recolecta con inmensos aparatos mecánicos, se muele, y se convierte en una harina contaminada por toda clase de desinfectantes y detergentes. Estas montañas de pseudo-harina son amontonadas en enormes panaderías automatizadas para ser mezcladas con ácido pantoténico, piridoxina, ácido para-amino-benzóico y esencias artificiales; luego, la masa se llena convenientemente de burbujas aéreas, se estabiliza térmicamente, se corta en finas rebanadas y se envuelve en papel de celofán para ser distribuida en forma de pequeños paquetes, desgraciadamente demasiado frágiles y pequeños para ser utilizados como almohada.

Quizá pueda creerse que estoy bromeando. También es broma entonces la noticia, según un número reciente del *Scientific American*, de que alguien ha patentado un proceso para la fabricación de «pan» continuo, que manará a través de hornos electrónicos como la pasta dentífrica fluye a través del tubo. «Se mezcla una corriente continua de ingredientes, se amasa la pasta y se le inyecta anhídrido carbónico para que suba. (Puede añadirse levadura, pero sólo a efectos de aroma.)» El producto resultante no tiene corteza.

Hace varios años, un lector se quejaba del pan en la revista *Consumer's Report*, admirable publicación que tiene por objeto proteger a sus subscriptores de los fraudes del mercado. Pero en lugar de someter el producto en cuestión al veredicto de *chefs* y *gourmets*, *CR* apeló a los dietistas y a los químicos, quienes informaron que aquella sustancia miserable era ciertamente «rica en vitaminas y minerales nutritivos».

Aquí está el meollo del problema: confundimos la dieta con la medicina y la cocina con la farmacología, y así sucede que el dietista y el cocinero son mutuamente incompatibles (el primero juzga con la ayuda de tubos de ensayo, el segundo con su olfato y su paladar). Algunas etiquetas de productos alimenticios no se distinguen en

nada de las etiquetas de los específicos farmacéuticos. Por ejemplo, tomo un paquete de gelatina ordinaria de una estantería y leo:

Composición: Proteínas 85-87%, Humedad 12-14%, Cenizas 1,0-1,2%, Grasas 0, Sodio 90 mg/100 grs. Hidratos de Carbono 0. Calorías por dosis 28.

Quizá no tengamos una idea exacta de lo que esto significa, pero con todos estos decimales y estos nombres de aspecto científico podemos estar seguros de que se trata de lo mejor. Nuestro juicio sobre la comida es más teórico y matemático que material, lo cual constituye una de las razones por las que afirmo que los americanos no son materialistas sino abstraccionistas. Pero en ninguna parte se evidencia tanto la incompatibilidad entre dietistas y cocineros como en los hospitales y colegios. Debido a mi trabajo, parece que mi sino es tener que almorzar con frecuencia en las cafeterías estudiantiles de numerosas Universidades del país. Pero todos los menús son idénticos. Lechuga congelada con un poco de queso y otro poco de piña en conserva; chuletas de buey refritas y achicharradas durante horas en algún purgatorio electrónico; nunca falta una salsa hecha con agua, pasta de madera y cubitos de caldo concentrado; guisantes y zanahorias hervidas. El pastel es una tajada de gelatina *beige*, aromatizada con azúcar artificial, debidamente coronado por una crema de afeitar nacida de una bomba de aerosol. El efecto de estas dietas en la vida intelectual del país debe ser forzosamente catastrófico.

El problema es que los dietistas, que son los que supervisan semejante «cocina», pueden ciertamente demostrar que ésta contiene las cantidades adecuadas de proteínas, hidratos de carbono, minerales y vitaminas. Pero esto equivale, ni más ni menos, a juzgar el valor de una música en términos de decibelios o frecuencias. «Certificamos que este disco no es perjudicial para el oído humano.» Ciertamente, todos estos productos son *recomendables* —recomendables en el sentido de que nos van a permitir seguir existiendo durante un período de tiempo razonable—. Incluso el sexo está siendo aceptado por la misma razón: porque es recomendable; porque es una «descarga» sana que reduce la tensión. Algún miserable higienista dibujará pronto el gráfico de las necesidades diarias de descarga de una persona estándar (0,428 significaría tres veces por semana), de forma que podremos fornicar con un elevado sentido del deber y libres del complejo de culpabilidad. Verifique su índice de «descargas» y mantenga el gráfico cerca de su cama.

Pero ¿qué es realmente este elemento «bueno» o «recomendable» al que aspiramos cuando hacemos o comemos cosas que se supone son buenas para nosotros? Esta cuestión es tabú, porque si se investigara seriamente, todo el orden social y económico se derrumbaría y tendría que volver a reorganizarse. Sería algo así como el asno que se da cuenta de repente de que la zanahoria que le cuelga ante el hocico, y que le hace correr, está atada a su propio collar. Porque lo bueno a que aspiramos, existe única y exclusivamente en el futuro, y al ser incapaces de relacionarnos con el sensual y materialista presente, nos sentimos felices en cierto

modo cuando esperamos que sucedan cosas buenas, no cuando en realidad suceden. Nos sentimos estimulados de tal modo al proyectarnos hacia un futuro placentero, y nos apresuramos de tal forma en salir a su encuentro, que no podemos detenernos a disfrutar de los acontecimientos cuando éstos se producen. Somos, pues, una civilización que sufre de un desencanto crónico, una inmensa pandilla de niños malcriados que destrozan sus juguetes.

La afirmación de que el tiempo no existe, nos parece una solemne tontería. El tiempo, decimos, es oro, y no es ninguna tontería el oro. Sin embargo, es imposible que estemos en el estado mental adecuado para cocinar, comer o para cualquier otra clase de arte o placer sin ser conscientes de que el tiempo es un concepto puramente abstracto. En efecto, existe el *timing* -el arte de dominar el ritmo-, pero el timing y las prisas son tan mutuamente excluyentes como los cocineros y los dietistas. El tiempo no es más que una medida aceptada por todas las sociedades civilizadas y tiene la misma clase de realidad (o irrealidad) que puedan tener los círculos imaginarios de longitudes y latitudes de globo terráqueo. A juzgar por el reloj, el momento presente no es más que una línea que idealmente no debería tener grosor alguno. Por consiguiente, cuando se está hechizado por el reloj no se tiene presente alguno. El «ahora» será el punto geométrico en el que el futuro se transforma en pasado. Pero si realmente se siente el mundo de forma material, se descubre que nunca existe, existió o existirá algo distinto del presente.

Para una perfecta ejecución de cualquier arte, debemos ser penetrados por este sentimiento de la eternidad del momento presente porque él es el secreto del *ritmo* adecuado. Sin prisas. Sin dispendios. Sólo el sentimiento de dejarse llevar por el fluir de los acontecimientos, como cuando se baila correctamente, sin anticiparnos pero tampoco retrasándonos.

La prisa o el retraso son igualmente formas de resistirse al presente, y en el arte culinario se traducen en el resultado de una comida estropeada. El intento de ganar tiempo, es decir, de moverse lo más rápidamente posible hacia el futuro, nos ha dado una comida abstracta en lugar de una comida real. El café instantáneo, por ejemplo, es un merecido castigo a la prisa por alcanzar el futuro. Como lo son las cenas ante la TV. Como lo son las comidas servidas en los aviones que parece que adquieren su sabor del de los platos de plástico en que se sirven. Como lo son también estas mezclas de zumo de uva y alcohol, preparadas en cubas de hormigón, y que pretenden hacerse pasar por vino.

Incluso nuestras frutas y vegetales padecen la enfermedad de la prisa; por magnífico que pueda ser a primera vista el aspecto de una manzana, es realmente difícil encontrar una que no sea una pulpa insulsa bajo una piel reluciente y la mayoría de las patatas tienen, como el pan, el glorioso sabor de la nada. Hubo un tiempo en que llegué a pensar que había arruinado mi paladar a causa de un excesivo abuso del tabaco, pero cuando recientemente visité el huerto de mi padre en

Inglaterra, encontré de nuevo manzanas y patatas reales, como si mi paladar se hubiese vuelto de repente puro e inmaculado como el de un niño.

Los abstraccionistas, si pudieran, ahorrarían tiempo comiéndose el impreso del menú en lugar de comida, que es casi lo que sucede en realidad en esos restaurantes en los que se puede leer:

*FILETE DE TRUCHA DE LAS MONTAÑAS DEL COLORADO,
deliciosamente salteado sobre pan frito, con guisantes frescos, mantequilla y
patatas fritas ligeras y crujientes.*

A veces, incluso puede verse una fotografía del plato en cuestión para aguzar el apetito, en compensación del lúgubre anticlímax de la realidad. La última vez que me ocurrió algo semejante fue en un restaurante que tenía la desfachatez de mantener una cocina al aire libre; el «Filete de Trucha de las Montañas del Colorado» resultó ser un severo rectángulo de una sustancia blanquecina que cuando estuvo en la parrilla produjo un ruido apagado, algo así como una especie de estertor. Otra forma de comerse el menú en lugar de la comida es preferir el dinero a la riqueza, desorden psíquico íntimamente relacionado con la alucinación de creer que el tiempo es una realidad física. A decir verdad existen todavía algunos sustanciosos y excelentes productos que se hallan en venta en nuestros supermercados, ahora bien, ¿qué ocurre cuando se está hechizado por el dinero? Llega uno con su carrito repleto hasta el cajero quién extrae de la máquina registradora una larga tira de papel y dice «Treinta dólares y veinticinco centavos, por favor». E inmediatamente se siente uno deprimido por tener que pagar tanta «riqueza», sin darse cuenta de que nuestra riqueza se halla ahora en nuestra bolsa de la compra y de que nos la vamos a llevar a casa. Porque el dinero era un futuro, una «promesa de pago», una abstracción ahora convertida en realidad sustancial. Y, sin embargo, nos sentimos contrariados por haber cambiado la posibilidad de conseguir algo en el futuro por bienes reales. Del mismo modo que el tiempo es una forma de medir el movimiento, el dinero no es más que una medida del poder y la riqueza materiales y cuando no se comprende esto, puede suceder que un país con vastos recursos materiales se encuentre de la noche a la mañana sumido en la escasez — como en los años de la Depresión — por falta de dinero, que es algo meramente simbólico.

En una civilización dedicada al ideal, estrictamente matemático y abstracto, de conseguir la mayor cantidad de dinero en el menor tiempo posible, el único método seguro de éxito consiste en engañar al cliente, vendiendo diversas clases de naderías en pretenciosos envoltorios. Pulvericemos con cera nuestros aguados tomates a fin de que parezcan más reales. ¿Y luego qué? ¿Qué vamos a adquirir que valga la pena, con el dinero así obtenido, si todo el mundo juega al mismo juego?

Uno podría sentirse inclinado a suponer que, al ser éste el país más rico del mundo, los prósperos corredores de comercio, los lampistas y los electricistas se entregarían a banquetes y orgías, a cuyo lado los de la antigua Roma parecerían una

cena penitencial metodista. Pero la realidad es que la gente se contenta con largarse a su casa a tragarse latas y latas de una bebida suave, mal llamada cerveza, y a contemplar la televisión entre hamburguesa y hamburguesa. Los trabajadores más cualificados prefieren anesthesiarse con martinis y quizás ir luego a un restaurante francés o italiano, sin que ello signifique que tengan gusto para escoger los platos ni apetito para comérselos. Cuando voy a Nueva York suelo hospedarme en un hotel situado en una calle de famosos restaurantes europeos. Cada mañana, a las seis, me despierta el ruido que hacen los camiones de la basura al llevarse toneladas de desperdicios formados por restos de comida que se queda en los platos, entre los que imagino langostas thermidor, ostras Rockefeller, *filet mignon aux champignons*, salmón fresco, *moules marinère*, y *coq au vin*, debidamente mezclados con las verduras que fueron servidas la noche anterior. Por excelente que la cocina pueda ser, en América los restaurantes sirven para satisfacer la vista y no el estómago, porque los abstraccionistas se deleitan leyendo nombres exóticos en los menús y pidiendo platos sobrecargados, más propios para un chico en edad de crecimiento. El cliente desea anticipación; es incapaz de disfrutar las cosas en el presente real.

Y todo porque estamos viviendo en una cultura hipnotizada por los símbolos — palabras, números, medidas, cantidades, imágenes — que son confundidos con y preferidos a la realidad física. Creemos que la prueba de la bondad de un dulce se halla en el análisis químico y no en el acto de comérselo. Éste es el resultado de un sistema de educación fundamentalmente literario y matemático, que prepara a todo el mundo para ser oficinistas o burócratas y que sólo muy a regañadientes proporciona adiestramiento para las artes materiales, porque se las considera demasiado estúpidas para promover el avance intelectual. No estoy haciendo disertaciones sentimentales acerca de la «dignidad del trabajo». Digo simplemente que una cultura no lo es, cuando no proporciona el aprendizaje de las artes fundamentales de la existencia: cultivar la tierra, cocinar, comer, vestir, decorar la casa y hacer el amor. Donde no se cultivan estas artes con devoción y destreza, el dinero y el tiempo sobrantes no son de ninguna utilidad. Las tiendas no venden más que quincalla fabricada por unos esclavos que trabajan sin entusiasmo alguno, tan sólo por dinero, y con un ojo pendiente del reloj. No es de extrañar, pues, que no existan apenas puestos de trabajo para aquellos auténticos artistas que se deleitan en la confección, con mano experta, de los productos necesarios para nuestra vida cotidiana. Los modernos reactores y los instrumentos científicos son ciertamente maravillosos, pero las casas, coches, tejidos, alfombras, trajes, vajillas, camas, y lámparas son, simplemente, unos monumentales fracasos de la imaginación humana.

(A propósito, si buscáis una cristalería realmente elegante para vuestra cocina — jarros, embudos, decantadores, botellas —, adquirirla en una tienda especializada en equipos para laboratorios.)

En el mundo de las abstracciones y de los símbolos — mundo discontinuo y separado del mundo —, la persona humana es una cosa aislada en medio de otras

cosas. Uno se experimenta a sí mismo como un solitario centro de conciencia y acción, inquilino de un envoltorio de piel y huesos. Este envoltorio es el límite entre uno mismo y un universo extraño, y la principal tarea de la vida consiste en aunar fuerzas con otros solitarios para proceder a la «conquista de la naturaleza», esto es, la subyugación violenta de un universo adverso a nuestras aspiraciones. Por esto empleamos la expresión «conquista del espacio». Por esto estamos destruyendo cuanto nos rodea y hacemos inhabitable nuestro propio ambiente. Y cada vez más, el mundo que nos rodea *parece* como si lo odiásemos.

No obstante, este sentimiento de existencia personal es una ilusión. La rama específica de la ciencia que estudia las relaciones de los seres vivos con su medio — la ecología —, demuestra sin lugar a dudas que el organismo individual y el medio que lo rodea son una corriente continua de una misma energía. Vamos a extraer una moraleja de la relación entre abejas y flores: ambos organismos tienen un aspecto completamente distinto; uno echa raíces y exhala perfume; el otro se desplaza libremente por el aire y emite un zumbido. Pero como uno no puede existir sin el otro, tiene sentido afirmar que en realidad no son más que dos aspectos de un mismo organismo. Aparentemente nuestras cabezas son muy diferentes de nuestros pies, pero reconocemos que ambos pertenecen al individuo por cuanto están conectados entre sí por una red ósea, muscular, nerviosa y circulatoria. Pero hay conexiones que no por ser menos obvias son menos reales.

Por ejemplo, no hay ligamento alguno que conecte las moléculas de vuestra propia mano, ampliamente separadas entre sí. Tampoco hay nada material visible que una entre sí las diversas estrellas que constituyen una galaxia. Ahora bien, es muy alarmante que seres humanos civilizados ignoren que forman un *continuo de energía* con la naturaleza que les rodea. Tan necesario es tener aire, agua, plantas, insectos, aves, peces y mamíferos como tener cerebros, corazones, pulmones y estómagos. Los primeros son nuestros órganos externos en la misma medida en que los últimos son nuestros órganos internos.

Ahora bien, si no podemos vivir sin la naturaleza externa — órganos externos — de la misma forma que nos es imposible sobrevivir sin los llamados órganos internos, debemos inferir lisa y llanamente que la palabra «Yo» debe incluir *ambos* significados. El sol, la tierra o los bosques son como los rasgos, no sólo de nuestro propio cuerpo, sino incluso de nuestro cerebro. La erosión del suelo es una enfermedad personal en el mismo grado que pueda serlo la lepra y muchas «comunidades en crecimiento» tienen efectos tan desastrosos como el cáncer.

El que no sintamos todo esto como evidente es el resultado de pensar durante siglos que uno no es más que el contenido de un envoltorio de piel, lo de dentro, pero no lo de fuera. La insensatez extrema de esta noción se hace evidente tan pronto como tratamos de imaginar un dentro sin un fuera, o un fuera que no limite un dentro.

Si esto se ve con claridad, automáticamente se adquiere una nueva actitud respecto al mundo físico, actitud que incluye en primer lugar un profundo respeto por

las criaturas, del cual todas y cada una de ellas dependen, y en segundo lugar un sentimiento de amor y de deleite ante el mundo, que no es más que una extensión del propio cuerpo. Ciertamente que el mundo sobrevive gracias a la mutua matanza entre las distintas especies, pero con esta nueva actitud, a la matanza de la granja, al menos no se le añadirá el asesinato de los alimentos en la cocina o el del paisaje a manos de urbanizaciones construidas por enfermos mentales, o el del aire y de la luz solar a manos de los gases industriales y circulatorios.

Así, pues, la única condición absolutamente esencial que presupone el arte de cocinar es la de sentir amor por sus materias primas: la forma de los huevos, el olor de la harina, de la menta, de los ajos, la roja y marmórea textura de una tajada de buey, la traslúcida palidez verde de la lechuga, las elipses concéntricas de una cebolla cortada en rodajas, o el calor y la suave elasticidad de la masa de harina al tocarla con los dedos. La actitud espiritual del cocinero se verá enriquecida si posee una cierta familiaridad con los graneros, viñas y huertos. Uno de los recuerdos más persistentes y agradables que tengo es el de la visión de una hilera de lechugas a la luz de la luna de medianoche, especie de jade comestible refrescado con pequeñas gotas de rocío. A veces también recuerdo que, siendo niño, me gustaba esconderme entre las matas de alubias ya crecidas y empaladas, buscando siempre las vainas mayores para devorar sus judías tiernas y purpúreas.

Con esta actitud es prácticamente imposible arrojar la comida al agua hirviendo sin el menor cuidado o preparar un asado sin estar constantemente pendiente del horno. Un buen cocinero lleva a cabo su trabajo con el mismo cuidado y afecto que una madre cariñosa o como un alquimista que estuviera destilando de unas hierbas desconocidas el elixir de la inmortalidad. La preparación debe ser tan deliciosa y divertida como el banquete, si es que este último debe ser merecedor de este nombre. Porque, en definitiva, el cocinero es un sacerdote que ofrece sacrificios y la cocina es su altar. Debe procederse con la misma devoción y atención que exige la ejecución de un rito mágico, o, si lo preferís, con el mismo fervor con que actuaríais al tratar de satisfacer a una mujer espléndida, o al intentar obtener la mejor nota de un instrumento musical exquisito.

Se puede ser consciente del estilo y actitud propias de un ritual en casi cualquier ocasión que se lleva a cabo expertamente y con plena atención al momento presente, como cuando un cirujano maneja sus instrumentos en el curso de una intervención, cuando un joyero repara un reloj o cuando los pilotos se preparan para el despegue del avión. La fascinación (o magia) que ejerce el ritual es tan grande, que los americanos, que se enorgullecen de ser gente llana y directa, salen al extranjero en manadas para presenciar la ceremonia de una coronación o sienten una extraña emoción cuando el *maître* se acerca con un carrito a la mesa para preparar *crêpes suzette* y procede a encender el coñac. Estamos tan hambrientos de ritual, que miles de graves protestantes, que se horrorizarían ante una misa solemne de la Iglesia

Presbiteriana, se hacen miembros de la Masonería para llevar atuendos exóticos y tomar parte en ceremonias arcaicas.

Felizmente existe aún en nuestras almas un temor primitivo y esencial ante este dios central de la cocina cuyo nombre es Fuego. Los americanos, a diferencia de los ingleses y franceses, tienen abundantes hogares en sus casas y el paterfamilias se ha sentido durante los últimos veinte años cada vez más atraído por los ritos de la barbacoa y todos los accesorios de este ceremonial, gorro de cocinero, delantal y gran tenedor. La vuelta a esta forma de cocinar es un signo evidente de que todo no está perdido y de que nunca se nos despertará un auténtico apetito ante esas comidas que se encargan a un aparato electrónico que las sirve tras una espera exacta de sesenta segundos. Mi fe en la naturaleza humana me induce a creer que serán nuestros propios nervios los que nos obligarán a darnos cuenta de que no puede existir sabor en la mesa sin amor en la cocina.

El centro de casi todos los hogares civilizados del mundo occidental es un espacio estéril llamado cuarto de estar que sirve para cualquier cosa menos para estar en él. En tiempos fue conocido, más correctamente, como el locutorio o sea el lugar para hablar. Allí se recibían los visitantes y, por tanto, sólo era usado en ocasiones especiales, olía vagamente a húmedo y no contenía gran cosa aparte de sillas, sofás, una vitrina con platos curiosos y unos pocos cuadros. La familia vivía en otros lugares: si no tenía sirvientes, en la cocina; si contaba con servicio, en la librería o en el cuarto de los niños. Pero con la virtual extinción del servicio y el creciente costo del espacio, las casas han sufrido una rara transformación. Lógicamente deberíamos haber abandonado el pretencioso lujo del locutorio y habernos trasladado a cocinas más espaciosas. Sin embargo, nos hemos instalado en el locutorio y hemos reducido las cocinas al tamaño de un cuarto de baño.

Esto nos ha permitido mantener la ilusión de que todavía podíamos permitirnos el lujo del servicio, o por lo menos de un cocinero que preparase las comidas fuera de escena para presentarlas luego en la mesa, como si el cordero asado fuera, por ejemplo, un plato creado milagrosamente de la nada.

La civilización resulta ser, como hemos venido mostrando, un juego de pantallas que trata de ocultar las conexiones reales existentes entre las cosas. De la misma forma que el cordero asado llega a la mesa sin conexión visible con la cocina, el cocinero o la cría del ganado, los niños nos llegan sin conexión visible con las relaciones sexuales o el parto. El *bacon*, tal como nos lo presentan en el supermercado, no recuerda a un cerdo en lo más mínimo, mientras los bistecs parecen ser entidades propias, como las manzanas, sin que tengan relación alguna con la partición de reses muertas. Eliminar estas pantallas es considerado tan vulgar y ofensivo como vaciar el contenido intestinal en plena calle.

Así, el cuarto de estar es el lugar en que los miembros de la familia aparecen ante sí mismos y ante los demás como entes imaginarios, como damas y caballeros que no cavan, matan, lavan, cagan o joden — ¡todo palabras de cinco letras! —. Un hogar

debe tener ciertamente relación con el organismo humano que alberga: así como la boca y el recto son los extremos opuestos del canal alimenticio, la cocina y el excusado deben mantenerse mutuamente apartados (conviene hacer notar, de paso, que uno de los mayores placeres de la civilización japonesa consiste en la bañera común, pero cuidadosamente separada del «benjo», excepto en los hoteles modernos, en los que cada habitación tiene su cuarto de baño). Pero cuando la segmentación de nuestro vivir va demasiado lejos, cuando nuestras distintas funciones orgánicas se ejecutan en compartimentos estancos, la gente aparece en sus casas como seres que sólo comen, beben, se sientan y charlan. El resto de la casa es una especie de «inconsciente», en el que se reprimen nuestras funciones más biológicas.

Este arreglo concuerda perfectamente con la ilusión de que el verdadero ser de uno mismo es una entidad mental distinta, ego o alma, que habita y se supone controla el cuerpo, pero que en realidad no pertenece a él. Este ser no biológico no es más que una abstracción, un complejo de palabras, símbolos, imágenes e ideas — una *persona* o máscara en lugar de un ser viviente —, y ésta es la razón por la que el locutorio, la habitación de charlar, es la habitación principal de los hogares de una civilización dedicada positivamente a esta ilusión.

El cuarto de estar debería llamarse en realidad el cuarto de retiro (puesto que se trata de la habitación a la que nos retiramos no tanto de la mesa después de las comidas, como de nuestra existencia biológica). Este retiro sería honesto y consciente si la habitación en cuestión fuera una biblioteca, o un lugar aparte destinado a la vida intelectual. Pero en una nación en la que apenas existen más de mil «auténticas librerías», es de suponer que muy pocos cuartos de estar serán bibliotecas. La principal habitación de la casa es en la mayoría de los casos un gran espacio inútil atestado de muebles pesados y carísimos, que soportan los rígidos y quebradizos esqueletos de gente que se avergüenzan de sus cuerpos.

Empecemos por las sillas. Una silla es en realidad un accesorio de la mesa y una mesa es una superficie elevada y limpia en la que se sirve la comida para que no pisemos los platos ni veamos interrumpidas nuestras comidas por niños, perros y gatos. Pero cuando uno está solo en una habitación, la silla es una especie de percha absurda, una especie de soporte ortopédico para cuerpos inadaptados a la superficie del suelo. En cuanto a las exuberantes y bulbosas formas de los sillones y sofás me siento inclinado a suponer que fueron diseñados como recipientes contenedores de los huevos de algún ave prehistórica. Cualquier descanso que puedan proporcionar se ve ampliamente contrarrestado por el esfuerzo que supone tener que moverlos al limpiar el suelo, amén de lo caros que son y del costo que implica el tenerlos que trasladar cuando hay que mudarse de casa.

Cuanto acabo de decir puede aplicarse a la mayoría de las camas, con su denso arabesco de alambres y varillas que sirven de soporte a unos colchones elefantinos. Requieren además una pérdida de espacio adicional en forma de dormitorios (habitualmente lóbregos). Para descansar y retirarse en intimidad la solución ideal

sería una amplia habitación con ventanas, con el suelo cubierto de goma espuma y moqueta. Al ir a dormir, las almohadas y las mantas se extienden sobre el suelo y a la mañana siguiente se vuelven a colocar en estanterías discretamente ocultas. El problema consiste pues en que nuestras casas presentan la misma falta de competencia material y de inteligencia biológica que nuestra cocina o nuestras ropas. Están hechas para personas que desempeñan un papel en vez de ser el hogar de organismos vivientes. Si al menos representaran un buen espectáculo..., pero no; se limitan a reproducir a bajo costo y sin entusiasmo el estilo de vida de unas damas y caballeros que vivieron en una época de espacio abundante y gran cantidad de esclavos, el estilo de vida de unos aristócratas que, bajo la influencia del puritanismo cristiano, podían pretender que nunca tendrían que rebajarse hasta el punto de tener que cocinar o llevar a cabo otras de las actividades biológicas que antes expresábamos mediante palabras de cinco letras. Y este estilo de vida es tan caduco y vestigial como los botones de las bocamangas de nuestros abrigos. Como producto que soy de la ambiciosa *petite bourgeoisie*, he estado durante muchos años preso en la ilusión de que uno debe aspirar a «algo mejor en la vida», algo mejor que las artes materiales que mantienen y embellecen nuestra biología. Este algo «mejor» es siempre cerebral, abstracto y simbólico: ser escritor, clérigo, abogado, político, financiero, profesor o filósofo — cualquier cosa que me mantenga *apartado* de las cosas de la vida —. (Por lo que a mí respecta, no me he amargado demasiado; del mismo modo que hay quien debe ser brahmin yo he desempeñado mi tarea lo mejor que he podido, aunque dudo que pudiese sobrevivir un solo mes en «estado natural», sin habilidosos y curtidos campesinos que me echaran una mano.) La vida intelectual literaria y teórica ocupa su lugar como una entre varias vocaciones o — admitámoslo — castas diferenciadas. Por anacrónico y rígido que pueda parecernos, el sistema Hindú de las castas se basaba en la sólida idea de que la comunidad precisa de intelectuales (*brahmana*), gobernadores y soldados (*kshatriya*), mercaderes y hombres de negocios (*vaisya*) y trabajadores manuales (*sudra*). Pero, ¿qué pasa si casi todo el mundo aspira, porque así se le inculca, a los estilos de vida más cerebrales? Todo el mundo estará en el locutorio y nadie en la cocina.

Mi respuesta es «¡Volvamos a la cocina!». La cocina debe suplantarse e incluso abolir al cuarto de estar como centro de la casa. La dificultad práctica estriba en que nadie desea volver a la clase de cocinas que actualmente tenemos — montones de platos sucios, mesas de formica, aplicaciones de cromo y enormes neveras que parecen diseñadas para volar por los aires a dos mil millas por hora, todo ello metido en el menor espacio posible y como concesión a la desgracia de tener que comer. Digamos, sin embargo, que en los últimos años el aspecto de los accesorios de cocina ha mejorado un poco (a un precio extra considerable) si bien la mayoría de las cocinas inglesas y americanas siguen haciendo gala de su «fealdad práctica», y no por falta de medios sino de imaginación.

El primer paso, tal como algunos arquitectos han afirmado sin excesivo entusiasmo, consiste en suprimir la pared existente entre la cocina y el cuarto de estar. (No me estoy refiriendo a aquellos que pueden iniciar la construcción de una nueva casa o a los afortunados que poseen ya cocinas espaciosas.) El segundo consiste en determinar una pequeña área tras la cocina destinada a guardar los platos sucios y la máquina friega-plateos. Si ello fuera posible, podría guardarse en esta misma área la lavadora, la secadora y el frigorífico. El objeto de esto es conseguir que la cocina y la sala de estar formen funcional y estéticamente una sola unidad, un lugar en el que se pueda cocinar, comer, beber, charlar, cantar, bailar o escuchar música con la misma propiedad.

Algunos arquitectos más vacilantes, dividen el «área de la cocina» del «área de estar» mediante una barra, solución que deja mucho por desear, especialmente si la barra es algo más que una mera conveniencia destinada a servir bebidas o desayunos, aunque incluso esto presenta la ventaja de permitir al cocinero, marido o esposa, permanecer con los invitados o la familia mientras prepara la comida. El punto importante a tener en cuenta es que el apetito resulta casi milagrosamente incrementado si se puede ver y oler la preparación de una comida. Éste es el atractivo de la barbacoa americana y de algunos platos japoneses que se preparan en la mesa, como el *sukiyaki* y el *mizutake*, o de la *fondue* de queso suizo. Si hay que separar la cocina del área de estar mediante una barra, que ésta venga inmediatamente después de los fogones, en forma de un generoso mostrador y, a ser posible, todo cubierto con una pantalla en conexión con un respiradero. Aquí la familia y los huéspedes pueden tomarse un buen aperitivo mientras se les aguza el apetito gracias a los aromas y al ritual propios de la preparación de la comida.

La cocina debe tener en conjunto el aspecto de una tienda de ultramarinos y no el de un dispensario. Debe haber una gran mesa central de madera bien pulimentada que puede ser usada tanto para comer como para la preparación de la comida; además, por lo menos en mi cocina ideal, deberían colgar de las vigas tiras de cebollas, salchichas y salchichones, quesos envueltos en muselina y botellas de vino español e italiano. Así como ningún verdadero amante de los libros gusta de mantenerlos ocultos en alacenas, los artículos alimenticios que no precisan de refrigeración para su conservación no deberían ocultar su reconfortante presencia. La harina, el azúcar, la sal, el arroz y otros granos deberían conservarse en frascos de vidrio, preferiblemente del tipo usado en los laboratorios. Las especias, conservas, cajas y botellas deberían adornar las paredes por medio de estanterías, cubiertas tan sólo con paneles deslizantes de vidrio caso de que fuera necesario preservarlos del polvo. La utilidad práctica de esto es además considerable ya que permite a primera vista localizar los productos y verificar las existencias con una simple mirada. Las cacerolas, sartenes, cucharas de cocina, coladores, etc., deberían colgar de ganchos situados en la pared y no estar metidos en cajones.

No permitáis que haya en la cocina utensilios que no sean en algún sentido una obra de arte — cucharas italianas hechas con madera de limonero, cacerolas esmaltadas de Suecia, cuchillos de Solingen, tazas de terracota de Méjico, marmitas de cobre inglesas —. Los utensilios de plástico del supermercado están aquí tan fuera de lugar como un armonio eléctrico en una catedral gótica.

Guardaos, no obstante, de accesorios superfluos, especialmente todos esos aparatos cuya limpieza precisa de más tiempo del que pretenden ahorrar en sus aplicaciones específicas, como el abridor eléctrico de vainas de guisantes destinado «al cocinero que tiene de todo».

Aunque nos desplazamos inexorablemente hacia una edad electrónica, me produce satisfacción la aplicación de esta magia sólo en los refrigeradores, máquinas de lavar platos y batidoras.

Las cocinas eléctricas no son tan satisfactorias para cocinar como las de gas o carbón. El calor no puede reducirse instantáneamente, como en las cocinas de gas, por lo que las cacerolas deben ser extraídas del quemador y colocadas en otro sitio. Dadme una buena cocina de gas, de acero inoxidable, de altura aproximada a la de una mesa corriente, con un horno provisto de ventana situado a unos cuatro pies del suelo, de forma que no tenga que humillarme excesivamente para meter el pavo en su interior, ni tampoco postrarme para poder inspeccionar como anda el asado. Estos hornos electrónicos que transforman en segundos una tajada de carne en algo masticable, son las típicas abominaciones responsables de la comida servida en aviones y hospitales. Pero están fuera de lugar en las cocinas civilizadas; la calcinación a que someten los alimentos es, ni más ni menos, un castigo a la prisa.

Junto a uno de los lados del fogón instalaría el *hibachi* japonés, especie de hornillo de carbón que mide 10 por 20 pulgadas, ya que si se dispone de una ventilación adecuada las cocinas de carbón pueden perfectamente utilizarse en el interior de la casa. Mi amiga Sumire Jacobs, una japonesa que posiblemente sea la mejor cocinera no profesional de California, tiene permanentemente instalado junto a su cocina un *wok* y estoy convencido de que esta especie de sartén china de amplia capacidad y base redondeada debería hacer acto de presencia en todas las cocinas, porque no existe método de preparar las verduras que pueda compararse con el procedimiento chino de saltearlas de uno a tres minutos con una pequeña cantidad de aceite de sésamo o de soja muy calientes. El *wok* que incluye una tapadera, descansa sobre las llamas mediante un aro metálico sobre el cual puede sostenerse en cualquier sentido y girar en todos los ángulos. Los chinos lo usan para la preparación de una enorme variedad de platos, siendo como es la más versátil de las sartenes.

La mayor parte de las cocinas disponen de tableros totalmente inadecuados. No obstante, es relativamente fácil conseguir el material más idóneo: una superficie de por lo menos 2 1/2 por 3 pies en madera dura, material que idealmente debería cubrir todas las superficies sobre las que se debe trabajar, excepto la zona de la fregadera que debería ser de acero inoxidable.

En cuanto a las mesas de fórmica con cantos cromados, debo decir que vuelven insípido cualquier manjar preparado sobre semejantes superficies antinaturales y extrañas.

¿Y qué decir de los plásticos en general? Circulan rumores de que con ellos se pueden fabricar objetos de una cierta belleza, pero los plásticos que ordinariamente tienen acceso a la cocina son de color innoble, forma detestable y textura repulsiva. Estoy contemplando un receptáculo para lavar platos, de unas 18 pulgadas cuadradas de superficie y unas 9 de profundidad. Tiene los ángulos redondeados y el material es vagamente blando de forma que cuando se llena, cede por uno de los lados y el líquido se derrama. El tacto es parecido al del cuero grueso y grasiento, excepto que después de tocarlo, en vez de dejar las manos sucias, más bien tenéis la sospecha de que partículas de tamaño molecular os están penetrando por los poros de la piel. En cuanto al color, no puede decirse que sea exactamente el verde pálido que produce la luz solar al filtrarse entre las hojas primaverales; se trata más bien de un verde cadáver, no muy distinto del color que exhibe la gente que trata de sobrevivir mediante una dieta macrobiótica o que son vegetarianos basándose en la cocina standard inglesa o americana.

Objetos de esta clase también suelen tener otros colores: rosa salmón podrido o amarillo hepatitis. Palanganas de plástico de este último color son actualmente corrientes en todos los cuartos de baño del Japón, reemplazando los pequeños recipientes de madera que servían para lavarse antes de tomar el baño propiamente dicho. De hecho el Japón se halla en un estado epidémico de «plasticitis». Si visitáis cualquier playa pública veréis que lo que en tiempos era una línea marcada por conchas, algas y otros restos marinos es actualmente, a lo largo de millas y millas, una tira de objetos de plástico como bolsas, botellas, sandalias, y juguetes abandonados. Plástico virtualmente insoluble en los elementos naturales. ¡Ah, el amor japonés a la naturaleza! Incluso tienen macasares de plástico, moldeados en forma de encaje, para colgarlos en el respaldo de las sillas. Creo que esto no es más que el canto del cisne, la final *reductio ad absurdum* del estilo japonés-eduardiano de vestir y amueblar las casas, estilo responsable de que el Japón oficial, gentil y urbano, haya presentado los últimos cincuenta años un aspecto ridículo.

Alquímicamente, el plástico tiene algo que ver con los ungüentos con que se supone las brujas untaban sus cuerpos antes de los diabólicos Sabbath y mediante los cuales podían permitirse el lujo de insultar el orden divino de la naturaleza transformándose en perros con torsos humanos y en todo tipo de monstruos brueghelescos: peces-murciélago, ratas-araña, ranas-paloma. La sustancia humana se transformaba en una especie de masa maleable que obedecía las más ligeras indicaciones de una imaginación perversa. El plástico constituye la misma espiritualización negativa de la materia; puede burlarse de cualquier forma adoptando todas. Los vasos de plástico pueden hacer desaparecer el sabor del vino o la cerveza o incluso hacer creer que el agua ha sido destilada. Los platos de plástico harán que el

aroma de un pedazo de carne asada se evapora instantáneamente o que cualquier clase de pescado sepa a bacalao hervido. Además su misma falta de peso los hace inestables sobre la mesa y no pueden ser calentados sin que se doblen.

El plástico tipifica la burla material que supone la civilización industrial; actualmente es usado por los cirujanos para fabricar órganos humanos de repuesto, lo que nos permite anticipar que llegará un día en que la gente vivirá indefinidamente como reproducciones en plástico de sí mismos. Quizás algún día podamos inyectar un líquido plástico en el cuerpo, que circulará a través de las venas y los capilares y llegará finalmente al cerebro, donde adoptará la forma de todas las células y neuronas. Entonces se cogerá al individuo tratado y se le someterá a un baño de ácido en el que la carne natural será disuelta y el plástico líquido se solidificará mediante un baño de algún fijador. Mientras, el nuevo corazón será alimentado con una sangre sintética resistente a los ácidos y entonces será cuando Disneylandia se apoderará de toda la tierra.

Porque Disneylandia existe «como misterio y como signo», el país de la mentira y de lo falso, prototipo del mundo del futuro. Incluso los pájaros de los árboles son de plástico y cantan mediante pequeños altavoces ocultos en los picos. Pueden contemplarse ciervos, elefantes, osos, conejos, todos de plástico, a lo largo de ríos y lagos artificiales, agitando sus cabezas mecánicas. Los turistas que viajan en un barco fluvial a través de una jungla simulada viven la emoción de la caza de un hipopótamo de plástico disparándole un cartucho vacío. Aunque se necesitan varias horas para poder ver todas las atracciones, no existe un restaurante decente en parte alguna, puesto que nos hallamos en plena cultura *soda-pop*, donde uno tiene que subsistir con hamburguesas, bocadillos, helados y palomitas de maíz^[1].

El verdadero significado de Disneylandia es su reflejo de la noción que los adultos tenemos de los niños, lo que son, lo que les conviene, lo que les va a gustar. Los niños empezaron a formar una clase especial de seres humanos con la revolución industrial, que fue la época en que empezamos a inventar un mundo cerrado para ellos, una sociedad-niñera con la que retrasar al máximo su incorporación a la vida adulta. En realidad los niños son pequeños adultos que quieren tomar parte en el mundo de los mayores lo antes posible. Y además quieren aprender actuando. Pero en esta sociedad-niñera se supone que tan sólo pueden aprender con irrealidades, para lo cual, grave insulto a su inteligencia y a sus sentimientos, se les atonta con juguetes y se les hipnotiza con historietas para retrasados mentales. Se introduce, así, a los niños en el mundo fantástico de una felicidad y de una libertad en la que estar todo el día jugando al sol — en el sentido exacto de no trabajar — por los siglos de los siglos. Esta supresión neurótica del crecimiento se manifiesta visiblemente en el mundo de plástico y hojalata que constituyen los juguetes del niño, un mundo de aeroplanos miniatura, pistolas que no disparan, cocinas, equipos espaciales, que los mantienen entretenidos y alejados de la vida adulta. Sin embargo, toda madre suburbana ve echadas a perder hacia las cinco de la tarde sus buenas disposiciones culinarias al

tener que empeñar una verdadera batalla campal con sus inquietos retoños, quienes hacia esta hora del día ya han esparcido por toda la casa los restos de estas chucherías; tiene que obligarles a recogerlos y a meterlos en cajones en los que se mezclarán con chicle y caramelos a medio chupar.

En realidad los niños se dan cuenta de la segregación de que son víctimas, pero no tienen demasiadas oportunidades de trascenderla. No pueden participar en el trabajo de su padre, porque éste se va a trabajar a alguna fábrica u oficina. La mayor parte de las madres echan a los niños de la cocina porque es demasiado pequeña y porque, además, tienen el tiempo justo tras su partida de bridge o su trabajo de media jornada. Una solución corriente consiste en dar de comer a los niños antes de que su padre llegue a casa para la cena; se les hipnotiza ante el televisor y se les hace tragar unos bocadillos y un poco de pastel, todo debidamente rociado de Coca Cola.

También mi padre iba a la oficina, excepto un corto período de tiempo durante la Depresión en que crió conejos en casa y me permitió ayudarle. Mi madre nunca me echó de la cocina, a pesar de que ésta era miserablemente pequeña. Siempre que le era posible, aceptaba una pequeña ayuda, aunque yo ya había adquirido una comprensión básica de las artes culinarias con sólo observarla^[2]. Nunca tuve que plantearme seriamente la cuestión de cocinar hasta que tuve treinta y cuatro años, cuando, al tener que vivir solo durante un tiempo, descubrí que el arte de cocinar era algo innato en mí. Al cabo de uno o dos años, pasando el invierno en una granja de Nueva Inglaterra cuya única habitación confortable era la cocina, volví a ejercitar mis dotes culinarias y a partir de entonces ya nunca he dejado de hacerlo. Cuando escribo, me gusta trabajar desde las 6,30 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Luego paso de lo abstracto a lo concreto y voy a ver lo que el mercado puede ofrecernos para la cena. El trabajo en la cocina me sirve para restablecer el contacto con el mundo material, y mi mujer, que es una excelente cocinera, me deja hacer y se contenta con limpiar todo lo que voy ensuciando.

Como nuestro hogar es un ex-ferryboat, la cocina recuerda todavía algo la de una galera. No obstante, los huéspedes tienen la posibilidad de entrar en ella y, mientras toman sus cócteles, charlar con nosotros, a la vez que observan cómo procedemos. Y yo, exhibicionista innato, me siento halagado. Sin embargo, la razón básica es que una cocina agradable constituye un centro primordial de atracción humana. Todo el mundo quiere saber «lo que se está cocinando».

La cocina no es una habitación de un solo uso. Puede utilizarse para la escultura, la pintura, o para guardar las plantas, tan bien como cualquier otra habitación de la casa. Yo he adoptado para su decoración los colores rojo, azul y verde esmeralda, y he colgado en la pared, encima de los fogones, una máscara del *Vishnú* de nueve rostros «dios resplandeciente que mora en el interior de todas las cosas, germen de todo lo que existe».

Siendo la cocina un lugar para la transformación y la alquimia, debe tener una atmósfera mágica, quizás un altar al dios tutelar de la cocina o utensilios lujosos y

exóticos procedentes de tierras lejanas. Me gustan las cocinas capaces de evocar la descripción que se hace en *Las Mil y Una Noches* de la tienda de un alquimista:

Drogas chinas e indias, plantas y polvos medicinales, ungüentos, pomadas, colirios, bálsamos preciosos...; especias escogidas y toda clase de sustancias aromáticas, almizcle, ámbar, incienso, benzoína, esencias de todas las flores, alcanfor, coriandro, cardamomo, clavos, canela de Serendibis, tamarindo de la India, jengibre, y algunas aceitunas de piel fina y dulce con pulpa jugosa y coloreada.

Todo el mundo sabe, naturalmente, que los nativos de Serendibis (Ceylán) y Cachemira, Sikkim y Samarcanda, Tahití y Tashkent encuentran su forma de vivir tan natural como a nosotros nos parece la nuestra; para ellos probablemente haya algo de magia en los nombres de Londres, París, Nueva York y San Francisco, como para muchos de nosotros también. Sin embargo, suponiendo que la magia de las cosas y los lugares exóticos sea tan sólo una proyección de la imaginación — por lo menos demuestra que tenemos imaginación — o mejor dicho imagicinación, o poder de irradiar magia. Como romántico y amante de lo exótico sin remordimientos de conciencia que soy, todavía suspiro por

Quinquerremes de Nínive de la lejana Ofir Volviendo a puerto en la
dorada Palestina Con su carga de marfil, Monos y pavones, Sándalo, cedro y
suave vino blanco.

Me he prometido a mí mismo que si llego a los setenta años, me retiraré a vivir en la falda de alguna montaña cercana al mar y cultivaré un pequeño huerto de yerbas culinarias, medicinales y psicodélicas. Construiré un pequeño cobertizo de madera roja en el que colgarán de las vigas manojos de plantas puestas a secar, mientras en las largas estanterías se alinearán los tarros conteniendo ginseng y esencia de áloes, lobelia, mandrágora y cannabis, poleo y ulmaria. También mantendré allí un pequeño laboratorio de alquimista, una cocina y una biblioteca, y si el mundo me presiona demasiado, mi mujer responderá a los visitantes inesperados con las palabras del poema de Chia Tao «Buscando en vano al eremita»

*El maestro ha salido solitario
A recoger hierbas en algún lugar del monte.
Oculto por las nubes, desconocido su paradero.*

SOBRE LAS ROPAS

Durante la mayor parte de mi vida me he rebelado contra las diversas clases de atavíos que la autoridad o la moda obligaban a usar. Ello, en gran parte, es culpa de los ingleses, que con el pretexto de erigirse en árbitros de la elegancia masculina, han endosado a la humanidad las formas de vestir más ridículas e incómodas. Desde Beau Brummel a los sastres de Saville Row y Bond Street, los estilistas británicos han vendido sus absurdos uniformes en *tweed* y estambre a todo el mundo. Han despojado a los japoneses de sus kimonos, a los cingaleses de sus sarongs y a los hindúes de sus dhotis. Cuando en algunas ocasiones he podido ver a hombres de negocios japoneses ataviados con chaqué y pantalones rayados, he tenido la impresión de que en cualquier momento iban a empezar a saltar y a soltar graznidos.

Yo nací y fui educado en Inglaterra y conozco muy bien todo este asunto. La primera vez que me mandaron a la escuela me metieron dentro de un traje de Eton. Este desastre sartorial consistía en unos pantalones estrechos de color gris oscuro, chaleco negro con solapas y botones forrados en tela, y una chaqueta también negra diseñada de forma que los traseros de los chicos aparecieran prontamente disponibles en el caso de que precisaran un correctivo.

Los pantalones se sostenían mediante tirantes y los calcetines mediante ligas. La camisa era de franela blanca, con un inmenso cuello almidonado blanco que sobresalía por encima de la chaqueta. Completaba el conjunto un sombrero que ostentaba los colores de la escuela. Los nuestros eran el rosa salmón con una flor de lis blanca. El conjunto no era recomendable ni estética ni prácticamente; demasiado caluroso en verano y demasiado frío en invierno. Los cuellos almidonados aparecían sucios al cabo de una hora de llevarlos; el sombrero acostumbraba a salir despedido por su cuenta a poco que soplara un poco de viento, motivo por el cual tenía que ser asegurado mediante un cordón negro que unía el ala del sombrero a la solapa.

Cuando alcanzábamos la altura de cinco pies y siete pulgadas, el uniforme se transformaba en unos pantalones negros rayados y chaqueta negra *Marborough* (la chaqueta normal del varón adulto); el cuello Eton era sustituido por el tipo usual en trajes de noche, con el añadido de una corbata de seda negra. En la calle llevábamos guantes y bastón con el puño de plata, o paraguas cuidadosamente plegado. Todo lo cual seguía siendo absurdo.

Intentaré hacer un recuento general de las insensateces que se esconden bajo el atuendo del hombre occidental, de inspiración británica:

Los pantalones son totalmente inadecuados a la anatomía varonil: resultan insultantes al ignorar el *membrum virile*. (¿En qué pernera lo colocáis?) Sólo son apropiados para mujeres bien formadas.

Las chaquetas poseen una estructura tal, que invariablemente salen de las maletas arrugadas y deformadas. Las solapas y los botones de las bocamangas carecen de cualquier uso concebible; estos últimos son una reminiscencia de los uniformes de fantasía: las hileras de botones en las mangas evitaba que éstas se usaran como pañuelo.

El traje masculino fuerza la naturaleza de los tejidos, obligándola a adaptarse a la forma del cuerpo. Los tejidos son esencialmente rectangulares y se resisten a ser moldeados en forma de cilindros, conos o relojes de arena, y muestran su reconocimiento a quien les deja colgar libremente, confiriéndole dignidad y elegancia.

La camisa blanca standard es difícil de plegar y tiene la enervante tendencia a salirse de los pantalones. Además, nadie debería tener un aspecto ridículo al aparecer sólo con parte de su atuendo, pero hay que reconocer que un hombre sin pantalones y en camisa, resulta una visión muy poco atractiva. Especialmente si lleva calcetines negros y ligas.

Aún la más alegre de las corbatas no es más que un colgajo inútil. Se trata de una especie de nudo que, llegado el caso, puede facilitar enormemente una estrangulación instantánea. Además es un símbolo de servidumbre. Los restaurantes que rehúsan admitir a personas carentes de esta tira de tela sin sentido, simplemente se privan de la concurrencia de un reciente número de clientes que usan un atuendo menos convencional y más alegre.

Los zapatos de cuero grueso, especialmente los de tipo inglés, rígidos por excelencia, no son más que un peso extra que hay que llevar auestas cuando andamos, amén de negar la libertad de movimiento a la compleja estructura ósea del pie. Debido a su falta de aireación interna, son causa de que los pies suden, apesten y se deformen.

Los cuellos almidonados son sencillamente una barbaridad. Rozan y pueden llegar a herir la piel del cuello. Afortunadamente ya no se llevan, pero uno se maravilla de que los hombres hayan podido haber tolerado alguna vez semejante apéndice digno de un crustáceo.

En resumen, el atavío formal del sexo masculino es rígido y opresivo, pero estamos tan habituados a él que mucha gente se siente vagamente culpable si, varias horas después de haberse levantado, todavía están con prendas de «estar por casa». El cuello, la corbata, el cinturón, los pantalones, los zapatos, la ajustada chaqueta, todo actúa a modo de transmisor de información, en el sentido de que realmente nos encontramos *ahí* en aquel momento. Como si no lo supiéramos. Hay quien refuerza este sentimiento echándose sobre lechos de clavos o peregrinando de rodillas a la basílica de Guadalupe, o mediante el masaje sueco o mediante la curiosa práctica sexual consistente en ser atado en incómodas posiciones y tener que soportar el cosquilleo de unas plumas. No es que le niegue a nadie el derecho a usar de todos estos trucos para aumentar su sentido de la realidad o de su «autenticidad»

existencial»; tan sólo me quejo de la presión social que se ejerce sobre el resto de la gente — presión que me fuerza a ir a los restaurantes lujosos, a asistir a fiestas sociales o a celebrar reuniones de negocios vestido con grotescos atuendos que me privan de toda libertad y comodidad aparte de presentar poca o ninguna imaginación estética.

¿Qué decir de la ropa de las mujeres? A primera vista parece menos rígida y más rica en colorido — excepto, claro, cuando se uniforman de negro debidamente combinado con un collar de perlas. Pero echemos un vistazo al guardarropa femenino partiendo de los pies.

Es evidente que los zapatos de tacón alto, especialmente los de punta afilada, han sido diseñados por fetichistas que sólo se excitan sexualmente si una mujer les introduce este siniestro objeto, reproducción de un escarabajo gigante con una enorme erección. Este tipo de zapatos, especialmente cuando se combinan con faldas estrechas, obligan a la mujer a andar ridículamente, como si se tratara de un mecanismo inhibido, y a producir ese ruido característico de los tacones al golpear el pavimento. Nadie en su estado natural hace ruido al andar.

Las medias de nylon son la prenda menos práctica que se haya inventado jamás. Cualquier cosa puede producir una «carrera» que arruina este fútil pero caro aditamento.

Aunque ya se ha abandonado casi totalmente el uso de corsés, especie de armadura femenina, son muchas las mujeres que todavía se sienten desnudas sin la «caricia» de la faja sobre sus nalgas y caderas. Deberían darse cuenta de que cuando se desnudan, sus carnes conservan la marca infamante de dichas prendas. Además, las mujeres no deberían sentirse avergonzadas por el desarrollo del *jaghana* (palabra hindú que se refiere a esta parte del cuerpo) puesto que es particularmente atractivo bajo una cintura bien formada.

Los sostenes son un artificio quirúrgico que puede resultar necesario a las señoras de senos excesivamente caídos. De otro modo no tienen ninguna utilidad, salvo la de decepcionar, como cuando se los utiliza para insinuar un contenido inexistente.

(Mirando por encima de mi hombro, mi mujer me dice que las mujeres, especialmente las de la generación más joven, ya no llevan estas monstruosidades. Esto demuestra que no estoy empeñado en una batalla perdida de antemano y que en esto, como en otras muchas cosas, los jóvenes están empezando a mostrar un inesperado sentido común.)

Existe un vestido femenino bastante común, que normalmente es de rayón muy fino estampado en flores y con una falda que llega justo debajo de las rodillas. Sobre señoras ya entradas en años y con estómagos protuberantes constituyen una abominación indigna, a la que frecuentemente se añade un sombrero que recuerda una hortensia aplastada. Por favor, señoras, no los usen.

Los vestidos femeninos se suelen abrochar mediante pequeños e irritantes artefactos, como los broches y presillas situados casi siempre en lugares inaccesibles.

¿Cómo se las arreglarán las mujeres solteras, sin marido ni criada, para poder vestirse?

Hablemos finalmente de los sombreros, tanto de los utilizados por los hombres, como por las mujeres. Existen dos clases de sombreros: los hechos de piel para protegerse del frío, como los usados en Canadá, Alaska y Rusia, y los que sirven para protegerse del sol y de la lluvia, como los amplios sombreros de forma cónica fabricados con paja de arroz que llevan los coolies y los monjes en Extremo Oriente, evitando así tener que recurrir al uso del paraguas. Fuera de estas aplicaciones, el sombrero es una absurda y pretenciosa superestructura sin valor práctico ni encanto estético alguno. Al entrar en restaurantes y otros lugares en que el rito exige descubrirse (y habría mucho que discutir sobre la etiqueta y el simbolismo de ponerse y quitarse el sombrero), estas inútiles tapaderas deben encontrar lugar de aparcamiento, por lo menos las de los hombres, en armarios especiales pagando por ello entre 25 y 50 centavos, por lo que a su poseedor urbano, que por negocios o placer come frecuentemente fuera de casa, le cuestan por lo menos 65 dólares anuales.

Consideremos los sombreros como el de hongo, el Homburg o la gorra de visera usada por la policía y los militares. Incluso cuando la talla es la correcta, dejan huellas en la frente, estimulan la calvicie y expresan una actitud pomposa hacia la vida. Tanto los filósofos como los teólogos han prestado muy poca atención al vicio de la pomposidad, que en definitiva es la tontería de tomarse a sí mismo seriamente. Del mismo modo que una persona liberada anda silenciosamente, como un gato, también se toma a sí misma con cierta ligereza. La pompa, derivación de la palabra griega *Pompos* que significa el que dirige una procesión, sugiere por onomatopeya los ridículos sonidos del «Pom-pa-pom» que emiten las bandas militares y, por asociación, el ruido de las botas de los soldados cuando realizan la instrucción. Los soldados efectivos, como los guerrilleros y los comandos, se mueven todo lo silenciosamente que pueden y nunca anuncian su llegada. La afición a la pompa militar de que han dado gala los militares alemanes puede ser una de las razones de que hayan perdido dos guerras mundiales o la causa de que los americanos estén fracasando en Vietnam. La pompa es probablemente una compensación por la inadecuación sexual, y no debe ser confundida, con el paso alegre del macho vigoroso que disfruta de su propio cuerpo. Hasta cierto punto, los americanos sólo ganan las guerras cuando emplean la táctica de los indios, que consiste, en definitiva, en el silencio.

*Amigos, no os rebajéis, no humilles vuestras almas
Hasta el punto de cubriros con estas cacerolas invertidas
Bajo las cuales vivís y morís.
Usad como yelmo la cúpula del cielo
Mucho más noble que esa tapadera*

*En la que no anidan las estrellas
Ni pueden entrar los vientos celestes
Que se llevan la suciedad que se acumula en vuestro pelo.
Y ya está bien de hablar de sombreros.*

Los seres humanos son los únicos seres vivientes que usan ropas, a menos que algún zoólogo pueda presentar pruebas de alguna rara excepción. También son los únicos seres vivientes que ríen, puesto que el humor es una de las propiedades del ser humano y consiste básicamente en no tomarse a sí mismo en serio. (Consideremos la típica imagen de alguien corriendo tras su sombrero arrebatado por el viento.) Los hombres pueden reírse de sí mismos porque saben en lo más profundo de sus mentes que la vida es una representación. Aunque esto pueda llevarnos a las profundidades del misticismo, todo el mundo sabe, tácitamente, que en el fondo es Dios disfrazado. No se trata del Monarca Universal de las religiones judía y cristiana, pero sí quizá del Sí-Mismo del hinduismo, del Actor que desempeña todos los papeles, del comodín del juego de cartas. Más filosóficamente: cada uno de nosotros es una manifestación de la energía total del universo. Llevar ropas, por tanto, es un gesto que implica que nuestras personalidades son algo agregado, adoptado. Consideremos las expresiones «cúbrete», «desmantelado», «lucir una expresión», «cubierto de oprobio», «buenos (o malos) hábitos», «la verdad desnuda», «revestido de dignidad». Esta lista de símbolos sartoriales y metáforas que expresan estados mentales y morales podría alargarse indefinidamente. Expresan el reconocimiento intuitivo de la conexión existente entre quien somos, como personas, y las ropas que vestimos.

¿No es significativo que los hombres que representan papeles «sacros» usen ropas anchas y sin ajustar: saddhus, swamis, monjes, sacerdotes e incluso en determinadas ocasiones jueces y catedráticos? Algunos hombres cuya santidad alcanza límites insospechados, como los yoguis Shaiva de la India llegan a ir totalmente desnudos para demostrar que ya no representan papel alguno, que han trascendido totalmente la noción del ego y se han reidentificado con la divinidad. Por el contrario, la gente que representa un papel agresivo, como los guerreros y los hombres de negocios, van metidos en una armadura de botas, polainas, cintos, chaquetas de cuero ajustadas, cascos y demás artificios que ayudan a crear la noción de que uno realmente existe. Y, sin embargo, el verdadero atleta, como el santo, va casi desnudo. La palabra griega *gymnos* significa «desnudo» y el gimnasio era originalmente el lugar en que todo el mundo se despojaba de sus ropas para practicar ejercicios corporales.

Estas observaciones no deben interpretarse en el sentido de que yo apruebe el nudismo como forma de vida. «La familiaridad entraña el desencanto» — razón por la que se debe hacer algo para reformar la institución de la familia — y «la variedad es la sal de la vida». El cuerpo desnudo hace surgir un natural deseo, sólo en la medida en que ordinariamente se muestra cubierto. La desnudez debe ser siempre una sorpresa y una revelación, por el simple hecho de que el mismo universo es un

sistema de energía vibrante: constantemente adopta una forma para luego perderla. Ahora lo vemos y al instante desaparece. Se encarama sobre sí mismo, da un grito y luego se ríe de sus propias piruetas: es una transformación constante de ansiedad en risas, de temor en deleite, de odio en amor. La conciencia humana no es más que la comprensión de que ésta es precisamente la naturaleza de la realidad, razón por la que en Asia se dice que sólo se puede llegar al estado de Buda — ser plenamente liberado — a partir del estado humano. (Se dice que existen otros cinco estados: los ángeles felices, los ángeles irritados, los animales, otros seres que permanecen en purgatorios ardientes o helados, y espíritus frustrados con inmensas barrigas hambrientas y bocas pequeñas como la cabeza de un alfiler. Naturalmente esto no son sino descripciones metafóricas de nuestros propios estados mentales siempre cambiantes.)

La energía, que adopta una forma para luego perderla, puede representarse mitológicamente como Dios jugando al escondite consigo mismo: desdoblándose en las miríadas de papeles representados por todos los seres vivientes para luego encontrarse a sí mismo tras la disolución de aquellas formas efímeras. Que estas formas son papeles o ropas se sugiere en el *Bhagavad Gita*, sumario de la filosofía hindú, versificado por Sir Edwin Arnold en *The Song Celestial*:

*Como cuando uno se despoja
De sus vestidos viejos
Y, tomando otros nuevos, dice:
«Hoy llevaré éstos»*

Así, según el Vedanta, la doctrina central del hinduismo, todos los cuerpos son las ropas usadas por el Único Actor, el Sí-Mismo, en sus innumerables disfraces, mientras que el Universo no es más que un baile de máscaras que pretende ser una tragedia y de pronto se da cuenta de que es un baile.

Revelemos ya de una vez por todas que antes de que Dios dijera «Hágase la luz» dijo primero «Es preciso perfilar algún lugar» y después, «Hágase el baile», que es la razón por la que todos los cuerpos celestes, incluida la tierra, son esféricos o cíclicos. La energía no sólo se manifiesta para luego desaparecer sino que además baila. «Sólo el amor *mueve* el mundo.»

De dónde se sigue que las ropas ajustadas son la antítesis de la máscara. Representan la ilusión de que la vida es algo realmente trágico y serio y que en definitiva nuestro deber sagrado consiste en sobrevivir. (Y *sacer*, sagrado en latín, significa tanto «santo» como «maldito».) La vida, como la erección masculina, es un proceso espontáneo que se derrumba si se intenta forzarlo. No se puede *ordenar* al miembro viril mantenerse erecto. Las ropas ajustadas y todas las actitudes que conllevan son comparables a los soportes ortopédicos que usan algunos caballeros impotentes o seniles. Y lo que puede ser relativamente natural tratándose de caballeros seniles, es destructivo y mortal cuando se da en esos homosexuales

inconscientes que presumen de *machismo* (ultramasculinidad) y que constituyen la crema de nuestro complejo mafioso-industrial-guerrero. Si se dedicaran abiertamente al homosexualismo el mundo mejoraría considerablemente. Tan sólo van con mujeres para poderse jactar de ello, entre ellos, y desde luego están más a gusto en sus tertulias que en los aposentos femeninos. Puede que éste sea el auténtico significado del slogan: «Haz el amor, no la guerra». Quizá la represión del homosexualismo esté perjudicando más a la mayoría que a los homosexuales.

Las ropas, pues, así como nuestros papeles y personalidades, deberían llevarse sin pompa y con soltura, siendo conscientes de que en el baile de máscaras que es la totalidad del Universo nuestra participación no puede dejar de ser elegante. Creo que no constituye secreto alguno el hecho de que muchas mujeres son excitadas sensualmente por los hombres que usan vestidos anchos y holgados — kimonos, kaftanes, sarongs —, puesto que éstos parecen sugerir que el hombre tiene realmente algo que ocultar, mientras los pantalones ceñidos sugieren lo contrario. Además, ¿por qué no vestir de forma confortable y alegre? ¿Por qué el criptomasoquismo y la autohumillación de sentir vergüenza por vestirse de forma vistosa? ¿Será porque uno no debe hacerse notar? ¿Porque es mejor conformarse a la mediocridad de los colegas empresariales, académicos o profesionales? ¿Quizá porque supone una provocación de mal gusto, como la de ganar más dinero que el resto? En el fondo se trata de una moda, que entre las mujeres consiste en el juego de ver quién se acomoda antes a unas nuevas reglas, y entre los hombres en el juego de «Yo soy más modesto y maduro que usted».

Naturalmente, todos estos juegos suponen el tomarse seriamente al ego o personalidad. Pero cuando se *sabe* que desde el principio no somos más que un fraude, podemos permitirnos el lujo de ser exuberantes, teniendo en cuenta, además, que el vestirse de forma confortable y alegre está más en función de la imaginación que del dinero.

Cuando estoy en casa, en California, suelo llevar un kimono japonés, o bien la versión más alegre conocida por el nombre de *yukata*, que es de algodón ligero. Pero no me atrevo a salir a la calle con estos atuendos. En San Francisco o Los Ángeles aún me permito pasear con indumentarias mejicanas o guatemaltecas, sobre todo con esas deliciosas chaquetas de lana fabricadas en Toluca, pero en Chicago o Nueva York me siento forzado a llevar trajes convencionales basándome en el principio que reza «allí donde fueres haz lo que vieres». Pero aún en este caso insisto en el uso de sandalias por las razones ya mencionadas.

Hace algunos años un amigo japonés me dijo que ya no se atrevía a vestir el kimono por las calles de Kioto porque «No se puede correr tras un autobús llevando un kimono». Es verdad, pero nadie que se respete a sí mismo debería nunca correr tras un autobús. No obstante, sí es posible correr tras un autobús en un sarong filipino, que es la prenda masculina más confortable que se haya inventado jamás. Se trata de una especie de amplia falda dividida en dos, generalmente de algodón aunque

también de seda o estambre. Concretamente consiste en un cilindro de ropa que cuando se extiende plano en el suelo tiene tres pies de ancho y cuatro de largo, estando el extremo inferior dividido en dos «perneras». Se mete uno dentro, ajusta el tejido a la cintura y el sobrante lo dobla metiéndolo hacia dentro. Para más seguridad se puede usar un imperdible, pero no cinturones, ni cremalleras, ni botones ni demás absurdos empleados por la confección. Encima se puede poner alguna camisa atractiva o bien un poncho cuando el tiempo es frío y llueve. En cuanto al engorro de los bolsillos se puede tomar ejemplo de los monjes budistas del sudeste asiático, llevando una bolsa rectangular que se cuelga del hombro o del cuello. Y para las mujeres la prenda más confortable y graciosa es el sari. Se adapta a todas las siluetas y puede tener los dibujos y coloridos más variados, confiriendo a quien lo lleva el aspecto de una reina. Pueden colocar veinte de ellos en una maleta pequeña, lo que permite cambiarse dos o tres veces al día. El sari consiste en un simple rectángulo de tejido de seis yardas de largo y cuatro pies de ancho, que se pliega alrededor de la cintura, con un extremo especialmente adornado que se echa por encima del hombro izquierdo y se asegura mediante un broche, y se complementa con una blusa de gran colorido. Además, la manufactura de millones de saris con destino a las mujeres occidentales podría obrar milagros en las economías de la India y Ceylán. Y, ya que vamos acostumbrándonos al desnudo de la parte superior del cuerpo, las chicas convenientemente dotadas podrían atreverse a llevar sarongs al estilo de las mujeres de Bali, que van desnudas de cintura para arriba. Nuestros hogares tienen calefacción suficiente para permitir el uso de estas prendas incluso en invierno; tan sólo habría que echarse encima una chaqueta de piel para salir fuera de casa.

Estoy recomendando estilos de vestirse orientales y «primitivos», no sólo porque ello serviría para incrementar la industria de los países del Tercer Mundo, sino también porque es cierto que «el hábito hace el monje» y nuestro estilo de vestir, excesivamente uniformado, puede que no se halle desconectado de nuestra actitud imperialista hacia otras culturas y de las agresivas y competitivas relaciones que sostenemos entre nosotros mismos. Los seres humanos de todo el mundo necesitan relajarse, volverse corteses, tomarse a sí mismos más a la ligera. El uso de prendas confortables, graciosas y de vivo colorido, podría muy bien ser un primer paso.

EL ESPÍRITU DE VIOLENCIA Y EL PROBLEMA DE LA PAZ

La idea de que el hombre es violento por instinto debería ser sometida a revisión. Los instintos, sean de violencia, conservación, reproducción o alimentación, son explicaciones o causas del mismo tipo que el «humor» o la «intervención» divina o demoníaca, es decir, agentes míticos de procesos que no comprendemos plenamente. Es muy interesante el hecho de que muchos de los hombres de ciencia que estudian la conducta humana prefieran hablar de *fuerzas* o presiones más que de instintos, lo que implica que cuando sentimos hambre, ira, o deseos lujuriosos, en realidad somos como monigotes arrastrados por fuerzas que escapan a nuestro control. Esto quiere decir que la noción del «yo» no abarca el cuerpo y sus procesos. Noción que encuentro absurda por más que corresponda a nuestra forma normal, pero socialmente condicionada, de pensar y sentir.

Casi todos los pueblos civilizados han sido educados en la idea de que son espíritus que animan una máquina, o como dijo Koestler, en la idea de que son almas o espíritus que ocupan cuerpos extraños, una especie de egos encapsulados que pilotan vehículos mecánicos de carne y hueso. Hemos aprendido a identificarnos exclusivamente con aquella parte del cerebro que funciona como una especie de radar o aparato explorador y que es el centro aparente de la atención consciente y de la acción voluntaria.

Si bien este centro se siente responsable de las acciones deliberadas de pensar, andar, hablar o manejar las cosas, no tiene la menor idea de *cómo* se las arregla para llevar a cabo dichas acciones. Y lo que es más: experimenta las llamadas funciones reflejas del organismo como cosas que meramente suceden en él. Así, pues, se siente rebasado por las emociones fuertes, y como ajeno a la circulación de la sangre o la secreción de adrenalina.

Los hay que creen que esta separación entre el ego y el cuerpo constituye el más importante logro de la especie humana. Creen que ello nos capacita para someter la naturaleza a la razón y para tener un control sobre lo que «meramente sucede», mediante las metodologías del arte y de la ciencia. También creen que esto nos permite juzgar nuestra conducta con sentido crítico, o sea ser autoconscientes. Se supone que esta capacidad es, en definitiva la única que nos sitúa «por encima de los animales», tontería cada vez más evidente, ya que no hay animal que se esté preparando para la destrucción del planeta como subproducto de la guerra contra su propia especie.

Mi actual hogar es una gran embarcación varada en un puerto tranquilo en el que abundan los patos salvajes, los pelicanos y las gaviotas. Estas últimas están siempre tan hambrientas que se diría que son una especie de aspirador con alas. Pero, ¿por qué

tengo la impresión de que este mundo de los pájaros es en cierto sentido más sano que el de los hombres? Debe ser muy duro ser un pájaro y tener que digerir cada día enormes cantidades de comida a través de unos intestinos tan pequeños. Por la forma en que las gaviotas se pelean y se empujan por un trozo de pan parecería que serían felices si pudieran eliminar la competencia. Pero si le tiráis un mendrugo a una gaviota que esté sola empezará a chillar de tal forma que atraerá a todas las que pueden oírla. Quizás el pobre pájaro no sepa calcular o no pueda reprimir sus gritos de deleite. Es posible que no se trate de un individuo sino simplemente de un órgano subordinado al grupo-gaviotas — algo así como un comunista. Los hombres, por su parte, sienten por los animales una envidia tal, que usan cuantas ocasiones les son propicias (contradicciones al margen) para tratar de probar que aquéllos son inferiores.

La raíz de esta envidia puede situarse en la creencia de que los animales, especialmente las aves voladoras, no tienen sentido de responsabilidad. Cazan, anidan y crían sin previo cálculo, tal como nosotros respiramos u oímos. No «piensan en el mañana», mientras el hombre autoconsciente, con su sentido de poseer por lo menos un control parcial de sus actos, permanece despierto por las noches tratando de decidir sobre importantes cuestiones o vituperándose por errores pasados. El ser humano se halla perpetuamente en guerra consigo mismo por considerar que no es lo bastante prudente ni posee el autocontrol necesario. Se considera civilizado en la medida que es capaz de conducir este conflicto interno hacia la victoria del ego racional. Por tanto, la civilización se consigue mediante la violencia que el hombre se hace a sí mismo, que se refleja en las azotainas propinadas a sus hijos, perros y caballos, y en las torturas, sutiles o brutales, que se infligen a aquellos grupos de bandidos menos astutos, conocidos bajo el nombre de criminales. Los científicos no se cansan de repetir que el hombre debe tomar en sus manos (es decir, en las del ego) su futura evolución y no depender ya de los caprichos de la «selección natural». Pero los que así hablan no parecen darse cuenta de que esto entraña una violencia cada vez más creciente, contra las fuerzas «desviadoras» que actúan en el seno del individuo y de la sociedad. La aspiración a dirigir la evolución es ni más ni menos que la aspiración a ser «como Dios» y, por tanto — tal como Dios es generalmente concebido en Occidente — a convertirse en dictadores del mundo.

Como dice el salmo: «He aquí que Él que cuida de Israel no será rendido por el sueño». Que equivale a afirmar: «No hay paz para los malos», no hay paz para aquellos que, como la imagen de un Dios-tirano, toman la ley en sus manos. Porque nuestro modelo tradicional del Universo es básicamente militar.

*Oh Dios, Rey todopoderoso,
que haces de los vientos tu clarín
y de los rayos tu espada,*

La noción de una violencia imperiosa del espíritu inteligente sobre la materia inerte, no es más que la proyección sobre el Universo de la división interna que aflige al hombre, la escisión que le hace mantenerse despierto por las noches, tomando decisiones al igual que «El que cuida de Israel».

Naturalmente, la base del problema radica en que la ley y la razón son sistemas lineales de símbolos, expresados en forma verbal, matemática o mediante cualquier otra notación, que tratan de representar «trocitos» de información seleccionados por el estrecho foco de la atención consciente. Contrastando con ello, el mundo físico es en cualquier momento una manifestación de innumerables y simultáneos esquemas energéticos que, al tratar de trasladarlos a nuestros ridículos sistemas lineales, parecen extraordinariamente complejos. En realidad el mundo no tiene nada de complejo. Lo que es complejo es el tratar de representarlo mediante palabras o números; es como intentar llevar la cuenta de las hojas de un bosque que está continuamente cambiando o tratar de medir el océano Atlántico utilizando una aguja hipodérmica.

La Naturaleza puede ser representada hasta cierto punto, con tal de que procedamos con paciencia y humildad. Pero si en cualquier momento decidimos que ya conocemos «la Verdad», el secreto de las leyes naturales y, por tanto, cuál debe ser la acción correcta, nos hallaremos en la situación paradójica de tener que obligar a la Naturaleza a someterse a lo que nosotros consideramos sus propias leyes. En otras palabras, sólo mediante la violencia podremos conseguir que los acontecimientos reales, físicos y humanos, se ajusten a los supersimplificados esquemas mediante los cuales intentamos describirlos. El esquema es viejo, pues ya Procusto desarticulaba o amputaba los miembros de sus huéspedes para que resultasen adecuados a las medidas de la cama que les había destinado.

Trabajamos, pues, con la suposición (a menudo tácita) de que el ego racional es algo ajeno al mundo físico y que representa el orden conceptual frente al caos de la complejidad natural. Pero cuando esta suposición supernaturalista se analiza seriamente, se reducen las posibilidades de mantenerla puesto que también creemos, por lo menos en teoría, que la consciencia y la inteligencia surgen mediante la evolución espontánea y que se manifiestan a través del complejo nervioso que, hasta el presente, apenas comprendemos.

Quizá lo que voy a decir sea un «acto de fe», pero siento que si debo confiar en mí mismo, debo antes apostar por mi sistema nervioso (y por lo que le circunda) que confiar en la mera lógica de las palabras y de los números, considerada de superior categoría que su matriz neural. Porque mi cerebro es inconmensurablemente más omnisciente que mi mente: coordina simultáneamente más variables ritmos y esquemas de comportamiento corporal que el Yo (en tanto que ego) podría ser capaz de comprender en cien años de estudio. No veo, pues, sentido alguno en restringir la definición del «Yo» al proceso de la atención consciente, la volición y la simbolización. Debo admitir en esta definición a la totalidad de mi cuerpo y asumir

en cierto modo la responsabilidad de todo cuanto es y hace. Después de todo, si no confío en la matriz de mi inteligencia consciente, no tengo la menor seguridad de que esta misma desconfianza esté bien fundada o basada en una información suficiente.

Cuando los occidentales contemplan sus propios cuerpos pueden muy bien sentir con el salmista que éstos «están temible pero maravillosamente bien hechos», es decir, hechos por alguna inteligencia superior; pero al mismo tiempo detractarán esta intrincada máquina llamándola «caos natural» o mero funcionamiento animal. Así pues, el identificarse con la totalidad del cuerpo es considerado, de forma ambivalente, a la vez como una blasfemia y como una claudicación ante las ciegas fuerzas del inconsciente. Cualquiera que sea nuestra metafísica, insisto en que el conflicto interno entre el ego y el cuerpo, entre la razón y el instinto constituye la condición de la vida civilizada. Pero esta actitud tiene muy poco de cuerda porque cuando observamos la tendencia global de la civilización no vemos sino una plaga monstruosa de langostas humanas devorando y destruyendo el planeta. La civilización quizá «trabaje» temporalmente en favor de los invitados, pero a más largo plazo (y no tan largo) podría estar muy bien acelerando la disolución de la vida en este planeta.

No es cuestión ni posibilidad de abandonar la tecnología y retirarnos a una sencilla y sentimental anarquía. Lo que en realidad precisamos es una tecnología manejada por individuos que no se experimenten a sí mismos como algo extraño al cuerpo o a su medio ecológico. Porque es precisamente este conflicto interno entre el ego y el organismo lo que se halla en la base de las organizaciones al servicio de la guerra y de la revolución, especialmente si se racionaliza la violencia justificándola como condición de la justicia y de toda suerte de mejoras. No ha habido guerras más destructoras que las guerras «justas», libradas en «defensa» de la religión, del honor o de los principios. Si debe haber guerra, que sea una guerra para capturar la riqueza y el territorio del enemigo, basada en una honorable codicia y en la que me guardaré muy bien de destruir lo que deseo poseer. Pero así como las guerras civilizadas se hacen por principios, del mismo modo la «conquista tecnológica de la naturaleza» se desarrolla por la satisfacción de hacer dinero, satisfacción puramente abstracta y distinta del disfrute material y sensual de la buena comida, las mujeres hermosas y los entornos bellos. Los grandes ganadores de dinero son en gran parte unos puritanos que no tienen tiempo ni gusto para los placeres materiales. Precisamos de una tecnología que trate de producir en todo el mundo y para todo el mundo no dólares abstractos difícilmente comestibles, sino caviar y vinos exquisitos.

Sólo un supernaturalista se atrevería a apretar el botón de la guerra nuclear en la creencia de que sus valores espirituales son mucho más importantes que la existencia material. Esto implica la suposición de que la dimensión espiritual es inmortal, de que en los cielos o en algún elevado nivel de vibraciones no afectado por el hecho de la muerte física, podrá proseguir su existencia congratulándose de su fidelidad a los principios y reprendiendo a las sorprendidas almas de los materialistas dialécticos,

que estarán comiendo mierda en lugar de pasteles. Todo lo cual nos muestra, simplemente, que la creencia en la superioridad y autoridad final de lo racional, intelectual o conceptual como realidad última, puede resultar incompatible con la supervivencia de la humanidad.

Contra lo que pudiera parecer, el naturalismo es más consecuente con la visión mística del mundo que el supernaturalismo, por lo menos así se desprende de la forma en que siempre han sido tratados los místicos por parte del «establishment» judío, cristiano o musulmán. El supernaturalismo divide el cosmos en la desigual dualidad de Creador y criatura, espíritu y materia, soberano y súbdito, ego y organismo, y más de un ateo es de hecho un supernaturalista en la medida en que trata de regular el orden físico de la naturaleza mediante la lógica del lenguaje convencional o matemático. Pero un naturalista no se puede adherir conscientemente a la creencia de que él es algo separado de su propio organismo físico. No puede, por tanto, considerarse arrastrado o víctima de sus propios procesos orgánicos, puesto que sus apetitos y emociones, la totalidad del funcionamiento de su cuerpo, son sus propios actos, por espontáneos e involuntarios que sean.

Una vez admitido esto, se da paso a una nueva visión intuitiva de las cosas de naturaleza esencialmente mística. Si yo soy mi organismo, soy también lo que me rodea. Desde el punto de vista ecológico y biofísico, todo organismo se relaciona con lo que le rodea de forma transaccional: uno implica la existencia del otro, del mismo modo que comprar implica vender, delante implica detrás y el polo positivo implica la existencia del negativo. Cada organismo viviente implica, no sólo las condiciones de existencia del sistema solar inmediato, sino también la totalidad de la constelación de las galaxias. Si un cuerpo humano pudiera ser transportado a otro universo, un estudio cuidadoso por parte de los científicos locales revelaría eventualmente que aquel organismo provenía de un medio que incluía el sol, la luna y los planetas, la Vía Láctea y la nebulosa de Andrómeda. Porque del mismo modo que el fruto implica el árbol, el organismo humano implica la existencia de un sistema de energía cósmica que produce seres humanos en la misma medida que una planta produce flores. Básicamente, pues, uno no es tan sólo el cuerpo sino la totalidad del sistema de energía que se manifiesta a través de todos los cuerpos. El ego conceptual no controla este sistema en mayor medida que el corazón o los riñones, pero mientras que el ego es la idea que uno tiene de sí mismo, la totalidad de la energía del universo es lo que uno es. A la gente capaz de comprender todo esto se le puede confiar el poder tecnológico porque respetarán el mundo externo con todos sus sutiles equilibrios ecológicos al igual que respetan sus cuerpos. Trabajarán en colaboración con él y no contra él, como el marino que sabe aprovechar el viento aun cuando sopla en dirección contraria.

El punto clave que hay que comprender es que no es posible tratar de mejorarse a sí mismo o al mundo por medio de la fuerza. Dado que uno de nosotros somos tanto el organismo como el medio que lo rodea, tratar de cambiar algo por la violencia

sería tan fútil como intentar levantarse a sí mismo tirando de los cordones de los zapatos. Incontable energía física y psíquica se dilapida en empresas de este tipo que, si fuéramos conscientes de que son absurdas, se abandonarían tranquilamente, dejando libre esta energía para aplicarse a cosas que realmente puedan conseguirse. Cuando tratamos de forzar una cerradura la llave se dobla, razón por la cual un hombre realmente inteligente nunca fuerza nada. Más bien utiliza los modales del «judo», el «camino de la flexibilidad» que nos enseña a adaptar nuestras velas al viento. Semejante inteligencia es la única alternativa a la violencia.

DROGAS PSICODÉLICAS Y EXPERIENCIA RELIGIOSA

Las experiencias resultantes del uso de drogas psicodélicas son descritas con frecuencia en términos religiosos. Son por tanto de interés para los que, como yo, y siguiendo la tradición de William James, están interesados en la psicología de la religión. Durante más de treinta años he estado estudiando las causas, condiciones y consecuencias de esos peculiares estados de conciencia en los que el individuo se descubre como un proceso en relación con Dios, el Universo, la fuente del Ser, o comoquiera que se le denomine según los condicionamientos culturales o preferencias personales de cada cual. Para experiencias de este tipo no tenemos todavía un nombre satisfactorio y definitivo. Los términos «experiencia religiosa», «experiencia mística» y «conciencia cósmica» son demasiado vagos para designar este tipo específico de conciencia que, para quienes lo han experimentado, es tan real y poderoso como un estado de enamoramiento. Este capítulo describe tales estados de conciencia inducidos por drogas psicodélicas, si bien son virtualmente indistintos de las experiencias místicas propiamente dichas. Posteriormente se discuten las objeciones hechas al uso de drogas psicodélicas, objeciones que tienen su origen principalmente en la oposición entre los valores místicos y los seculares y tradicionales propios de la sociedad occidental.

La idea de que pueda resultar una experiencia mística del uso de una droga es algo que no es fácilmente aceptado por las sociedades occidentales. Históricamente, la cultura occidental siente una particular fascinación por los valores y virtudes del hombre en tanto que ego responsable, individual y autodeterminante, que se controla a sí mismo y al mundo mediante el ejercicio de su voluntad. Nada podría pues resultar más repugnante a su tradición cultural que la noción de un crecimiento psicológico o espiritual logrado mediante el uso de drogas. Por definición una persona «drogada» tiene la conciencia disminuida, el juicio nublado y la voluntad anulada. Pero no todos los productos psico-trópicos (modificadores de la conciencia) son narcóticos y soporíferos, en la forma que lo son el alcohol, los opiatos y los barbituratos. Los efectos de lo que actualmente se conoce bajo el nombre de productos psicodélicos (que expanden la mente) difieren de los del alcohol como la risa difiere de la rabia o el deleite de la depresión. En realidad no existe analogía alguna entre el estar «de viaje» a causa del LSD y el estar «borracho» a causa del whisky. A decir verdad, ninguno de los dos debería en este estado conducir un automóvil, pero tampoco se debe conducir cuando se está leyendo un libro, tocando el violín o haciendo el amor. Ciertas actividades creativas, así como ciertos estados mentales, necesitan de una concentración y devoción que son incompatibles con conducir un vehículo.

Personalmente, he experimentado con cinco de las principales sustancias psicodélicas: LSD-25, mescalina, psilocibina, dimetiltriptamina (DMT) y cannabis. Del mismo modo que William James con el óxido nítrico, yo he experimentado con estas sustancias para ver si me ayudaban a identificar lo que podríamos llamar ingredientes «activos» o «esenciales» de la experiencia mística. Porque casi toda la literatura clásica existente sobre el misticismo es sumamente imprecisa, no sólo en la descripción de las experiencias, sino también en lo concerniente a los métodos recomendados para inducirlos — ayuno, concentración, ejercicios de respiración, plegarias, encantamientos y danzas —. Si a un maestro tradicional de Zen o Yoga se le pregunta por qué tal o cual práctica conduce o predispone a una experiencia mística, responderá invariablemente: «Ésta es la forma en que mi maestro me lo enseñó. Ésta es la forma en que yo lo descubrí. Si estás realmente interesado, inténtalo.» Esta respuesta apenas puede satisfacer la mente impertinente y científica de un intelectual occidental. Le recuerda demasiado las arcaicas prescripciones medievales de cinco salamandras hervidas con un par de murciélagos, un poco de fósforo y tres pelos del bigote de un gato negro, precisamente en el momento en que la luna entre en la constelación de Piscis. Quizá diera resultado, pero, ¿cuál sería entre todos ellos el ingrediente esencial?

Se me ocurrió que si alguna de las sustancias psicodélicas predisponía mi conciencia para la experiencia mística, podría usarla como instrumento para estudiar y describir esta experiencia del mismo modo que se usa el microscopio en bacteriología, aunque este instrumento sea un artificio que «falsea» la visión del ojo desnudo. No obstante, cuando fui invitado por el Dr. Keith Ditman, de la clínica neuropsiquiátrica de *UCLA Medical School*, para efectuar pruebas de las cualidades místicas del LSD-25, me negaba a creer que un mero producto químico pudiera inducir una experiencia mística genuina. Creía que todo lo más podía producir un estado de intuición espiritual. Y, ciertamente, mi primera experiencia con el LSD no fue mística. Fue una experiencia estética e intelectual profundamente interesante que constituyó un reto para mi poder de análisis y descripción.

Algunos meses más tarde, en 1959, de nuevo volví a experimentar con el LSD-25, esta vez ayudado por los doctores Sterling Bunnell y Michael Agron, que estaban entonces asociados a la clínica Langley-Porter de San Francisco. En el curso de la experiencia, debo confesar que me sorprendió profundamente y en cierto sentido me desconcertó, el hecho de comprobar que iba atravesando diversos estados de conciencia que correspondían perfectamente a las descripciones que de ellos se hacían en los relatos de las principales experiencias místicas que yo había leído^[3]. Además, sobrepasaban tanto en calidad como en profundidad a las tres experiencias «naturales y espontáneas» de este tipo que había tenido previamente.

En pruebas posteriores con el LSD-25 y las otras sustancias químicas antes mencionadas (a excepción del DMT que encontré divertido, pero relativamente poco interesante), me di cuenta de que podía moverme con cierta desenvoltura en el estado

de «conciencia cósmica» y, al cabo de cierto tiempo, conseguí independizarme cada vez con mayor facilidad de las mismas sustancias químicas en el momento de «sintonizar» con esta particular longitud de onda de la experiencia. De las cinco sustancias psicodélicas que probé, el LSD-25 y la cannabis fueron las que se ajustaron mejor a mis propósitos. Y de estas dos, la última, que era la que usaba en los países en que no está fuera de la ley, resultó ser la mejor. No produce alteraciones extrañas en la percepción sensorial y los estudios médicos indican que, si no se cometen excesos, no tiene las posteriores consecuencias del LSD, que se traducen en episodios psicóticos.

Al describir mis experiencias con drogas psicodélicas no trato de las alteraciones ocasionales y extrañas de la percepción sensorial que las sustancias psicodélicas pueden producir. Me interesan mucho más las transformaciones que puede sufrir la conciencia normal, condicionada por la sociedad, que el individuo tiene de su propia existencia y de su relación con el mundo. Intento trazar los principios básicos de la conciencia psicodélica. Debo precisar, sin embargo, que tan sólo puedo hablar de mí mismo. La calidad de estas experiencias depende en gran parte de la actitud y orientación anteriores que uno tenga ante la vida, aunque la actualmente voluminosa literatura que describe estas experiencias concuerda notablemente con las mías.

Casi invariablemente mis experiencias con sustancias psicodélicas han tenido cuatro características dominantes. Intentaré explicadlas esperando que el lector exclamará, por lo menos ante la segunda y la tercera: «¡Pero si es evidente!» De acuerdo, pero toda intuición tiene grados de intensidad. Puede haber evidente-1 y evidente-2: este último llega con deslumbrante claridad y manifiesta sus implicaciones en todas y cada una de las esferas y dimensiones de nuestra existencia.

La primera característica es una desaceleración del tiempo, una *concentración en el presente*. La normal preocupación compulsiva que sentimos por el futuro disminuye y nos damos cuenta del enorme interés e importancia de lo que está sucediendo aquí ahora. La gente que vemos por la calle dirigiéndose apresuradamente a sus trabajos nos parecen locos que no comprenden que lo único importante de la vida es ser plenamente conscientes de ella tal como se nos va presentando. Entonces uno se relaja, casi lujuriosamente, estudiando, por ejemplo, los colores de un vaso de agua o escuchando las vibraciones de cada nota que sale de un oboe o de una garganta humana.

Desde el punto de vista pragmático de nuestra cultura semejante actitud es nefasta para los negocios. Podría conducir a la falta de previsión, a disminuir las ventas de las pólizas de seguros. Y, sin embargo, éste es precisamente el correctivo que nuestra cultura precisa. Nadie es menos práctico que el ejecutivo «con éxito» que pasa toda su vida absorbido por el papeleo con el sólo objetivo de retirarse a los sesenta y cinco años, cuando ya será demasiado tarde para todo. Sólo los que han cultivado el arte de vivir plenamente el presente pueden hacer planes para el futuro, porque cuando los planes maduren serán capaces de disfrutar de los resultados. «Mañana es algo que

nunca llega.» Hasta el presente nunca he oído a ningún predicador urgiendo a su auditorio a practicar aquella parte del Sermón de la Montaña que empieza «No os preocupéis del día de mañana...» La verdad es que la gente que se preocupa del futuro están perpetuamente desaprovechando el presente. La antelación se consigue al precio de la ansiedad y, cuando se abusa de ella, anula todas las ventajas que podía proporcionar.

La segunda característica la llamaré *conciencia de polaridad*. Es la realización vívida de que los estados, cosas, o sucesos que entendemos ordinariamente por opuestos son en realidad interdependientes, como los dos polos de un imán. Con la conciencia de polaridad uno ve claramente que las cosas que eran explícitamente distintas son implícitamente una sola cosa: yo y los demás, sujeto y objeto, izquierda y derecha, macho y hembra — y algo más sorprendentes —, sólido y espacio, figura y fondo, pulso e intervalo, santos y pecadores, policías y criminales, grupos «in» y grupos «out». Cada uno de ellos es definible sólo en términos del opuesto y todos están transaccionalmente unidos, como compradores y vendedores, puesto que no hay venta sin compra ni compra sin venta. Conforme esta vivencia gana en intensidad, es posible darse cuenta de que uno mismo está de tal forma polarizado con el universo externo que es imposible delimitar las identidades. Vuestro empujón es su atracción y viceversa, como cuando se pone en marcha un coche empujándolo. Hay un momento en el que uno puede preguntarse, ¿empujo o soy atraído?

Al principio es una sensación muy extraña, algo así como si un aparato electrónico repitiera nuestra propia voz inmediatamente después de que termináramos de hablar. Estamos confundidos, pero esperamos que aquello se repita. Análogamente, se siente que en cierto modo uno es producto del universo, pero también que el universo es producto de uno. Extremo éste absolutamente cierto, al menos en el sentido neurológico de que la estructura peculiar de nuestro cerebro traduce el sol en luz y las vibraciones del aire en sonido. Nuestra sensación normal de relación con el mundo exterior consiste en creer que a veces lo dominamos nosotros y que otras es él quien nos domina. Pero si nosotros y el mundo exterior resultan ser en realidad la misma cosa, ¿dónde empieza la acción, dónde la responsabilidad? Si soy un producto permanente del universo, ¿cómo puedo estar seguro de que dentro de dos segundos recordaré todavía mi lengua materna? Si el universo es un producto mío, ¿cómo puedo estar seguro de que dentro de dos segundos mi cerebro sabrá cómo transformar el sol en luz? A partir de sensaciones tan poco familiares como éstas, la experiencia psicodélica puede degenerar en paranoia, confusión y terror, por más que el individuo sienta su relación con el mundo exactamente tal como sería descrita por un biólogo, ecólogo o físico, puesto que se experimenta a sí mismo como una unidad entre el organismo y el medio que lo rodea.

La tercera característica, corolario de la anterior, es la *conciencia de la relatividad*. Veo que soy un eslabón en una infinita jerarquía de seres y procesos que abarca desde las moléculas hasta los seres humanos, pasando por las bacterias y los

insectos, y que quizá se extienda hasta los ángeles y los dioses — una jerarquía en la cual cada nivel reproduce, de hecho, la misma situación. Por ejemplo, el pobre se preocupa por el dinero, el rico por su salud; la preocupación es la misma aunque el objeto sea diferente. Las moscas deben considerarse a sí mismas como personas porque, a nuestra imagen y semejanza, se encuentran en su propio mundo, con cosas inconmesurablemente mayores encima y más pequeñas debajo. A nosotros nos parecen totalmente desprovistas de personalidad, como nos parecen los chinos cuando no se ha vivido entre ellos. Y, sin embargo, las moscas deben hacer entre ellas tantas distinciones sutiles como podamos hacerlas nosotros.

A partir de aquí sólo un paso nos separa de la experiencia de que todas las formas vivientes no son más que variaciones sobre un solo tema: de que todos nosotros no somos más que un solo ser que hace la misma cosa, aunque de todas las maneras posibles. Como dice el proverbio francés, *Plus ça change, plus c'est la même chose*. Me doy cuenta de que cuando me siento amenazado por la inevitabilidad de la muerte, tengo en realidad la misma experiencia que al sentirme vivo, y de que, como todos los seres tienen estos sentimientos en todas partes, son todos tan «yo» como yo mismo. Más todavía, el sentimiento del «yo», el tener conciencia de todo, siempre radica en una sensación relativa a un «otro», a un algo más allá del propio control y experiencia, y debe tener un principio y un fin. El salto intelectual que la experiencia mística y psicodélica hacen posible, consiste en permitirnos vivenciar que todas esas miríadas de «yo-centros» son en realidad nosotros mismos — no ciertamente los egos superficiales y conscientes, sino lo que los hindúes llaman el *paramatman*, el Sí-Mismo de todos los sí-mismos—^[4]. Al igual que la retina nos permite ver las incontables pulsaciones de energía como simple luz, la experiencia mística nos muestra a los innumerables individuos como al Ser Único.

La cuarta característica es *la conciencia de la energía eterna*, a menudo en forma de una intensa luz blanca, que parece ser al mismo tiempo la que circula por el sistema nervioso y la misteriosa « $E=mc^2$ ». Esto puede sonar a megalomanía, pero uno ve claramente que toda existencia no es más que energía, la energía que constituye nuestro propio ser. Naturalmente, existe la muerte como existe la vida, porque la energía es una pulsación y del mismo modo que las ondas deben ascender y descender, la experiencia de la existencia debe aparecer, y desaparecer. Pero no hay nada que deba preocupar, puesto que cada uno de nosotros es la energía eterna del universo que juega al escondite consigo misma. Básicamente somos el rostro de Dios, porque Dios es todo lo que es. Citando a Isaías un poco fuera del contexto: «Yo soy el Señor y nada existe fuera de mí. Yo formo la luz y creo las tinieblas: Yo hago la paz y creo el mal. Yo, el Señor, hago todas estas cosas»^[5]. Éste es también el sentido del mensaje fundamental del hinduismo, *Tat tvam asi* — «ESTO (o sea “Este Ser sutil del que todo el universo se compone”) eres tú»—^[6]. Un caso clásico de este tipo de experiencia, procedente de occidente, lo hallamos en las memorias de Tennyson:

Estando completamente solo he experimentado frecuentemente estados de trance. Esto ha ocurrido generalmente tras repetirme dos o tres veces mi propio nombre: de pronto, como debido a la intensidad que había cobrado la conciencia de mi individualidad, ésta parecía disolverse en el ser sin límites, y esto no de una forma confusa, sino con una claridad, seguridad y misterio tales, que la muerte parecía una imposibilidad, ridícula, ya que la extinción de la personalidad no me parecía extinción en absoluto sino la única vida verdadera^[7].

Es obvio que estas características de la experiencia psicodélica, tal como yo las he experimentado, son aspectos distintos de un mismo estado de conciencia, puesto que he intentado describir la misma cosa desde diferentes perspectivas.

Las descripciones constituyen un intento de transmisión de la calidad de la experiencia, pero sugieren también algunas de las incongruencias existentes entre tal experiencia y los valores tradicionales de la sociedad.

La resistencia a permitir el uso de drogas psicodélicas tienen su raíz tanto en valores religiosos como seculares. La dificultad de describir las experiencias psicodélicas utilizando los términos religiosos tradicionales contribuye a crear motivos de oposición. El occidental se ve obligado a tomar prestadas de los hindúes palabras como *moksha* o *samadhi*, o bien a emplear las japonesas *satori* o *kensho*, para describir su experiencia de unidad con el cosmos. Carecemos de la palabra apropiada para hacerlo en nuestras lenguas porque nuestras teologías, judía o cristiana, no aceptan la idea de que el ser más profundo del hombre pueda ser idéntico a la divinidad, aunque los cristianos digan que esto fue cierto en el caso de Jesucristo. Los judíos y los cristianos conciben a Dios en términos políticos y monárquicos, como una especie de gobernador supremo del universo. En este contexto resulta naturalmente inaceptable que un individuo afirme que él en persona es el ser omnipotente y omnisciente que gobierna el universo.

No obstante, este modo de concebir la Realidad última no es necesario ni universal. Los chinos y los hindúes no hallan dificultad alguna en admitir la identidad entre el ser más profundo del hombre y la divinidad. Aparte de los musulmanes, la mayoría de los asiáticos creen que la divinidad se manifiesta con la misma espontaneidad y falta de cálculo con que un ciempiés se desenvuelve con su centenar de patas. En otras palabras, conciben el universo por analogía con un organismo, como algo distinto de un puro mecanismo; no pueden considerarlo como la obra salida de las manos de algún ingeniero o arquitecto supremo.

En el contexto de las religiones judía y cristiana, si alguien declara que él es uno con Dios, será acusado de blasfemo, subversivo o loco. Semejante experiencia mística constituiría una clara amenaza para los conceptos religiosos tradicionales. La tradición judeo-cristiana tiene de Dios una imagen monárquica y los monarcas nada temen tanto como la insubordinación. Así, pues, las Iglesias siempre se han mostrado sumamente suspicaces respecto a los místicos que reclaman igualdad, o lo que es

peor, identidad con Dios. Ésta es la razón por la que Escoto Erígena o Meister Eckart fueron condenados como herejes, y los Cuáqueros tuvieron que afrontar una fuerte oposición a su doctrina de la luz interior. Ocasionalmente algunos místicos no tuvieron problemas mientras cuidaron el lenguaje que empleaban, como Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz, quienes podríamos decir que mantuvieron una distancia metafísica de respeto entre ellos y el Rey Celestial.

Nada podría ser tan alarmante para la jerarquía como una irrupción de misticismo popular, toda vez que ello podría suponer el establecimiento de una democracia en el reino de los cielos. Y esta alarma sería igualmente compartida por católicos, judíos y protestantes.

La imagen monárquica de Dios con el implícito rechazo de la insubordinación religiosa tiene un impacto más profundo del que muchos cristianos estarían dispuestos a admitir. Los tronos de los reyes siempre han estado estratégicamente colocados y cuantos se presentaban ante ellos debían hacerlo inclinándose o arrodillándose, porque estas posiciones dificultaban considerablemente la iniciación de un ataque por sorpresa. Quizá no se les ha ocurrido nunca a los cristianos que cuando diseñaban una iglesia basándose en el modelo de una corte real (basílica), estaban prescribiendo un ritual eclesiástico que entiende a Dios como si se tratara de un temeroso monarca humano. Éste también es el sentido de algunas plegarias:

Oh Señor y Padre Celestial, alto y todopoderoso. Rey de reyes. Señor de señores, que contemplas desde tu trono a todos los moradores de la tierra...

El occidental que proclama su experiencia de unión con Dios o el universo, choca inmediatamente con el concepto de religión establecido en la sociedad a que pertenece. En cambio, en la mayor parte de las culturas asiáticas este hombre sería felicitado por haber sido capaz de penetrar el verdadero secreto de la vida. Este hombre, bien fortuitamente o siguiendo algunas disciplinas como el Zen o el Yoga, ha llegado a un estado de conciencia con el que experimenta de forma directa y vívida lo mismo que nuestros propios científicos describen teóricamente. Porque el ecólogo, el biólogo y el físico saben (pero raramente sienten) que todo organismo constituye una unidad viviente inseparable de todo cuanto le rodea. No hay forma de independizar los efectos de cualquier organismo de los del medio en que vive razón por la cual los ecólogos hablan no de organismos en medios distintos, sino de organismos-medios. Así, la palabra «yo» debería significar lo que la totalidad del cosmos está haciendo en este «aquí-y-ahora» particular que en mi caso recibe el nombre de Alan Watts.

El concepto monárquico de Dios es la causa de que la identidad del hombre con la divinidad sea inconcebible en términos religiosos occidentales. No obstante, la diferencia entre los conceptos orientales y occidentales del hombre y el universo se extiende más allá de lo estrictamente religioso. El científico occidental puede concebir la idea racional del organismo-medio, pero no la siente como algo real y verdadero. Ha sido hipnotizado por su condicionamiento cultural y religioso para que

se experimente a sí mismo como un ego o centro de conciencia y voluntad, independiente de su entorno y encerrado en un estuche de piel y huesos, un ego que se enfrenta al mundo exterior como a algo extraño a él. Cuando decimos «Vine al mundo» no expresamos lo realmente sucedido. Nosotros *surgimos* de este mundo de la misma forma que los frutos surgen del árbol.

Semejante visión del universo choca abiertamente con la concepción monárquica de Dios, con el concepto de un ego separado e incluso con la mentalidad secular cuyo buen sentido tiene su origen en el cientifismo mitológico del siglo diecinueve. Según esta última visión, el universo es un mecanismo carente de inteligencia y el hombre es una especie de microorganismo accidental que pulula sobre una masa rocosa que gira alrededor de una estrella sin importancia en los confines de una de las galaxias menores. Ésta es una teoría extremadamente común entre los pseudocientíficos, tales como sociólogos, psicólogos y psiquiatras, la mayoría de los cuales todavía conciben el mundo en términos de la mecánica newtoniana y no han comprendido nunca las ideas de un Einstein, Bohr, Oppenheimer o Schrödinger. El psiquiatra standard, lo primero que hace con un paciente que presenta el más leve indicio de experiencias religiosas o místicas es tratarlo como a un enfermo. Desde el punto de vista de la religión del mecanicismo es un hereje y como a tal se le administra una versión moderna de la tortura, conocida bajo el nombre de terapia de electro-shocks. Precisamente son estos pseudocientíficos quienes, en calidad de consejeros del gobierno, dictan la política oficial sobre el uso de productos psicodélicos.

La incapacidad para aceptar la experiencia mística es algo más que un hándicap intelectual; el no vivenciar la unidad básica de organismos y medios constituye una alucinación peligrosa. Porque en una civilización dotada de un poder tecnológico inmenso, el sentido de alineación entre el hombre y la naturaleza entraña el empleo de la tecnología con un espíritu hostil, entraña la «conquista» de la naturaleza, en lugar de la cooperación inteligente con ella. En suma, estamos erosionando y destruyendo nuestro medio, estamos impartiendo no civilización, sino «americanización». Ésta es la principal amenaza que pende sobre la cultura tecnológica occidental, y parece que ni la razón ni la previsión de sus consecuencias pueden ahuyentarla. En una palabra, ya no respondemos a las técnicas proféticas y moralizadoras de conversión que siempre utilizó con éxito la tradición judía y cristiana. Pero los seres humanos tienen un oscuro sentimiento de lo que les conviene, llamadlo «inconsciente», «instinto de conservación», «potencial de crecimiento positivo» o como queráis. Así, entre los jóvenes más cultivados existe actualmente un interés sin precedentes por la transformación de la conciencia humana. Los editores de todos los países occidentales están vendiendo millones de libros sobre Yoga, Vedanta, Budismo Zen o sobre el misticismo químico de las drogas psicodélicas. Personalmente, he llegado a la conclusión de que la totalidad de la cultura «hippy» por más equivocadas que sean algunas de sus manifestaciones, constituye el esfuerzo

más responsable jamás realizado por la gente joven para corregir el curso autodestructor de la civilización industrial.

Las experiencias místicas son, pues, contrarias a las concepciones a la vez religiosas y seculares propias de nuestro pensamiento tradicional. Además, las experiencias místicas se traducen a menudo en actitudes que significan una amenaza no sólo para las iglesias establecidas sino incluso para la sociedad secular. Los que han atravesado estas experiencias se ven despojados del temor a la muerte y de las ambiciones mundanas, lo que les hace insensibles a promesas y amenazas. También, su sentido de la relatividad respecto al bien y al mal puede entenderse como una carencia de moralidad y de respeto hacia la ley. El uso de sustancias psicodélicas por parte de la burguesía culta de los Estados Unidos de América significa que un sector importante de la población permanece indiferente a las recompensas y sanciones tradicionales de la sociedad.

En teoría, el hecho de que exista en nuestra sociedad secular un grupo que no acepte los valores convencionales no afecta a nuestra visión política pluralista. Pero uno de los grandes problemas de los EE. UU. es que nunca hemos tenido el coraje suficiente para ser consecuentes con nuestras convicciones. La república se funda en el maravilloso principio de que una comunidad humana puede existir y prosperar tan sólo sobre una base de mutua confianza. Metafísicamente, la revolución americana fue un rechazo del Pecado Original, en virtud del cual, como uno no puede confiar en sí mismo ni en los demás, debe existir alguna Autoridad Superior que nos mantenga a todos a raya. Este dogma fue rechazado porque, si es cierto que no podemos confiar en nosotros ni en los demás, tampoco podemos confiar en la Autoridad Superior que nosotros mismos concebimos y obedecemos.

Los ciudadanos de los EE. UU. creen, o así me lo parece, que una república es la mejor forma de gobierno. Sin embargo, existe una evidente contradicción entre la concepción secular y la religiosa. ¿Cómo puede una república ser la mejor forma de gobierno si el universo, el cielo y el infierno, son una monarquía?^[8] A pesar de la teoría del gobierno basada en la mutua confianza, las gentes de los EE. UU. mantienen, quizás enraizada en sus orígenes religiosos o nacionales, una fe en la ley como fuente de poder sobrenatural y paternalista, sumamente inocente. «¡Debiera existir una ley contra esto!», dicen. Por tanto, nuestros funcionarios encargados de velar por el cumplimiento de las leyes se sienten confusos, obstaculizados y perplejos cuando se les pide que apliquen las leyes suntuarias, a menudo de origen eclesiástico y que buen número de gente del país no tiene intención de cumplir, teniendo en cuenta además que presentan dificultades inmensas, por no decir insalvables, para quienes deban cerciorarse de su aplicación.

Existen dos objeciones específicas al uso de sustancias psicodélicas. La primera, que el uso de estas sustancias puede ser peligroso, si bien hay que tener presente que cualquier exploración que valga la pena, lo es: ascender a picos difíciles, pilotar aviones experimentales, «pasearse» por el espacio exterior, o recoger especímenes

botánicos en la jungla. Pero cuando se valora más el conocimiento y el deleite de una exploración, que la mera duración de una vida monótona, se está dispuesto a correr riesgos. En realidad tampoco es muy recomendable para la salud de los monjes la práctica del ayuno, y no fue muy saludable que Jesús se hiciera crucificar, pero son riesgos que se corren en el curso de las aventuras espirituales. Hoy en día, los jóvenes audaces se arriesgan explorando la psique, y ponen a prueba con ello su temple igual que antes lo ponían cazando, batiéndose o jugando al fútbol. Lo que estos jóvenes precisan no son interdicciones sino asesoramientos inteligentes.

Otra objeción es que el uso de drogas equivale a una evasión de la realidad. Sin embargo, esta crítica supone injustamente que son las mismas experiencias místicas las escapistas o irreales. El LSD en particular no constituye en absoluto una evasión blanda y fácil. Muy frecuentemente se convierte en una experiencia en la que uno se ve obligado a poner a prueba el temple de su alma frente a todos los demonios del infierno. A mí me ha ocurrido, a veces, hallarme totalmente perdido en los corredores de la mente y, sin embargo, relatar este estado mediante el uso ordenado de la lógica y del lenguaje; me sentía a la vez muy loco y muy cuerdo. Pero aparte de estos episodios ocasionales de insania, están las experiencias del mundo como un sistema de total armonía y gloria y está la disciplina necesaria para relatar estas experiencias sometiéndolas a las lógicas y al lenguaje, lo que en cierto modo explica cómo lo que William Blake llamaba «esta energía que es eterno deleite» puede ser compatible con la miseria y el sufrimiento de la vida cotidiana^[9].

Los propósitos místicos y religiosos de la mayoría de los usuarios de estas sustancias precisan que el uso responsable de las mismas sea legalizado. Por «reponsable» entiendo que dichas sustancias puedan ser administradas solamente a adultos. En particular el usuario de la cannabis puede tener dificultades peculiares al declarar ante un tribunal que su intención era «mística y religiosa». Siendo algunos de ellos culpables de más de una felonía, tendrá más probabilidades de salir bien parado si se muestra arrepentido, actitud que es totalmente inconsistente con el uso de la cannabis por motivos religiosos. Por otra parte, si insiste en considerar el asunto como un sacramento religioso, muchos jueces pueden declarar que les disgusta su actitud por encontrarla truculenta e inconsciente de la gravedad del acto, por lo que la sentencia será más dura. El acusado se encuentra en un callejón sin salida. Además, la integridad religiosa sólo puede probarse por la pertenencia a alguna iglesia u organización religiosa que cuente con un número sustancial de miembros. Pero la cannabis cuenta con un status tal, que atraería inmediatamente graves sospechas sobre los individuos que proclamasen pertenecer a semejante organización. Se olvida que las garantías de libertad religiosa de que gozamos en EE. UU., fueron designadas precisamente para proteger a aquellos que, como los cuáqueros y anabaptistas, no eran miembros de grupos religiosos ya conocidos y establecidos socialmente. Podríamos decir que los que usan cannabis u otras sustancias psicodélicas con intenciones religiosas son miembros de una religión que representa, a los ojos del

resto de la sociedad, una grave amenaza para la «salud mental». Antes se hubiese dicho que representaba un peligro para el «alma», hoy sigue tratándose de la misma vieja reacción.

Como sea que las experiencias místicas concuerdan con las implicaciones de toda religión genuina y como quiera que las sustancias psicodélicas inducen a este tipo de experiencias, los usuarios de las mismas deberían tener derecho a una protección constitucional. Teniendo en cuenta que las investigaciones sobre la psicología de la religión pueden requerir el uso de dichas drogas, los estudiosos de la mente humana deberían tener libertad para usarlas. Con las leyes actuales, yo, como estudioso experimentado de la psicología de la religión, no puedo proseguir mis investigaciones en este campo. Esto constituye, a mi juicio, una restricción de la libertad intelectual y espiritual. El sistema legal de los EE.UU. mantiene una tácita alianza con la teoría monárquica del universo, y no legalizará las ideas y prácticas religiosas que se basen en una visión orgánica y unitaria del universo.

SIETE ENSAYOS CORTOS

EL MITO BÁSICO Según la tradición de la India antigua

En el principio —que no fue hace mucho tiempo sino ahora —, siempre existía el Sí-Mismo. Todo el mundo sabe lo que es, pero nadie puede describirlo, como tampoco el ojo, que ve todas las cosas, puede verse a sí mismo. El Sí-Mismo es lo que es y todo lo que es; no se le puede nombrar. No es ni viejo ni joven, ni pequeño ni grande, ni tiene forma ni carece de ella. No teniendo opuestos, es aquello que todos los opuestos tienen en común: es la razón por la cual no hay negro sin blanco ni forma sin vacío. No obstante, el Sí-Mismo tiene dos vertientes, la interna y la externa. La interna se llama *nirguna*; significa que no tiene cualidades y que no puede pensarse ni decirse nada acerca de él. La externa se llama *saguna*; significa que puede ser considerado como realidad, conciencia y felicidad eternas. Lo que se dice a continuación debe ser considerado desde la vertiente *saguna*.

A causa de su eterna felicidad y deleite, el Sí-Mismo está constantemente en acción y su acción (o juego), llamado *lila*, es como el canto y la danza, está hecho de sonido y silencio, de movimiento y de descanso. El juego del Sí-Mismo consiste en perderse para luego volverse a encontrar, en una especie de juego al escondite sin principio ni fin. Al perderse se produce la desmembración: se olvida de que es el uno y la sola realidad y juega a ser la vasta multitud de seres y cosas que forman este mundo. Al encontrarse se produce la remembración: descubre de nuevo que constituye desde siempre y para toda la eternidad el Uno que se esconde tras los muchos, el tronco del que salen las ramas, y que su apariencia de multiplicidad no es más que *maya*, es decir, ilusión, arte, poder mágico.

El juego del Sí-Mismo es como un drama del que es a la vez actor y espectador. Al entrar en el teatro, el auditorio sabe que lo que va a ver es sólo una representación, pero el buen actor crea *maya*, crea una ilusión de realidad que proporciona a los espectadores deleite o terror, risa o lágrimas. Cuando los seres son felices o sufren equivale a decir que el Sí-Mismo, en tanto que espectador, es seducido y arrastrado por el Sí-Mismo en tanto que actor.

Una de las múltiples imágenes del Sí-Mismo es *hamsa*, el Ave Divina que incubaba el mundo como si se tratara de un inmenso huevo. Se dice también que con la sílaba *ham* el Sí-Mismo exhala, desperdigando así las galaxias por todo el universo, y que con la sílaba *sa* inspira y atrae de nuevo a todas las cosas a su unidad primera. Si repetimos las sílabas *ham-sa* varias veces, éstas llegan a confundirse con la expresión *sa-ham*, o *sa-aham*, que significa «Yo soy esto» y ESTO (el Sí-Mismo) es lo que todos los seres son. Cuando el Sí-Mismo exhala se le conoce con el nombre de

Brahma, el creador. Mientras retiene el aliento es Vishnú, el conservador de la vida en todo el universo. Y cuando inspira entonces es Shiva, el destructor de la ilusión.

Ésta es pues una historia sin principio ni fin; el Sí-Mismo exhala e inspira, se pierde para hallarse de nuevo y así prosigue el juego por toda la eternidad. Estos períodos son conocidos como los días y las noches del Sí-Mismo, cada uno de los cuales es equivalente a un *kalpa* o 4 320 000 de nuestros años. El día, o *manvatara*, se divide en cuatro *yuga*, o épocas, que se conocen por los mismos nombres que las tiradas del juego de los dados: la primera es *krita*, la tirada perfecta con un resultado de cuatro, la segunda *treta*, con tres; la tercera *dvapara*, con dos, y la cuarta es *kali*, la peor, con sólo uno.

Krita yuga es la Edad de Oro, una era de felicidad total en el mundo de la multiplicidad; tiene una duración de 1 728 000 años. *Treta yuga* es algo más corta ya que dura sólo 1 296 000 años y es como una manzana que tuviera un pequeño gusano en el corazón: las cosas empiezan a torcerse y todo placer contiene en sí una pequeña semilla de ansiedad. *Dvapara yuga* es todavía más corta. Dura 864 000 años y en ella las fuerzas de la luz y las tinieblas, del bien y del mal, del placer y el dolor aparecen equilibradas. Al final del ciclo llega la cuarta época *kali yuga*, durante la cual el mundo se muestra abrumado por las fuerzas de las tinieblas; el Sí-Mismo se ha extraviado de tal forma, que todo su anterior deleite aparece ahora en forma de horror. Finalmente surge la manifestación de Shiva, el del cuerpo azul y los diez brazos, que respirando fuego inicia la terrible danza *tandava* y reduce el universo a cenizas. Al cesar la ilusión, el Sí-Mismo retorna de nuevo a su unidad y felicidad originales y permanece durante otro *kalpa* de 4 320 000 años en el estado de *pralaya*, o paz total, antes de volver a perderse de nuevo.

Los mundos que se manifiestan cuando el Sí-Mismo exhala no son tan sólo el nuestro o los que pueden contemplarse en el cielo; también existen otros tan diminutos, que diez mil de ellos podrían ocultarse en la punta de la lengua de una mariposa y otros tan enormes que todas nuestras estrellas cabrían en el ojo de un pez. Existen también otros mundos a nuestro alrededor o incluso en nuestro interior de los que no somos conscientes porque no emiten señales que puedan ser captadas por nuestros sentidos. Todos estos mundos, pequeños o grandes, visibles o invisibles son tan numerosos como las arenas del Ganges.

En todos esos mundos todos los seres atraviesan las seis fases de la Rueda del Devenir. Éstas son, en primer lugar el reino de los *deva*, esto es, de los dioses y ángeles que se hallan en la cumbre de la felicidad y del desarrollo espiritual. La segunda es el reino de los *ashura*, especie de ángeles negros que manifiestan el Sí-Mismo en forma de ira. La tercera está formada por el reino de los animales: peces, mamíferos, aves, insectos. El cuarto reino es el *naraka*, que constituye un estado profundo de miseria y de degradación espiritual y corresponde a la gente inferior de la rueda. Comprende los purgatorios del fuego y del hielo y en ellos el Sí-Mismo se manifiesta a través del éxtasis del sufrimiento. El quinto reino es el de los *preta*,

espíritus frustrados que poseen inmensos vientres y bocas pequeñísimas. El sexto y último es el reino de los seres humanos. Todos los seres de cada uno de estos reinos están ligados a la Rueda del Devenir a través de su *karma*, es decir, las acciones con intención de resultados, sean éstos buenos o malos. Todos los seres desean cosechar los frutos de sus acciones mientras permanecen ignorantes de su verdadera naturaleza, y piensan «Yo he venido a la existencia y un día abandonaré la existencia», sin darse cuenta de que no existe el «yo», porque no hay sustancia, excepto aquella que es una y original y que está por encima del tiempo y el espacio.

Cualquiera que, dejando de lado todas las ideas o teorías, medita con devoción sobre el sentimiento que despierta la expresión «yo soy», despierta repentinamente al conocimiento de que no existe un yo sino únicamente el Sí-Mismo. A estos seres se les conoce por el nombre de *jivan-mukta*, liberados, aunque todavía conserven su forma individual. Y liberados antes de la disolución de su propio cuerpo y antes de la disolución del universo al final del *kalpa*. Para ellos ya no existe el yo y el otro, lo mío y lo tuyo, el éxito o el fracaso. Ven todos los seres, todas las cosas, todos los acontecimientos tan sólo como manifestaciones del Sí-Mismo a través de las miríadas de formas que reviste.

EL GRAN MANDALA

La gente siempre se ha sentido fascinada por esos círculos de gloria conocidos en la India con el nombre de *Mandala*; a saber, las ventanas en forma de rosa de las catedrales góticas, los mosaicos bizantinos que cubren la superficie interna de una cúpula, los pétalos radiantes de algunas flores, el diseño de los cristales de nieve, las piedras preciosas engarzadas en coronas con gemas de distintos colores y los *mandala* propiamente dichos, tal como se los encuentra en las pinturas tibetanas — jardines paradisíacos con árboles y plantas enjorados que circundan un círculo interno de Dhyani Budas con sus sirvientes Bodhisatvas. En definitiva, ésta es también la imagen con lo que Dante describió su visión de Dios, circundado por ángeles y santos.

C. G. Jung ha sugerido que esta fascinación podría tener su origen en alguna correspondencia entre la forma del *mandala* y la energía básica de la psique. Porque existe una tendencia casi universal a expresar lo divino en términos de luz radial.

Algunas veces desearía tener el tiempo y la destreza necesarios para diseñar una imagen de forma y color sumamente articulados y proyectarla sobre la cúpula de algún planetarium, como en las demostraciones del Vortex de Jacobs y Belsen.

Imagino un destello de luz eléctrica azul-blanca que durase sólo lo suficiente para no quedar cegados y que luego se fuese dulcificando hasta transformarse en un blanco dorado. La luz iría acompañada de un sonido agudo y exultante, como la trompeta de Gabriel despertando a los muertos de su sueño. Luego la luz se iría desplazando hacia su propio centro y, al mismo tiempo, daría lugar a una aureola fluorescente concéntrica de color rojo, y luego, aureola tras aureola, a todos los colores del espectro, naranja, amarillo, verde, azul, índigo, púrpura, y por último, a una negrura transparente semejante a un espejo. A medida que los círculos de colores emergen, el sonido desciende en varios intervalos armónicos, hasta que al llegar al negro laqueado alcanza un tono tan bajo que hace temblar las paredes y se transforma en algo tangible, generando un espectro de vibraciones sólo sentidas por la piel, convirtiendo de este modo el sonido en un cuerpo sólido, con todas sus texturas.

A su vez, estas vibraciones afectarían la membrana de la mucosa nasal y evocarían un rosario de aromas que empieza con el *jinko* u olor a madera de áloes, el perfume más grato a Buda, pasa por los de la rosa, el clavel, el viento salado del mar, el café recién cogido, la menta, el tomillo, luego el coñac caliente, y el queso, y termina en el amoníaco, los excrementos y la sangre quemada.

Los diversos círculos luminosos y las secuencias vibratorias afectan a todos los sentidos y emociones, pero hasta este momento no habíamos reparado todavía en los innumerables radios que surgen de la luz central. Un momento después, los rayos empiezan a sufrir ondulaciones y con ellos las tonalidades del sonido comienzan a oscilar. Análogamente, las vibraciones de aromas, texturas y gustos empiezan a entremezclarse y a combinarse de acuerdo con una aritmética que se vuelve más y

más compleja. Las ondas son ahora algo más que meras ondulaciones: son curvas que se cierran sobre sí mismas, espirales que se enrollan en todos los sentidos, estructuras que recuerdan las figuras del humo al atravesar un rayo de sol o la espuma de las olas rompiendo.

Muy pronto este arabesco inmenso de formas ensortijadas empieza a generar vértices agudos. Instantáneamente los rayos se doblan y forman ángulos, cuadrados, diamantes y calados. Simultáneamente, los otros espectros — sonido, textura, gusto y aroma — se mueven al compás de ritmos y esquemas igualmente variados. Pero en el momento en que la danza de las vibraciones está a punto de hacer estallar el cerebro, emergen imágenes de helechos, de frondas, de arroyos y de árboles, de montañas, y de olas marinas, de flores y de conchas, de insectos, de peces y de rostros humanos, todos serpenteando en el interior de la configuración de anillos concéntricos.

En aquel preciso instante uno se da cuenta de que la escena se ha vuelto tridimensional: el círculo plano es ahora una esfera, el sonido proviene de todas direcciones y uno se siente sencillamente inmerso en las vibraciones de olores y texturas. En cierto modo, el espectador se halla ahora *dentro* del espectáculo, y su interés por la forma total disminuye al incrementarse el interés por los detalles — las articulaciones de determinadas características, de las flores y de las caras, de los jardines y de las ciudades, de los ríos y de los caminos. A medida que la visión se concentra, las vibraciones del sonido, tacto y olfato adquieren gran congruencia con todos los detalles, y la fascinación a su grado de máxima intensidad. Y precisamente en aquel momento, antes de que podamos darnos cuenta, nos olvidamos de todo el espectáculo. Nos descubrimos bruscamente sumergidos en la vida vulgar; somos los de siempre aquí y ahora.

SELECCIONANDO VIBRACIONES

¿Estamos dispuestos a admitir que lo que queremos y lo que rechazamos pertenecen a un mismo e idéntico proceso...? ¿Que del mismo modo que la visión de una figura supone la localización de fondo, el sentimiento de ser «uno mismo» supone la aprehensión de que existe lo «otro», lo externo, y que no puede experimentarse la consecución de cualquier tipo de poder o éxito sin un contraste perpetuo con el fracaso, la sorpresa y la impredeción...? ¿Que, por tanto, todos nuestros pretenciosos proyectos de dominio sobre las circunstancias no son más que una especie de juego que, si se toma en serio, conduce a la violencia y al asesinato — productos todos estos de la rabia que tenemos por no ser capaces de resolver un problema absurdo desde un principio?

Supongo que si existe algún significado en la doctrina del pecado original, debe radicar en el lavado de cerebro que todos los niños sufren por parte de sus padres y maestros para inculcarles el sentimiento de que la supervivencia es una necesidad apremiante. Se les enseña, a través de las actitudes y reacciones de los adultos, que ciertas experiencias de alta tensión o vibración deben ser consideradas como «dolorosas» y «malas» porque pueden ser precursoras del monstruoso acontecimiento de la muerte, que es algo que nunca debe suceder. He aquí tan sólo dos ejemplos de este lavado de cerebro, con los que podremos ilustrar su principio fundamental.

Actualmente sabemos que toda mujer que debe dar a luz no tiene necesariamente que sufrir los dolores del parto. Puede ser mentalmente condicionada para experimentar lo que antes se llamaba dolor como una tensión orgiástica y por tanto sentir la sensación de que el nacimiento es algo tan erótico como pudo serlo la concepción. Y otro hecho: los adultos suelen inculcar a los niños la importancia de vaciar regularmente los intestinos, pero cuando el niño, mostrándose comprensiblemente orgulloso, decide seguir dichos consejos y vacía su vientre, los adultos se alejan automáticamente y se quejan del mal olor. El niño se pregunta qué diablos será lo que realmente quieren esos misteriosos seres llamados adultos. Pero los adultos no lo saben. Nunca lo han pensado suficientemente.

Lo que deberían meditar es que el cosmos es un sistema multidimensional de vibraciones compuesto de espectros que se entrecruzan, como los hilos de un tejido, y que de éstos sólo escogemos los que consideramos valiosos, importantes o placenteros e ignoramos o reprimimos los que tildamos de perjudiciales o poco importantes, basándonos en las reglas, a veces superficiales, de nuestro propio juego. Las experiencias «negativas» — que pueden incluir el dolor físico, la muerte, los vómitos, el mareo o incluso el deseo sexual (según el criterio de cada cual) — deben ser evitadas, en la misma medida que las reglas de la música occidental excluyen la cuarta aumentada como intervalo permisible.

La liberación, en el sentido del *nirvana* budista o del *moksha* hindú, radica en la comprensión de que en definitiva no importan realmente las cuerdas que se pulsen o

las vibraciones que se produzcan. Un gran yogui puede enfrentarse a la tortura con ecuanimidad precisamente porque puede *permitirse* a sí mismo retorcerse, aullar y detestar inmensamente la experiencia. Confía en que su naturaleza — esto es, la Naturaleza misma —, hará lo más apropiado en aquellas circunstancias. Sabe que la energía siempre toma la línea de menor resistencia y que todo movimiento es esencialmente efecto de la fuerza de la gravedad o sea caída. Su confianza básica estriba en lo que Ananda Coomaraswamy llamó «la perpetua e incalculada vivencia del presente».

Esto, sin embargo, no pretende negar los valores del arte, la cultura o la moral. Por el contrario, constituye su base esencial de la misma forma que una página en blanco, limpia y brillante, es condición esencial para escribir poesía. Todos los escritores y poetas aman el papel blanco. Puesto que la naturaleza aborrece el vacío, las páginas en blanco atraen nuestra energía creativa y ésta es la razón por la que el *Sutra del Corazón* del Budismo Mahayana afirma que el vacío es forma y que la forma es vacío.

El darnos cuenta de que vivimos en un universo en que todo se mueve, constituye lo que el Mahayana llama *prajna* o sabiduría intuitiva. Pero la compañera inseparable de *prajna* es *karuna*, la compasión, que consiste en preguntarse: «Dado un universo en el que todo sigue su curso, ¿cuáles son las cosas más adorables, exuberantes y generosas que podemos hacer?» Ahora bien, ¿por qué no hacerse la pregunta opuesta: «¿Cuáles son las acciones más horribles y abominables que podemos perpetrar?» La respuesta sería irracional o quizá superrracional. Y es que la totalidad del sistema espectral de vibraciones, aunque comprende intensidades de experiencia que llamamos pura agonía, es en realidad una fiesta de amor y de deleite. De otro modo, simplemente se detendrá. El llamado instinto de supervivencia, el seguir y seguir adelante simplemente porque debe hacerse, es una parodia de esta fiesta — parodia representada por unos seres que creen obstinadamente que son unos extraños en el cosmos, víctimas de sus maquinaciones. La hermosa tarea de un Bodhisatva es precisamente liberarles de esta creencia.

Si profundizamos con energía en nuestro interior, (siguiendo la línea de menor resistencia), descubriremos que todas las vibraciones de la naturaleza son extáticas y eróticas. La existencia es orgasmo. Ésta es la causa por la que la filosofía del Vedanta califica a todo el sistema vibratorio de *sat-chit-ananda*, o sea realidad-conciencia-éxtasis. Nuestro fin natural es la propia Naturaleza; no es una trampa en el sistema energético del universo: es el propio sistema. La muerte no es nuestra abolición; es tan sólo uno de los extremos del espectro que somos. La energía no puede detenerse porque es vibración, y la vibración consiste exactamente en un empezar-parar indefinidamente. La existencia incluye tanto al ser como al no ser, tanto a los sólidos como el espacio, tanto la forma como el vacío.

Seguir la línea de mínima resistencia es fácil, pero requiere un poco de inteligencia. No puede seguirse imitando simplemente alguna noción preconcebida de

comportamiento espontáneo. Este tipo de imitaciones de la naturaleza han cubierto las paredes de las galerías de arte occidentales durante treinta años y muchos han hecho alarde de espontaneidad copiando formas de conducta que se *suponía* eran características de los animales. (Los animales reales tienen estructuras de comportamiento mucho más elevadas que los seres humanos. Los delfines, por ejemplo. Y los tiburones no salen del agua para tratar de devorarnos.)

Ciertamente, el flujo del agua constituye un modelo básico de conducta para la vida, razón por la que Lao-Tsé usa repetidamente al agua como símbolo del Tao — porque «ama y nutre todo cuanto existe, pero no se impone a las cosas» y también porque «fluye siempre hacia el nivel más bajo que es el que los hombres aborrecen» —. Hay que leer el maravilloso libro de Theodore Schwenk *Sensitive Chaos* (London, Rudol Steiner Press, 1965) que muestra cómo los esquemas de flujo de los gases y líquidos son básicos en toda forma de vida, cómo las conchas y los huesos son esculturas que conmemoran las formas que reviste el movimiento de los líquidos. Éste es el significado lejano de la afirmación de Shakespeare de que «hay una marea en los asuntos de los hombres que, si se sigue cuando está alta, conduce a la fortuna.» Para la armonía, uno debe seguir el curso del río.

*Luogo è là giù da Belzebù remoto
tanto quanto la tomba si distende,
che non per vista, ma per suono è noto
d'un ruscelletto che quivi discende
per la buca d'un sasso, ch'elli ha roso,
col corso ch'elli avvolge, e poco pende.
Lo duca e io per quel cammino ascoso
intrammo a ritornar nel chiaro mondo;*

Inferno, 34. 127-134.

PLANTANDO SIMIENTE Y RECOGIENDO EL FRUTO

Cualquier proyecto de autotransformación es un círculo vicioso. Dogen, un maestro de Zen del siglo XIII, afirmaba que la primavera no se transforma en verano ni la leña en cenizas: primero hay primavera, luego verano; hay leña y luego cenizas. Utilizando el mismo argumento, un ser viviente no se convierte en cadáver, ni una persona no «iluminada» se transforma en un Buda. El lunes no se transforma en martes; la una en punto no se transforma en las cuatro en punto. El intentar llegar a ser un Buda, o alcanzar la liberación es como tratar de lavar con sangre manchas de sangre, o como pulimentar un ladrillo para conseguir un espejo. Como decía Chuang-Tsé «Contempláis vuestro huevo y esperáis que empiece a piar».

El egoísmo de una persona egoísta consiste precisamente en que trata de ser más feliz, más fuerte, más sabio, más bravo, más simpático, y menos egoísta. «¿Acaso — como dijo Chuang-Tsé — la eliminación del egoísmo no es una manifestación positiva de este mismo egoísmo?» Y de nuevo: «Aquellos que afirman que podrían obtener lo verdadero sin su correlativo, lo falso, o un buen gobierno sin su correlativo, una mala dirección, no comprenden los grandes principios del universo ni la naturaleza de toda la creación. Es como hablar de la existencia del cielo sin la de la tierra, o del principio negativo (yin) sin el positivo (yang), lo cual es claramente imposible. Sin embargo, la gente no hace más que discutir sobre todo esto.» Este comentario es igualmente aplicable a todos los proyectos de autotransformación mediante gurús, meditaciones, prácticas del yoga, auto-aceptación, psicoterapia o incluso vivencia total del presente. Lo único que puede aprenderse de estas disciplinas es que son auto-contradictorias, como si uno mismo tratara de elevar los pies del suelo tirando hacia arriba de sus caderas.

Sin embargo, tienen algún valor desde el momento en ayudar a liberarnos de la persecución de imposibles y, por tanto, nos permiten emplear nuestras energías en cosas posibles: plantar semillas, recoger frutos, construir casas, cantar canciones, hacer el amor y seguir viviendo hasta que nos llegue el fin.

Todas estas cosas que estoy diciendo, ¿las digo en un intento de mejorar la humanidad y son, por tanto, contradictorias? Simplemente las digo para que podamos ser libres para plantar semillas y recoger frutos, y esto nada tiene que ver con un mejor ni un peor, con progresión ni regresión, con nada que suponga un juicio. Ya sabéis que se dijo «No juzguéis y no seréis juzgados», y si me replicáis «¡Pero si esto es un juicio!» es que todavía estáis juzgando. ¿Acaso es *mejor* no juzgar? No, simplemente se trata de vivir y morir, del día y la noche, de ir y venir, de un estado de cosas en el que no existen lo bueno y lo malo por sí mismos.

*El Camino perfecto no tiene dificultades,
Tan sólo hay que evitar hacer distinciones.*

*Solamente cuando dejéis de escoger
Comprenderéis todo claramente...
No os preocupéis del bien ni del mal.
El conflicto entre el bien y el mal
Es la peor enfermedad de la mente.*

Mientras tengamos la mente enferma, la «enfermedad» constituirá lo «malo», y así el conflicto persiste. Pero esto es juzgar un juicio y juzgar el juicio del juicio — círculo vicioso y regresión infinita que los budistas llaman *samsara*, la situación sin salida que implica desear la vida sin la muerte y el bien sin el mal.

Estos círculos viciosos no pueden romperse mediante métodos o disciplinas espirituales. Esto equivale a posponer la cuestión. La única forma de detener el círculo es deteniéndose — instantáneamente, ahora —, y se trata de una acción, no de un pensamiento. Esta detención *puede* suceder, de la misma manera que *podemos* plantar simiente y recoger frutos, porque ninguna acción real es algo «hecho» por un «yo» conceptual. La división entre el conocedor y lo conocido, entre acto y agente, es una división basada en palabras, no en la naturaleza.

*Sólo existe el sufrimiento, nadie que sufra;
Existe el acto, pero no el agente;
Existe el Nirvana, no el que lo busca;
Aquí está el camino, pero nadie que lo atraviese.*

Cualquier proyecto para mejorar el mundo o a uno mismo no es más que una fantasía conceptual porque, en tanto permanezcamos en el mundo de los conceptos, seremos incapaces de entender el bien sin el contraste del mal. Y esto es tan cierto política como psicológicamente; la militancia en ideologías, sean de derechas o izquierdas, sólo sirve para distraer nuestra atención de problemas específicos, pues son precisamente los proyectos para mejorar el mundo los que nos impiden plantar semillas y recoger los frutos. Son estos proyectos los que nos conducen a exterminar poblaciones enteras para, decimos, «liberarlas», los que nos impelen a amontonar a los criminales en las prisiones para su rehabilitación o a aislar a los locos en manicomios con la esperanza de que ello sirva, no sabemos cómo, para curarles la insania. Los llamados negros tienen algo que reprochar a los llamados blancos (yo prefiero usar el contraste entre gente de color y gente descolorida) porque los blancos judeo-cristianos identifican lo negro con el mal y han emprendido una cruzada para conseguir un cosmos absurdo en el que existirá el bien sin el mal. Desgraciadamente, las gentes de color se han contagiado de esta religión e, invirtiendo los términos, están empezando a luchar (lo cual es muy comprensible) por algo más que la igualdad de derechos. Sin embargo, cuanto más nos implicamos en posibles debates entre lo verdadero y lo falso más nos destruimos mutuamente y nos olvidamos de plantar semillas y recoger los frutos.

La «enfermedad de la mente» estriba en confundir lo que puede decirse o pensarse con lo que puede hacerse y con lo que realmente sucede. La liberación de esta confusión viene dada por una toma de conciencia, no con el pensamiento, y se ve frustrada por los proyectos de ser consciente y no por los de pensar, ni por los de suspender la corriente del pensamiento. La idea de que, como meta, hay que desembarazarse de esta confusión, es todavía confusión y es lo que se llama el hedor del Zen. Los conceptos de salud y enfermedad, bien y mal, mejor y peor, tienen el mismo valor en la vida que los conceptos de corto y largo o alto y bajo en carpintería: incluso un trocito de madera puede tener una longitud de tres pulgadas. Incluso el cáncer es un desarrollo y cuando Ramana Maharshi moría de cáncer se resistía a la acción de los médicos diciendo: «Él también quiere crecer. Dejadlo». Éste es quizás un caso extremo de renunciación, no al amor o a la energía, sino al deseo de lo verdadero contra lo falso y, en consecuencia, una renuncia a la separatividad que nos induce a aislarnos de todo lo que sucede; Paul Tillich la ha llamado «el valor de ser».

Esta actitud puede ser tildada de fatalismo y, sin embargo, nada hay en ella que se someta al hado: las reacciones subjetivas forman una unidad con lo que objetivamente sucede. Por lo tanto uno no se inmiscuye en el mundo. Ésta es la actitud taoísta del *wu-wei* o no-interferencia con el Tao, el Curso de la Naturaleza. No obstante el *wu-wei* no es un precepto o método que debe seguirse: simplemente es la comprensión de que nosotros mismos no somos algo aparte del Tao, que puede o no interferir en el curso de las cosas. Experimentemos nuestras decisiones como acontecimientos que suceden, de la misma forma que en primavera brotan las yemas de los árboles.

Una semejante súbita toma de conciencia es comparable al hecho de contemplar pinturas abstractas como si se trataran de fotografías: pueden aparecer de pronto las aguas de un mármol o las siluetas de plantas microscópicas. Instantáneamente la cualidad de la pintura cambia: se vuelve tridimensional y vividamente articulada. Aún más notable es el cambio que tiene lugar cuando la experiencia subjetiva se toma como algo que sucede por sí mismo, como el viento, o — lo que es lo mismo — cuando las experiencias objetivas se toman como algo que uno estuviera haciendo, como respirar.

ARTE CON A MAYÚSCULA

El Arte, con A mayúscula, es un fenómeno estrictamente moderno y occidental. No hace demasiado tiempo, pongamos unos 500 años, no habían ni museos, ni galerías ni salas de conciertos, ni una clase especial de gente denominada artistas. Lo que actualmente se exhibe en nuestros museos como «arte» de otras culturas no son más que utensilios religiosos, mágicos o cotidianos, eso sí, exquisita y primorosamente hechos. Y no es que sean objetos de lujo fabricados sólo para los ricos: incluyen cerámica, tejidos, armas, joyas y herramientas rituales de los campesinos. Si es que en aquellos tiempos existió un arte, se redujo a producir con maestría los objetos necesarios para la vida común. Nadie hizo nunca objeto alguno con la expresa intención de que adornase algún museo o fuera exhibido en alguna galería. Los eruditos podrán ingeniárselas para hallar unas pocas excepciones a esta observación, pero la práctica autoconsciente del arte apenas existió antes del advenimiento de la tecnología.

Hoy día muchos pintores, escultores y músicos jóvenes son más o menos conscientes a la absurdidad de cultivar el arte por el arte. Ahora bien, no sólo tenemos el teatro del absurdo, sino también las salas de conciertos y las pinacotecas del absurdo. Y el acto formal de ir a escuchar un concierto sufrió un duro golpe cuando John Cage dio un recital de piano enteramente silencioso y con todo el aparato ritual: traje de etiqueta, un Steinway, y un asistente que le volvía la página. Digamos de paso que John Cage es un genio de la música, un hombre de una sensibilidad fuera de lo común que recurrió a esta artimaña en un intento de persuadir al auditorio de que prestara atención a los sonidos mágicos que constantemente nos rodean. Trataba de liberar nuestros oídos de prejuicios melódicos y armónicos.

Los pintores y escultores se han lanzado a imitarle, aunque quizá todo empezó con Dada. Con el Pop Art y el Minimal Art hemos llegado a la galería del absurdo, más allá de los mayores excesos cometidos por el expresionismo abstracto, con el propósito (espero) de liberar nuestra vista, de modo similar al que Cage utilizaba para desintoxicar nuestro oído. Pero Cage se ríe de su propio proyecto (se ríe de sí mismo, no es que se burle del público) y yo a veces me pregunto si algunos escultores de Minimal Art han adoptado la misma postura o si creen que su producción es «seria», en el mismo sentido en que es serio un concierto dirigido por Bernstein de la 9.^a sinfonía de Beethoven.

El liberar vista y oído de prejuicios es algo que trasciende los dominios de la escultura, pintura, música o drama y que atañe a nuestra orientación básica hacia la vida. La existencia misma es un sistema sumamente complejo de vibraciones interconexas y ya desde la infancia hemos heredado los más fuertes prejuicios respecto a qué tipo de vibraciones es aceptable y permisible y cuáles otros no. Todavía nos hallamos en el punto en que el dolor y la muerte son algo tan intolerable como lo eran el Surrealismo en 1930 o el Cubismo en 1910. Podría argüirse que las

artes que infligen las reglas tradicionales, y que se salen con la suya, nos preparan para la amable aceptación de la extinción de nuestra especie.

Recrearse en el asalto a que estas artes someten nuestra sensibilidad, es un ejercicio mental que nos predispone al espectáculo de la aniquilación con bombas H como un hecho aceptable.

No trato de ser frívolo. Es un hecho, que la capacidad de aceptar en vida la muerte es fuente de un inmenso poder creador. «A menos que el grano no muera y sea enterrado, no dará fruto». O como dijo Goethe:

*Und so lang du das nicht hast
Dieses: Stirb und werde!
Bist du nur ein trüber Gast
Auf der dunklen Erde.*

«Mientras ignores cómo morir y volver de nuevo a la vida no serás más que un triste viajero en esta tierra sombría.» Y el maestro de Zen Bunan:

Mientras vivas sé como un hombre muerto, totalmente muerto
Y así cualquier cosa que hagas será correcta.

Mi opinión personal es que casi todas las formas artísticas de vanguardia del siglo actual, son transitorias en un sentido peculiar y especial. Es obvio que todo arte es un estado de transición, como lo es la vida misma. Pero este tratar de liberar la vista y el oído de prejuicios apunta hacia un retorno de la inseparabilidad del arte y la vida cotidiana. Las pinturas se desvanecerán en las paredes, pero quedarán unas magníficas paredes. Las paredes a su vez se fundían ante el paisaje, pero la visión será extática. Tras de lo cual el sujeto mismo se desvanecerá en lo contemplado.

Sin embargo, un arte inseparable de la vida común no tiene por qué ser estrechamente funcional o utilitario. Gracias a la electrónica y a la automatización, nos encaminamos — para consternación de la conciencia protestante — hacia una era en la que apenas si habrá diferencia entre trabajo y juego. La humanidad debe afrontar el hecho de que el trabajo masoquista perecerá en el olvido de los tiempos, pues los esclavos no serán ya personas sino máquinas atendidas por fascinados ingenieros. El arte cesará de ser propaganda, en el sentido de atraer la atención sobre la miseria o la injusticia. Usará de todas las facilidades de la tecnología electrónica para crear un exuberante esplendor, desconocido desde los tiempos de las miniaturas persas y los arabescos, los vidrios estañados medievales, los manuscritos celtas, las porcelanas de Limoges y las joyas de Cellini.

La rueda fue un enriquecimiento de las limitaciones del pie. El cepillo, el cincel, el martillo y la sierra transformaron la mano. Pero los circuitos electrónicos pueden enriquecer el cerebro en una especie de externalización del sistema nervioso y no es de extrañar que lleguen a producir maravillas artísticas nunca sospechadas.

EL BUDISMO DE ALDOUS HUXLEY

La última de las grandes obras de Aldous Huxley, la utopía *La Isla*, expresaba su filosofía de la vida en plena madurez. Esta obra debe leerse más como ensayo filosófico que como novela. Durante los años transcurridos entre *Ends and Means* y *La Isla* me dediqué a observar con intenso interés el desarrollo de Huxley. Porque al comienzo de su «período místico» (alrededor de 1937) se inclinaba por un tipo de espiritualidad que considera la existencia material como una sumisión a la burda tiranía de la carne, y la diferenciación y la individualidad como una especie de error cósmico que debe ser corregido mediante un yoga ascético que reestablezca el estado original de conciencia imitaría y homogénea. Este tipo de espiritualidad, que recuerda al Budismo del Hinayana y algunos tipos de Vedanta, concibe como meta suprema la obtención del *nirvana*, en el que todas las formas de la multiplicidad se desvanecen.

Pero en *La Isla* Huxley nos presenta un rico «materialismo espiritual» que se acerca mucho al punto de vista del Budismo Mahayana, con el que, naturalmente, estaba muy familiarizado. El Mahayana (o «gran vehículo»), que surgió en la India entre los años 100 a. C. y 40 d. C. es la forma de budismo que emigró a China, Tibet, Mongolia, Corea y Japón. Sus seguidores la contrastan con el Hinayana (o «pequeño vehículo») que prevalece en el sudeste asiático. La característica distinta del Mahayana es que considera al *nirvana* como uno e idéntico con el mundo físico (*samsara*), dependiendo la diferencia que puede existir entre ambos del estado de conciencia del individuo. Fue esta visión la que permitió al Budismo Mahayana desarrollar una cultura y constituir una forma de vida apta tanto para monjes como para laicos.

Quizá sea una impresión subjetiva, pero me ha llamado la atención, especialmente en Japón, que, de entre todas las religiones y filosofías, la actitud del Budismo Mahayana es única en cuanto a humanismo, apertura mental, sofisticación intelectual e imaginativa y poder civilizador — incluso sin los beneficios de la tecnología occidental. Cuando últimamente visité al Dr. Suzuki me habló con énfasis del sensualismo del budismo e incluso llegó a decir que podía captarse su esencia oliendo un preparado de incienso y madera de áloes (*jinko*), que destila y concentra todos los recuerdos de bosques y árboles que uno pueda tener.

En el Budismo Mahayana, el hombre ideal no es el *arhant* o asceta, sino el *bodhisatva* para quien cualquier actividad de la vida cotidiana es compatible con el estado de *nirvana* y vive en el mundo por compasión a los seres, trabajando y esforzándose para compartir con ellos su estado de visión. Es significativo que esta filosofía atrajese a un occidental de una cultura tan vasta como Huxley, quien mostró un profundo interés, no sólo por la literatura y las artes, sino también por los problemas sociológicos, económicos y educativos del mundo moderno.

Con esto no intento demostrar que Huxley fue un converso a una determinada forma de budismo, ya que los mahayanistas no muestran interés alguno en la

propaganda sectaria; sus discípulos están más próximos a los estudiosos de psicología y filosofía que a los miembros de religiones militantes. Porque el Mahayana no es tanto una ideología como una serie de métodos para corregir nuestra concepción de la vida y nuestras percepciones. Su esencia no radica en una teoría sino en la comprensión — casi sensación — de la relatividad, es decir, de la interdependencia mutua de todas las cosas y sucesos.

Normalmente la conciencia humana ha sido fijada (o «colgada», americanismo que traduce el sentido budista de «apego») en la aparente separación de las cosas, incluyéndose aquí a uno mismo. Es un tipo de atención que oculta, o ignora, el hecho de que cada fenómeno es inseparable de los otros, como lo son las nociones de delante y detrás o los dos polos de un imán. Normalmente no somos conscientes de que ser y no ser, vida y muerte, sólido y espacio, uno mismo y los otros, pulsación e intervalo, constituyen una unidad básica y no existen jamás sin su opuesto, y nos dejamos atormentar por la idea de que la muerte pueda triunfar sobre la vida, de que el no ser acaba con el ser o de que lo que llamamos «yo» pueda desvanecerse y abandonar un mundo de «otredades».

Esta visión del mundo como mero ensamblaje de cosas separadas o como una serie de secuencias de distintos acontecimientos produce en el individuo la impresión de ser una *parte* temporal de la realidad, una cosa entre otras muchas cosas. Según el Mahayana, las cosas, en cuanto entidades separadas, no existen. Las llamadas cosas son las muecas del universo, o del sistema energético, que es la única realidad o «Sí-mismo» que tenemos, pero que no podemos definir o clasificar como tampoco podemos (ni nos hace la más mínima falta) vernos los ojos con que miramos. Sin embargo es posible tener la vivencia de que este sistema de energía indefinible es lo que cada uno de nosotros es en realidad.

Semejante toma de conciencia nos abre la posibilidad de participar en todos los juegos de la vida sin ansiedad y con compasión, comprendiendo que los «otros» son en definitiva nosotros mismos. Y esta compasión, este «sentimiento de sufrir con», no es mera piedad en el sentido de estar acompañados en el dolor o la miseria.

Esta piedad tiene sus raíces en el conocimiento de que la existencia es básicamente exuberancia, de que la energía es «eterno gozo» y de que, por improbable que pueda parecer, toda forma de ser tiene asignado algún lugar en el vasto espectro de éxtasis que en el Mahayana se llama *sambhogakaya*, «El Cuerpo de la Felicidad Total».

Mucha gente cree que sin ansiedad no habría motivaciones para llevar una vida creativa. «Si tengo que ser bueno necesito la amenaza del azote». Pero la creación no consiste en evitar el castigo; nadie quisiera que al cirujano le temblara la mano de ansiedad en el momento de la operación. El problema consiste en que ahora manejamos el terrible bisturí de la tecnología con manos trémulas, y este poder, según Huxley, no puede utilizarse en forma constructiva por hombres alienados que sufren de ansiedad y que profesan una actitud fundamentalmente hostil hacia la

naturaleza. Los budistas del Mahayana nunca alcanzaron nuestra tecnología; gozaron del arte y lo practicaron hasta la perfección (en China y Japón). Para ellos el arte era una cooperación entre el hombre y la naturaleza, o mejor, la obra de la propia naturaleza. ¿Qué pasará si este mismo espíritu — a saber, que la ciencia puede ser la obra de la naturaleza y que el individuo es una unidad con cuanto le rodea — llegara a informar la tecnología occidental?

D. T. SUZUKI: EL ERUDITO DE LA «NO-MENTE»

Nunca he tenido ningún maestro formal (guru o rishi) en mi vida espiritual — sólo he conocido a uno, y no seguía sus pasos porque ninguna persona sensible gusta de ser imitada —. Este maestro era Suzuki Daisetsu, la persona más simple y a la vez sutil que he conocido. En seguida me di cuenta de que me hallaba a gusto en su atmósfera intelectual y espiritual, si bien yo soy un tipo de persona totalmente distinto a él y además nunca llegué a conocerle en intimidad. Suzuki me sirvió de introductor al Zen cuando, adolescente, leí por primera vez sus *Essays in Zen Buddhism*. En los años siguientes leí con verdadera fascinación y deleite todo cuanto escribía. Porque lo que decía era inesperado y abierto a toda suerte de posibilidades. No se movía por los caminos trillados del pensamiento filosófico o religioso. Se extendía, divagaba, dejaba perfilar atisbos; uno se quedaba como sorprendido en el aire, atónito a causa de su portentosa erudición, pero encantado porque la manejaba de forma ligera y carente de pretensiones. En medio del laberinto que son sus escritos puedo decir que hallé el sendero que conduce al Jardín de la Reconciliación de los Opuestos.

Suzuki me mostró por qué el Zen es inmensamente difícil y perfectamente fácil, por qué es a la vez impenetrable y obvio, por qué lo infinito y lo eterno es exactamente lo mismo que es vuestra nariz en este preciso momento, por qué la moral es a la vez esencial e irrelevante en la vida espiritual y por qué *jiriki* (sendero del esfuerzo personal) viene a ser lo mismo que *tariki* (sendero de la liberación mediante la fe). El truco para poder seguir a Suzuki era no creer que uno había alcanzado por fin su punto de vista, porque un instante después os demostraba que no habíais comprendido nada en absoluto.

Suzuki se apartaba también de lo corriente porque, sin ser en absoluto excéntrico, nunca se presentaba con la estereotipada «personalidad Zen», que es corriente a veces entre los monjes japoneses. Cualquiera que le visitara por primera vez y esperase encontrar un anciano de ojos burlones sentado en una habitación tipo *shibui* y presto a entablar un diálogo rápido y vigoroso, habría quedado muy sorprendido. Porque Suzuki se parecía mucho más al erudito Taoísta chino — especie de Lao-Tsé amante de los libros — y estaba dotado, como todos los buenos Taoístas, de un humor que podríamos llamar metafísico. A menudo sus ojos centelleaban como si hubiera comprendido el Chiste Definitivo y, compadecido de los que no lo habían conseguido, hiciera esfuerzos para no reírse en voz alta.

Vivía en su casa de Kamakura, de estilo occidental, rodeado totalmente por montones de libros y papeles. Este desbarajuste de erudición se extendía por varias habitaciones, en cada una de las cuales estaba escribiendo un libro distinto, o distintos capítulos de un mismo libro. De esta forma le bastaba con pasar de una habitación a otra, sin tener que recoger todo el material de referencia cuando se sentía inclinado a trabajar en otro proyecto; pero Miss Okamura (que era verdaderamente una *apsara*

enviada desde el Paraíso Occidental para cuidarle en su vejez) parecía conocer misteriosamente el lugar donde se encontraban todas las cosas.

Suzuki hablaba lentamente, deliberadamente, en un inglés excelente, con un ligero y agradable acento japonés. Durante la conversación casi siempre utilizaba lápiz y papel, dibujando toda suerte de diagramas para ilustrar las cuestiones y trazando caracteres chinos para identificar los términos. Aunque dotado de una paciencia milagrosa, poseía un genio especial para rebatir sin ofender las argumentaciones acaloradas o la pedantería académica. Recuerdo que en una conferencia un miembro del auditorio le preguntó: «Dr. Suzuki, cuando usa usted la palabra “realidad”, ¿se refiere usted a la realidad relativa del mundo físico o a la realidad absoluta del mundo trascendente?» Suzuki cerró los ojos y adoptó la actitud característica que algunos de sus estudiantes designan como «hacer un Suzuki», porque nadie podría decir si se hallaba en un estado de meditación profunda o si estaba profundamente dormido. Tras casi un minuto de silencio, que se hizo eterno, abrió los ojos y dijo: «Sí».

En un seminario sobre los principios básicos del budismo empezó diciendo: «Esta mañana vamos a hablar de la Cuarta Noble Verdad... llamada el Noble Octuple Sendero. El primer paso del Noble Octuple Sendero se llama *sho ken*. *Sho ken* significa Recta Visión, porque una visión recta consiste en no tener ninguna visión especial, ningún punto de vista fijo. El segundo paso del Noble Octuple Sendero... (una larga pausa), Oh, me he olvidado del segundo paso, pero podéis mirarlo en cualquier libro.» También recuerdo su alocución final en la reunión celebrada por el Congreso Mundial de Religiones en Queen's Hall de Londres, en 1963. El tema era «El supremo ideal espiritual» y después de que varios conferenciantes hubieron descargado grandes cantidades de fuego sagrado, le llegó el turno a Suzuki. «Cuando se me rogó — dijo — que hablara acerca del supremo ideal espiritual no supe exactamente qué responder. En primer lugar, no soy más que un sencillo campesino de un remoto rincón del mundo que de repente se encuentra perdido en el barullo de esta ciudad de Londres; estoy aturdido y mi mente rehúsa funcionar en la forma en que lo hace cuando estoy en mi tierra. En segundo lugar, ¿cómo una humilde persona como yo puede hablar acerca de una gran cosa como es el supremo ideal espiritual? ... En realidad ni sé lo que es espiritual, ni lo que es un ideal, ni lo que es el supremo ideal espiritual.» Y a partir de aquí dedicó el resto de su tiempo a describir su casa y su jardín en el Japón, en contraste con la vida en una gran ciudad. ¡Esto dijo el traductor del Lankavatara Sutra! El auditorio le correspondió con una atronadora ovación.

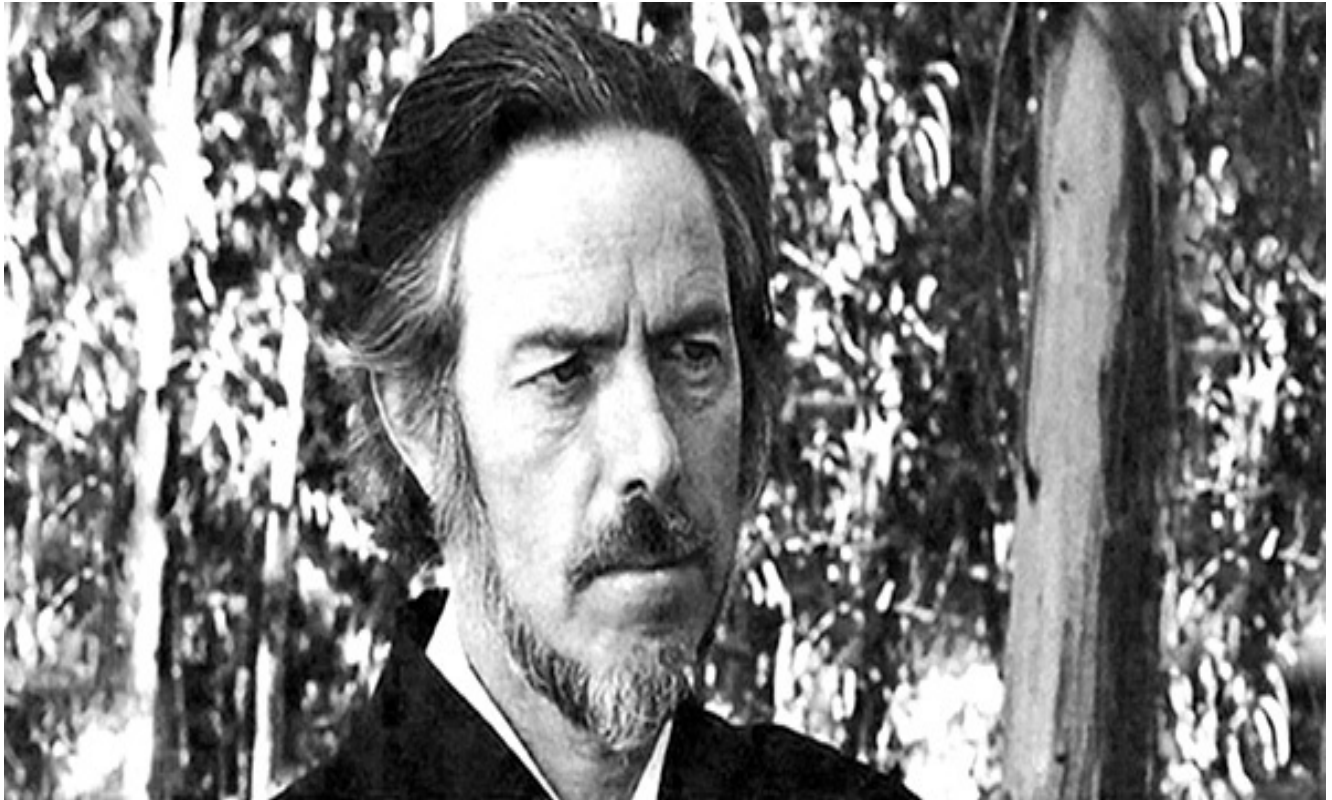
Consciente de la relatividad y falta de adecuación de todas las opiniones, nunca discutía. Cuando un estudiante trató de inducirle a argumentar sobre algunos puntos en los que el celebrado erudito budista Junjiro Takakusu difería de él, su único comentario fue: «Este mundo es muy grande; en él hay sitio para el profesor Takakusu y para mí.» Bueno, quizás una vez argumentó con alguien; cuando el

erudito chino Hu Shih le acusó de oscurantismo (por afirmar que el Zen no puede expresarse en un lenguaje racional) y de carecer de sentido histórico, Suzuki replicó muy cortésmente: «El maestro de Zen se burla en general de aquellos que se enredan en palabras o ideas y en este sentido Hu Shih y yo somos grandes pecadores, asesinos de budas y patriarcas; ambos estamos destinados a arder en el infierno.»

Nunca he conocido a un intelectual y erudito tan despreocupado. La primera vez que nos encontramos me quedé estupefacto cuando me consultó a mí (que tenía entonces veinte años) la forma de desarrollar cierto artículo y, cuando al fin me atreví a darle mi consejo, él lo siguió.

Algunos sinólogos americanos, que practican el bonito arte de la mutua demolición con la ayuda de unas mordaces notas a pie de página, se muestran molestos por su asistemático uso de documentos y «aparato crítico», y hablan de él como de un mero «popularizador». No se dan cuenta de que él amaba la erudición de forma genuina y por eso no demostraba que era un erudito. No tenía interés alguno en hacer uso de la bibliografía para dar brillo a su personalidad.

Quizá el verdadero espíritu de Suzuki nunca podrá ser captado a través de sus escritos: había que conocer al hombre. Muchos lectores se quejan de que sus obras difieren del estilo Zen, pesadas, discursivas, oscuras y cubiertas de tecnicismos. Una vez un monje Zen me contó que la actitud de *mu-shin* (el estilo Zen de no premeditación) era algo así como el carpintero japonés que puede construir una casa sin planos. Y yo le pregunté: «¿Qué me dice del hombre, que es capaz de dibujar un plano sin tener una idea preconcebida del mismo?» Ésta era, creo, la actitud de Suzuki en lo tocante a la erudición: pensaba, intelectualizaba, se volcaba sobre manuscritos y diccionarios del mismo modo que cualquier monje Zen barre el suelo, con un auténtico espíritu de *mu-shin*. En sus propias palabras, «El hombre es un ser pensante, pero sus más grandes obras las realiza cuando no piensa ni calcula. Hay que volver a ser como niños, mediante largos años de aprendizaje del arte de olvidarse de sí mismo. Cuando esto se ha conseguido, el hombre piensa y sin embargo no piensa. Piensa, como la lluvia cae del cielo o las olas del océano rompen sobre las rocas; piensa, como las estrellas iluminan el cielo nocturno o las hojas son arrastradas por la brisa primaveral. Ciertamente él es la lluvia, el océano, las estrellas, las hojas».



ALAN WILSON WATTS (Chislehurst Kent, 6 de enero de 1915 - Mt. Tamalpais California, 16 de noviembre de 1973) fue un filósofo británico, así como editor, sacerdote anglicano, locutor, decano, escritor, conferenciante y experto en religión. Se le conoce sobre todo por su labor como intérprete y popularizador de las filosofías asiáticas para la audiencia occidental.

Escribió más de veinticinco libros y numerosos artículos sobre temas como la identidad personal, la verdadera naturaleza de la realidad, la elevación de la conciencia y la búsqueda de la felicidad, relacionando su experiencia con el conocimiento científico y con la enseñanza de las religiones y filosofías orientales y occidentales (budismo Zen, taoísmo, cristianismo, hinduismo, etcétera).

Alan Watts fue un conocido autodidacta. Becado por la Universidad de Harvard y la Bollingen Foundation, obtuvo un máster en Teología por el Seminario teológico Sudbury-Western y un doctorado *honoris causa* por la Universidad de Vermont, en reconocimiento a su contribución al campo de las religiones comparadas.

Notas

[1] El Stanford Research Institute ya ha predicho que Orange County, el hogar de Disneylandia, será el centro vital de toda la subtopia Los Ángeles-California del Sudoeste <<

[2] Pasará a la historia como autora de la obra *Platos Fáciles para Presupuestos Reducidos* (Londres, Routle de 1910). Usó como nombre literario Emily Mary Buchanan, su nombre de soltera. <<

[3] Una antología excelente de estas experiencias la constituye la obra de Raynor C. Johnson *Watcher of the Hills* (New York, Harper & Bros., 1959). <<

[4] El Hinduismo considera el universo no como un objeto sino como un inmenso drama en el cual el Actor Único (el *paramatman* o *brahmán*) representa todos los papeles, papeles que son sus máscaras o *personae*. La sensación de ser Fulano de Tal es debida a la total absorción con que el Actor desempeña este papel y todos los demás. Para una exposición más detallada, ver la obra de Servepalli Radhakrishnan, *The Hindu View of Life* (New York, The Macmillan Company, 1927) y la de Heinrich Zimmer *Philosophies of India* (New York, Pantheon Books, 1951), págs. 355-463. Una versión popular puede hallarse en el libro de Alan Watts, *The Book On The Taboo Against Knowing Who You Are* (New York, Pantheon Books, 1966). <<

[5] Isaías 45:6.7 <<

[6] Chandogya Upanishad 6.15.3 <<

[7] Alfred Lord Tennyson. *A Memoir by His Son* (1898). Vol. I, pág. 320. <<

[8] Así pues, hasta hace poco, la creencia en un Ser Superior era una prueba legal de objeción de conciencia contra el servicio militar. La implicación era que el objetor se creía obligado a obedecer a una autoridad superior a la del Presidente o el Congreso. La analogía es militar y monárquica por lo que los objetores que mantienen una teoría orgánica del universo, como los budistas y naturalistas, tenían frecuentemente dificultades para obtener el reconocimiento de sus razones. <<

[9] Este punto se discute extensivamente en el libro de A. Watts, *The Joyous Cosmology: Adventures in the Chemistry of Consciousness* (New York, Pantheon Books, 1962) <<

Alan Watts

***EL GRAN
MANDALA***

